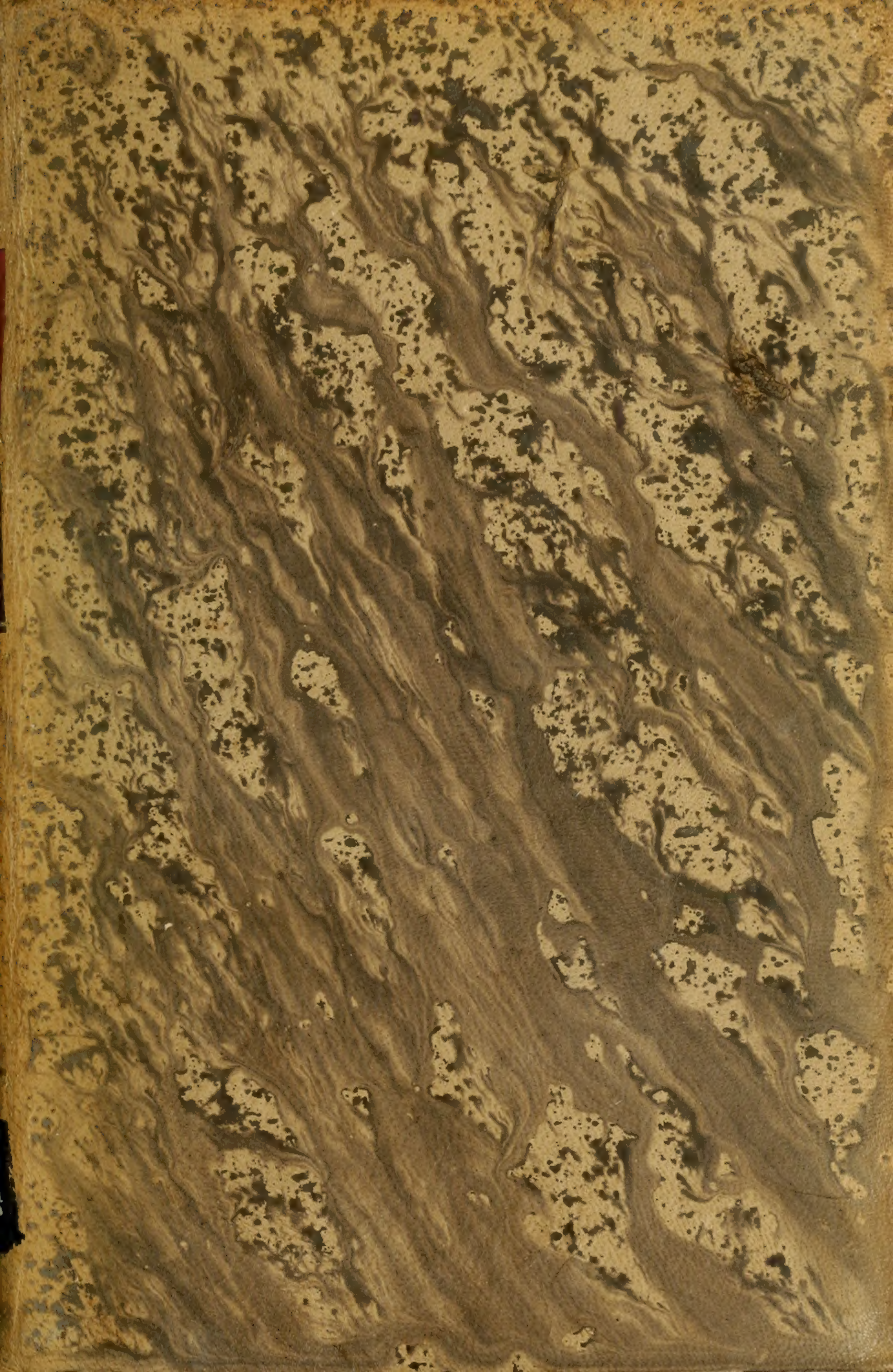






PRIMEROS Y ÚLTIMOS VERSOS

IMPRENTA Y ENCUADERNACIÓN DE J. RUEDA, HUERTAS, 58.

OBRAS COMPLETAS

DE

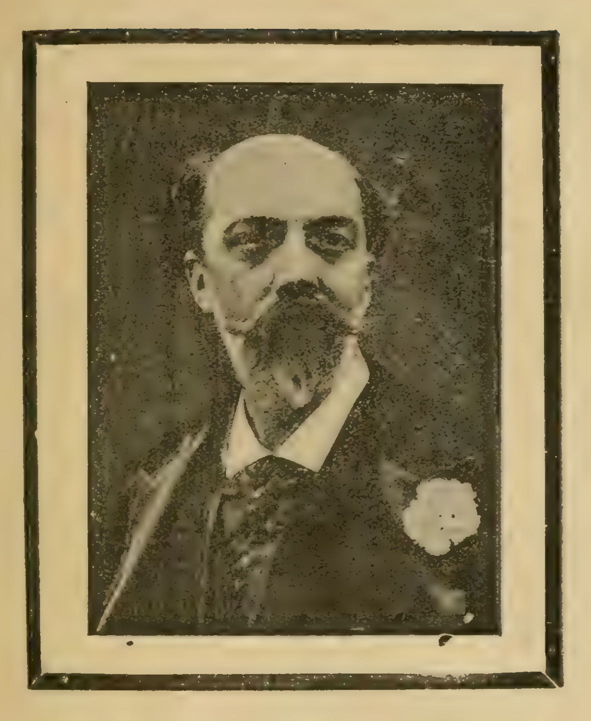
Eusebio Blasco

PRIMEROS Y ÚLTIMOS VERSOS

Poesías, Artículos y Epílogo inéditos.
Juicios de los mejores escritores.

TOMO I

MADRID
LIBRERÍA EDITORIAL DE LEOPOLDO MARTÍNEZ
Correo, 4.—Teléfono 791
1903



Nació en aragoza el 28 de Abril de 1844.
† en Madrid el 25 de Febrero de 1903.



EUSEBIO BLASCO

DE SU VIDA Y DE SU OBRA

Fué una admirable vida luchadora que hasta en los días de la vejez corporal tremoló, gallarda y risueña, la animosa bandera juvenil.

Blasco, á los veinte años, entra en *La Discusión*, de cuya redacción salen compañeros suyos á ser ministros y él á seguir peregrineando con la pluma. Blasco valía más que todos; por eso no fué ministro, y por eso siguió siendo escritor.

Juventud bizarra y andariega, vivió al calor de los pronunciamientos; pluma inquieta y audaz, dejó en los *fondos* políticos la excitación de las barricadas.

Así la vida y la obra juveniles de Eusebio Blasco fueron siempre amigas en estrechez y siempre fueron hermanas en independencia generosa.

Cuando el látigo de la experiencia sacudió su implacable azote al periodista; cuando, con los treinta años, le sobrevinieron desengaños á miles, un ansia de volar le llevó á París, donde, entre duelos y quebrantos, su don de gentes le abrió las puertas de *Le Figaro*.

Y allí, entre franceses boquiabiertos y pasmados, elegantes, frívolos, el andariego español se llevó la gente de calle. *Mondragón* recortó su pluma *progresista*, vistió delicadamente sus escritos, hizo *chic* su natural conversación amena y los miles de francos se gastaban como agua en irreprochables levitas inglesas, con cada *boutonniére* como un puño.

Esta época del Blasco *boulevardier* fué una campanada para sus colegas de aquí. Porque los de aquí seguían atracándose de *bistés*, tomando, por todo lujo, los helados de Pombo y haciéndose de cuatro en cuatro años, un paletó como los de Fernando VII.

⁂

Echado por las añoranzas, Blasco, triunfante y parisién, vuelve á Madrid y llena el Ateneo con su oratoria. Se le ve elegantón y simpático, fino y cariñoso, rondar los saloncillos y comer pasteles en el *buffet* del Congreso. Aquellos días son el «momento de oro» de este Nabab del periodismo español.

Cobra artículos en *El Liberal*, en *La Correspondencia*, en el *Heraldo*, en *La Ilustración*; tiene un gran sueldo como corresponsal de grandes diarios franceses, y, últimamente, le dan 35.000 reales en Hacienda. Y conforme otros se hubieran echado á la holganza, él, batallador *por necesidad*, como el Cid, no come, no vive, no sosiega y da abasto á todos los periódicos *algo qué*, y resucita su viejo repertorio teatral, y arma la de San Quintín con los abonados de la Comedia, manteniendo en el cartel sus *¡Pobres hijos!*

Desde entonces acá, la vejez, que jamás penetró en su alma, hizo presa en su organismo cansado. Pero entonces Blasco se acuerda de que es *baturro*, y su tenacidad aragonesa lucha á diario con el mal.

Cae en cama, y sigue escribiendo; convalece, y escribe más, con un brío tan juvenil, que á los mismos jóvenes nos asombra; con una espontaneidad y una frescura tales, que nos hacían creer en el milagro.

En esta década de combate rudísimo, el alma de Blasco se despoja de la frívola vestidura parisién y vuelve á encapucharse el pardo sayal español. Blasco, entonces, asoma á sus artículos la piedad, el amor á los pobres, el diario pedir por los explotados. Y desde entonces son sus campañas por los presidiarios, por las *blancas* con trato negrero, por

el sereno del Prado, por el cobrador del tranvía... El escritor audaz del 70, al sentir en las soledades de su alcoba los avisos de una cercana muerte, vuelve sus ojos á *la Pilarica.* Y en aquel gran misterio temible, la pluma que cantó á las barricadas, suaviza sus ardores, templa sus arrebatos y escribe, entre inacabables ansias de reposo, sus misteriosas esperanzas de otra vida...

***

Labor soberanamente espontánea; gallardísima, porque fué sin sujección y sin precepto; prodigiosa, porque abarcó todo el campo de escribir; en su misma rica variedad tiene la mejor alabanza.

Blasco, poeta, cantó en *Soledades* las melancolías del amor, llorando, con rima becqueriana, tristezas de novio y sueños de estudiante. En las estrofas de *Corazonadas*, puso hieles de castigado y querellas de vencido, y á no tener la grandeza de sus crónicas, quedarán sus poesías testimoniando un talento grande.

Blasco, autor teatral, caminó por la escena á compás del gusto de su tiempo. Hizo llorar á toda una generación de románticos, enfilando por los senderos de Eguilaz muchas comedias *caseras* y sentimentales.

Fué más tarde de bracete con la tendencia *socialista*: triunfó en *¡Pobres hijos!* con triunfo memorable y sonado, y últimamente, cuando los maullidos del *morrongo* hacían del *tango* un himno nacional, Blasco sacó de quicio á las *demimondaines* de la Zarzuela con su chusca habanera de *Los timplaos:*

A la som-
A la sombra de un plátano verde...

Pero sobre todo y ante todo, Blasco periodista, incomparable en adivinar *la corriente*, único y sólo en recoger la actualidad, es el maestro, el grande, el *joven*, el que no ha tenido ni tiene comparación.

La gracia, la frescura, el buen humor—no el humoris-

mo—que hay en *todas* las crónicas de Eusebio Blasco, parecen responder al dicho de Schopenhauer: «*La brevedad es el alma del talento.*» Al morir el maestro se lleva el secreto de su amenidad *española*—¿quién dijo que parisién?—y á su entierro popular y sentido, han ido, en duelo abigarrado, el duque, el senador, el marido de una figuranta, la descarada chulapona *del sobaco*, el tendero que, de año en año, viaja en el sudexprés; el chico de *la gorra*, que sube con los socios del Casino en el ascensor; la Pilar, que está muy bien *comprometida...;* todo el Madrid bullanguero y frívolo, que cena en Lhardy ó ayuna en los bancos de Recoletos . ; todas esas *flores de corte*, hampas de frac ó gentuza de sombreros plumeados; Rinconetes que vocean periódicos ó Justinas que van en coche...; todas esas almas *sin alma*, que un día y otro desfilaban pintorescamente por las crónicas del gran muerto.

Ya lo cubre la tierra, y con él se ha ido para siempre de entre nosotros el argumento Aquiles contra el *senes depontani...*

CRISTÓBAL DE CASTRO.



LA PRODUCCIÓN DE BLASCO

Sólo con la producción
que Blasco dejó en cartera
podía hacerse cualquiera
Una gran reputación.
Por mí, cambiaba en seguida,
si el cambio pudiera ser,
lo que él deja por hacer
por cuanto haga yo en mi vida.

EL SASTRE DEL CAMPILLO.

LA DIFÍCIL FACILIDAD

¿Cuánto no se habla de ella entre literatos y artistas? Yo, desde que empecé á interesarme por tales asuntos, solo he acertado á definir aquel don de los dioses, tan mal estimado de los hombres, diciendo sencillamente: *Véase Eusebio Blasco.*

Blasco ha muerto en la brecha... Esa frase, tan de cajón en la hora presente, siempre tiene algo de trágica expresión. Tratándose del amigo cuya pérdida lloramos, la consabida frase hecha es naturalísima; porque la tal brecha no era sino la propia naturaleza de Eusebio Blasco. La lucha por la existencia le habrá ofrecido, fuera de las jornadas brillantes y victoriosas, momentos de amargura y de cruel afán. Pero la lucha por el pensamiento y la palabra era para él lo que para el ave remontar el vuelo y para el delfín juguetear sobre la onda.—Oh hermanos en oficio y compañeros de fatigas, una brecha así que no nos falte hasta el último día; porque el definitivo y positivo descanso todos lo tenemos bien seguro. ¿A qué hacer castillos en el aire, si todo ha de parar en cuatro palmos de tierra?

Mientras tanto trabajemos. El que no pueda con la difícil facilidad del productor admirable que acaba de morir, con aquella firme voluntad que acierta á encontrar el oro en las entrañas del pedrusco.

Preguntaban á Auber en cierta ocasión:

—Maestro, ¿quién le parece á usted mejor, Meyerbeer ó Rossini?

Y el maestro respondió:

—Rossini es la fuente; Meyerbeer, la mina.

«Ingeniosa clasificación (escribía yo en un prólogo puesto á un libro de Eusebio Blasco) que podría aplicarse

igualmente á los artistas y literatos todos; porque mientras hay unos—como decía el autor de *La Mutta* del autor de *Los Hugonotes*—que poseyendo dentro de sí ricos tesoros, han menester de constante y tenaz labor para sacar á la luz del día, pulidos y abrillantados, los productos del oculto venero, hay otros hombres—como el músico inmortal de *El Barbero de Sevilla*—que al juguetear de los dedos sobre las teclas del piano, ó al vagar del lápiz en caprichosos trazos, ó al correr de la pluma, hacen surgir el concepto melódico, la escena de la realidad ó las visiones del espíritu, sólo con dejar fluir la natural corriente de su ingenio, sin que baste la pereza á esterilizar el manantial, ni la voluntad y el trabajo excesivo á mejorar lo que de suyo es bueno, ni hacer más copioso lo que de suyo es abundante. A esta casta de artistas, á los del lado de la fuente, pertenece Eusebio Blasco.»

Sólo con la muerte ha podido dejar de correr la fuente siempre fresca, siempre clara, siempre igual...

Perdona, amigo inolvidable, si al dedicarte estas cuatro palabras, *me repito*, y voy á buscar flores para el homenaje de hoy entre las páginas del libro de ayer. Pero ¿cómo hallar frases nuevas y variadas para expresar un sentimiento viejo é invariable?... Esas flores no son flores secas; porque el Blasco que ha dejado la pluma con la vida era el mismo de siempre, y mis opiniones de ahora respecto de él son las mismas de hace diez y siete años. Con una mejora. Si en la calidad no ha variado, en la cantidad ha tenido que acrecentarse mi admiración, á medida de la difícil facilidad con que este ingenio inagotable ha seguido produciendo, sin descanso ni tregua, sin fatiga ni desmayo... Sorprendido hace cinco meses por la dolencia aguda en donde había ido á prevenirse contra ella, tenía en marcha y en el telar tanto trabajo como en sus fecundas mocedades, y tanta soltura y presteza para despacharlo como entonces. Bien pudo, habrá un año, pronosticarle Madame de Thébes que cumpliría los ochenta y dos. La ladina émula de Madame de la Pilongue sabía que

Blasco no pasaba «por dentro» de los treinta, y un alma siempre joven conserva mucho un cuerpo algo gastado.—Pero no hay regla sin excepción, y el fin de Eusebio Blasco, en pleno anhelo de vivir y de trabajar para sí, y para los suyos, y para su público querido, constituye una excepción bien cruel y dolorosa de la regla que sin duda tuvo en cuenta la sibila parisiense.

¡Ah! Para sortear las asechanzas de la muerte, no hay difícil facilidad que valga.—Blasco, á pesar de una suma de trabajo que asustaría al mismísimo Tostado si se vieran juntas todas las cuartillas que llenó con aquella su escritura caprichosa, clara y elegante en su extraña incorrección, apenas si se sirvió de su difícil facilidad para ir saliendo adelante en la vida.

Bástale al día
su propio afán

decía con el Evangelio; y como lo decía, lo practicaba.—Don José Zorrilla nos contó que su madre fué una alondra, su padre un ruiseñor. De igual suerte hubiera podido Eusebio Blasco saludar en su abolengo á la cigarra y á la hormiga. ¡Singular antinomia, paradoja viviente, que echa abajo la moraleja de la fábula famosa!

Merced á ese humor de cigarra y labor de hormiga, abandonando la pluma al impulso del momento, á aquellas ganas de reir ó de llorar, que hacían decir á otro poeta

allá van versos donde va mi gusto,

escribió Blasco comedias y proverbios; zarzuelas bufas y poesías llenas de sentimiento; romances que un día parecen de Góngora y otro de Serra; notas del alma y de la fe que no parecen ciertamente hermanas de los cáusticos y excépticos donaires del *Gil Blas* y *El Garbanzo*; novelitas cortas en que la observación de lo real conmueve é impresiona; cuentos y narraciones en que la fantasía se va por los cerros de Úbeda, y el lector la sigue cautivado y seducido; artículos políticos para todos los gustos, según

soplan los vientos en esta desmantelada meseta de Castilla; himnos un día á las rancias reliquias del pasado, y cánticos después en honor de las fecundas promesas del porvenir; cuando el estudio castizo y puro de las cosas de la tierra; cuando, la movida y frívola croniquilla parisiense... Y sobre todo el inmenso montón de sus originales pudiera ponerse la frase aquella de las cédulas y los pasaportes: *Va sin enmienda.*

La tachadura, la corrección y el retoque eran para Blasco delitos de lesa majestad artística. Y la difícil facilidad que le caracterizó, era tan conocida de toda casta de gentes, que al enviar un día recado á su zapatero, á ver si se daba prisa en terminar un par de botas, el maestro de obra prima, replicó al criado del escritor:

—¡Dígale usted á Don Eusebio, que si se figura que hacer un par de botas es lo mismo que hacer una comedia!

Por aquel tiempo dieron los envidiosos de su fecundidad en acusarle de «fusilro». Y yo entonces escribí: «Sus facultades de asimilación han contribuído en gran modo á la renovación de nuestros gustos. Es de los que más han modernizado nuestros periódicos y nuestros teatros, sin despojarles—en este punto es intransigente—del carácter nacional. Cuando las operetas bufas de Offenbach daban la vuelta al mundo, dijo que lo que hacían en París Meilhac y Halevy, bien podían hacerlo otros en Madrid, y entonces compuso á vuela pluma *El joven Telémaco* y media docena de farsas igualmente jocosas. Trajo al teatro español los proverbios franceses, dándoles tal aire de Madrid, que parecían tan hijos de la tierra como el sainete y el pasillo. De entre las seis ó siete deliciosas escenas de *Un caprice*, de Alfredo de Musset, hizo surgir una comedia en tres actos, tan llena de interés como de carácter castizo. ¡Oh, qué brigadiera aquella de *El pañuelo blanco!*—Los que acusan á Blasco de plagiario, debieran comunicarnos esa receta tan sencilla que hay para convertir una marquesa de Musset en una militara española, y para sacar de no sé qué obscuros rincones de París

una andaluza como la de *Los dulces de la boda*, ó un catalán como el de *Jugar al escondite.* Pudieran también decirnos de paso cómo se puede, sin perder el gusto de la clásica sopa de ajo y el puchero nacional, paladear de pronto aquella refinadísima esencia de la cultura parisiense, que bautizó Nestor Roqueplan con el nombre de ***parísina***, y cuyo aroma sutil y penetrante no aciertan á percibir muchísimos hijos de la gran ciudad, con ser ellos—¿y cómo no?—los mayores devotos de esa sustancia impalpable é inasequible.»

En esos, que yo estimaba como méritos, veían otros los pecadillos literarios del aragonés á machamartillo, del español á carta cabal, que encarnó como nadie entre sus compatriotas y contemporáneos, la difícil facilidad en la producción literaria y periodística.

Y al llegar aquí, y enviar el último saludo al amigo ilustre, se me ocurre que estas líneas deberían llevar otro título más expresivo. Póngaselo el lector leyendo: *Un nieto de Lope.*

***

Eusebio—según quienes lo saben—viene á significar en griego *el piadoso.*

El piadoso, en la acepción humana, no en la acepción mística del vocablo.

¿Conocía ese significativo el que tan desenfadadamente puso en solfa la lengua griega, al trazar la caricatura de *El joven Telémaco*?

A sabiendas ó no, Eusebio obedeció admirable y constantemente, en los últimos años de su carrera literaria, á aquel precepto de: «El hombre obliga».

El despiadado satírico de antaño se había convertido en el más misericordioso de los escritores.

Lo mejor de su cerebro y de su corazón poníalo al servicio del pobre, del humilde, del desamparado.

Honremos el nombre del que supo dar á su pluma tan honrada y generosa aplicación.

MARIANO DE CAVIA.

UN BARRIO ILUSTRE

Eusebio Blasco ha muerto en el barrio de sus predilecciones, en el que habitaron algunos de los ingenios más insignes del siglo de oro de nuestras letras y los comediantes más famosos de aquellos tiempos más memorables.

La calle de Cervantes es la antigua de los Francos, apellido de una ilustre familia que dió muchos corregidores á la villa. En el núm. 2, que tenía su entrada por la de León, vivió el inmortal autor del *Quijote*, y al ser demolida y reedificada en 1833, se colocó en ella la lápida conmemorativa que aún existe, y que fué costeada por el comisario de Cruzada D. Manuel Fernández Varela, gran protector de las letras y uno de los magnates más fastuosos que tuvo Madrid en la primera mitad del pasado siglo.

En el núm. 15 vivió y murió Lope de Vega, y la casa que hoy allí se levanta es la misma que habitó el Fénix de los Ingenios, habiendo sufrido muy pocas variaciones.

La calle de Lope de Vega es la antigua de Cantarranas y en ella está el convento de Trinitarias Descalzas, fundado en 1609 por doña Juana Gaitán, hija del general D. Julián Romero. En la iglesia de este convento fué sepultado Miguel Cervantes, y en él profesó una hija natural de Lope de Vega, llamada doña Marcela en el mundo y en el claustro sor Marcela.

La calle de Quevedo, que se llamó antiguamente del *Niño*, lleva el nombre del esclarecido ingenio de la corte de Felipe IV, porque era de su propiedad la casa hoy señalada con el núm. 9.

En la entrada de la calle del León, por la del Prado, hasta la de Francos y Cantarranas, había una plazoleta que se conocía con el nombre de *Mentidero de los repre-*

sentantes, porque era el sitio de reunión de actores y aficionados al arte dramático. En sus alrededores vivían las actrices más famosas, y en la esquina de la calle de Santa María estuvo la imagen de Nuestra Señora, á la que la actriz Catalina Flores, habiendo quedado tullida de un parto, hizo una novena, en cuyo último día pudo abandonar las muletas, habiendo recobrado la salud.

La imagen fué trasladada á la iglesia de San Sebastián, fundándose con este motivo la cofradía de Nuestra Señora de la Novena, á la que designaron como su protectora los artistas dramáticos.

Sea por estos recuerdos ó por su proximidad á los teatros y al centro de la capital, es lo cierto que este barrio fué preferido por artistas y literatos para establecer en él su domicilio y su estudio hasta que las obras del ensanche le ofrecieron más luz y más aire en otras partes.

Eusebio Blasco fué siempre fiel al que llamaba cariñosamente *mi barrio*.—Yo no puedo vivir en Madrid, decía, sin escuchar todos los días las campanas de las Trinitarias, sin ver á poco de salir de casa las torres de San Jerónimo y los árboles del Retiro.

Y al menos en esto se ha cumplido los deseos del escritor ilustre, del que fué tan trabajador.

A su lecho de muerte llegaron los sonidos de aquellas campanas que le despertaron tantas veces al trabajo y á la lucha por la existencia.

Hoy el barrio de las Huertas, de las calles del Prado, de Cervantes, de Lope de Vega y de Quevedo, no es ya lo que era, y el de Salamanca y el de Argüelles le han quitado á literatos y artistas que en aquellas calles históricas tuvieron sus moradas.

En la última del notable escritor que enterramos hace pocos días en el cementerio de Santa María, se ha encontrado á muchos amigos; su féretro pasó por delante del sepulcro de D. Emilio Mario, que con tanta predilección puso muchas de sus obras en escena, compartiendo sus éxitos. Su sepultura se abre cerca del sencillo mausoleo

que guarda los restos de María Buschental, á cuyas inolvidables tertulias Blasco no faltaba. En un nicho próximo descansa para siempre Bárbara Lamadrid; en el patio de al lado está Felipe Ducazcal, cuyo recuerdo está tan íntimamente unido al período de la Revolución y á los primeros años de la Restauración. Blasco ha ido á reunirse con muchos amigos. Los que vamos quedando muy solos aquí, somos los que nos alejamos de la juventud y vivimos en gran parte con los recuerdos.

El barrio en que vivió y ha muerto Eusebio Blasco los guarda muy ilustres, y el querido y llorado amigo, el maestro en el periodismo, el autor de tantas obras preciosas, ha contribuído poderosamente á aumentarlo.

KASABAL.

Á LA MEMORIA DE EUSEBIO BLASCO

Soneto leído en la velada que en homenaje de tan ilustre aragonés ha celebrado el Ateneo de Zaragoza

Máquina de escribir, raro portento
de amenidad, de gracia y ligereza;
tipo elegante, escultural cabeza,
albergue propio de su gran talento.

Fué famoso en la crónica y el cuento
y en su teatro abunda la belleza;
ensalzó la humanidad y la pobreza
y al desvalido le prestó su aliento.

Pasma y asombra su labor honrada,
pues devoró á montones las cuartillas,
y sólo ante la muerte despiadada,

que hunde torres y abate maravillas,
¡se inclinó aquella frente, coronada
de laureles y *rosas amarillas!*

MARCOS ZAPATA.

EL MAESTRO

... Ya hacía algún tiempo que se le llamaba así; y él, que alardeaba de perenne juventud intelectual, teniendo siempre la misma gallardía en la última crónica que daba á las cajas, aceptaba el título con legítimo orgullo porque sabía que le era otorgado sinceramente, aunque tres ó cuatro principiantes ó advenedizos de la literatura lo quisieran tomar á chacota... con la sana intención de provocarle para que de ellos se ocupara: cosa facilísima, porque Eusebio Blasco ha sido—y hay que decirlo en honor suyo—quizá el único *profesional* que no ha tenido envidia á nadie.

Pasó toda su vida elogiando á los demás, alentando á la juventud, animando á los retraídos y únicamente guardaba lo acerbo de sus censuras para aquellos que en el orden social, sea cual fuese su categoría, falseaban cualquiera de los sanos principios de justicia que deben informar la vida.

Sabía dirigir el sentimiento de la caridad en los poderosos hacia los que realmente son necesitados, «descubriendo» los verdaderos pobres; hacíase eco de todas las buenas causas y era paladín noble y esforzado al esgrimir la pluma en pró de quien sufriese vejaciones ó injusticias.

Demócrata por temperamento, tenía á la par los rasgos aristocráticos que dá la supremacía del talento: por eso estaba siempre «en su sitio»: lo mismo en las barricadas de la plaza de Antón Martín, que comiendo en la mesa con su amigo el exrey Milano.

Su estancia en París acabó de afianzar su personalidad de cronista; en aquella prensa donde hay maestros en el género, fué Eusebio Blasco de los primeros, no obstante su procedencia española, que tantas dificultades hubiese crea-

do á otro cualquiera: después de haberlo sido él, parece cosa fácil ser un español redactor de *Le Figaro*, y, sin embargo, el caso no se ha repetido.

Durante medio siglo, la personalidad literaria de Eusebio Blasco no cesó de destacarse: aquella multiplicidad de aptitudes, tan envidiable por todos conceptos, y que le hacía aparecer como poeta, como autor dramático, como periodista, como cuentista y hasta como empleado de Hacienda, es la que difícilmente podrá borrarse y desaparecer como la de tantos otros que si en vida fueron algo merced á las veleidades de la fortuna, esfúmanse, después de muertos, en el gris horizonte del olvido.

Eusebio Blasco será siempre el autor de *Soledades* y del *El Pañuelo blanco*, el ingenuo cuentista aragonés y sobre todo el cronista de la España frívola y desequilibrada de los últimos tiempos.

La muerte será la consagración absoluta de su genio: nadie osará ya discutirle, nadie tendrá el mal gusto de poner en duda las virtudes del que pasó toda su vida trabajando... Hubo una vez que intentó ser diputado como *socialista cristiano*, y se quedó en la estacada: más vale así.

Tenía bastante con la investidura de su genio.

Félix LIMENDOUX.



HASTA LUEGO

—

La muerte no oyó mi ruego
y darte muerte le plugo:
tu fosa con llanto riego;
y digo con Víctor Hugo,
querido Blasco: *Hasta luego.*

José MARÍA NOGUÉS.

¡DICHOSO!

Esperaba el cortejo en medio del recinto, frente á la rotonda de la capilla, y sentía tanto frío en mis manos, que las apoyaba, para calentarlas, en aquellos sarcófagos semejantes á bomboneras.

Y el cortejo pasó, azotado por el húmedo viento en el patio sin horizontes, escuchando el aullido de los encadenados perros del conserje, pisando la tierra recién removida, cuadriculada á trechos, unas veces por la piedad y otras por el olvido.

Todas las cabezas se descubrieron y el féretro pasó. Negro, lujoso, de airosos soportes y apretados enguantes. Dentro, desnudo, envuelto en un lienzo, como en clámide augusta, dormía Blasco su eterno sueño místico.

Con el tributo de su vieja cohorte, recibía el noble homenaje de la juventud luchadora. Tres generaciones de artistas, de literatos, de pensadores, se asomaban á un hueco vacío para ver cómo le llenaban las cenizas del genio.

Y hacía tanto frio y era tan penetrante ý tan hondo, que, al verle colocado en el muro, resguardado del cierzo, protegido de cuanto punza y hiere, los menos impasibles murmuraban: ¡Dichoso él!

Porque vivir y morir es eso. Sentir la lucha y amar el descanso. Hacerse amar y olvidar á tiempo. Llevar algo encendido en la frente y dejar tras sí el eco de los latidos de un corazón.

¡Dichoso! Al nacer, una nueva concepción de la vida, de la belleza, de la justicia, se forjaba en el cerebro del mundo, y al hervor de una revolución redentora fijábanse los moldes de una sociedad venturosa y alegre.

Al lanzarse á la arena, aún no estaba rojizo el palenque; faltaban luchadores, y las gentes sedientas de grandeza les preparaban entusiastas palmas y lauros.

Y los luchadores vencían. Sus cantos eran gritos de triunfo, y conforme derribaban los viejos ídolos, el coro les aclamaba diciendo: ¡Hossanna á quien viene en nombre de la verdad y del porvenir!

Aún no había nacido á la luz esta generación que de todo duda, que de todo se mofa ó desespera, que está siempre triste, que encuentra calientes los sarcófagos y helados los besos.

¡Dichoso! Sus propias melancolías eran gozosas. Si sentía escaparse la vida era mirando unos ojos negros; si esperaba en vano á la mujer adorada era murmurando plegarias á la Virgen, ó besando el retrato indulgente y piadoso de la madre.

Llevaba siempre un ara en su cerebro, en donde se alzaba un Dios de misericordia; oprimía siempre una bandera en sus manos, en donde se simbolizaba con dolores de fuego y oro una patria feliz, áurea y sangrienta.

Luego vino la decepción, el desencanto para todos; jamás para él. Cuando los jóvenes vacilaban, él seguía su camino risueño y alegre; cuando á todos circundaba el silencio, él seguía escuchando inefables coros y acordes misteriosos de claves escondidos.

Y así vivió y murió, triunfante sin odio, victorioso sin lucha, esperanzado sin negación ni duda; no viendo en el ocaso de todo un ideal, sino los últimos destellos, que á él siguieron pareciéndoles auroras.

¡Blasco! ¿No es su nombre evocación de aquella infancia que todo lo creía? ¿No es su labor propia de aquella juventud ingenua y entusiasta que, esperándolo todo, lo amó todo, pasado y porvenir, leyenda y verdad, tradición y reforma?

Puesto en el caso de renegar de lo viejo ó lo nuevo, prefirió suprimir toda oposición y, estrechando contra el pecho la dorada piqueta, se acercaba y besaba el muro.

Y eso es lo que enterramos, pálidos de dolor, vacilanes de fatiga y cansancio, apoyando las manos heladas en los blancos sarcófagos que, en nuestra frialdad, nos parecen calientes.

¡Adiós, Blasco dichoso, adiós! Se marchó contigo algo infantil, algo que no tiene quizás horizontes que se pierdan en vastas lejanías, como no los tienen esas casas de campo con que juegan los niños.

Pero que es tierno, blando, amoroso, como tus libros, como tus dramas, como tus crónicas adorables, en que siempre hay un rayo de luz y unos haces de grato calor.

Nosotros también te seguiremos; pero no nos acompañará quizás ni un amigo, ni á nuestro paso se arrojarán flores, ni de nuestro acento desmayado resonarán ecos.

Y faltos de esa fe que consuela y de ese vigor que tonifica, caeremos fatigados sin gloria, para que sobre nuestro cuerpo, que no encontró ni ambiente, ni luz, ni amor, ni misericordia, se deslice aterido el gusano.

Antonio ZOZAYA

A EUSEBIO

Ni pomposos funerales,
ni enlutada colgadura,
ni regar tu sepultura
con lágrimas fraternales,
ni flores artificiales,
ni el ruego de la campana;
lo que en tu tumba cristiana
consuela mi corazón,
es rezarte una oración
y decirte: «Hasta mañana.»

Antonio GRILO.

EUSEBIO BLASCO Y EL ATENEO

Las generaciones pasan: son ríos que van al mar, que es el morir, como dijo el poeta.

Nuestra generación se acaba, y se van aclarando en el Ateneo las filas de los antiguos socios, como en la batalla, y batalla es la vida, se aclaran las filas de los soldados.

Desapareció Gabriel Rodríguez, una de las figuras más nobles del último siglo, en aquella España que ya parece que están tan lejos.

Acabamos de acompañar el cadáver del inolvidable Figuerola, y casi al mismo tiempo hemos despedido á Eusebio Blasco, el inspirado poeta, el periodista incomparable, que durante tantos años ha regocijado con su estilo ameno, sus arranques inesperados y su gran fecundidad las columnas de la prensa; el autor dramático que tantos y tantos aplausos ha oído en el teatro y que deja un repertorio, que será archivo de ingenio, de gracia y de vida cómica, sin que en él falten hermosas escenas dramáticas y rasgos profundos de sentimiento; el insigne literato, en suma, que ha honrado la literatura española del siglo XIX; y, por último, el ateneísta constante y leal á la *casa*, como nosotros los ateneístas decimos.

Allí dió conferencias, siempre aplaudidas, leyó versos, siempre triunfantes de la vulgaridad ó del hastío, presidió sesiones animadísimas, y dió á la ya célebre *cacharrería* una buena parte de su gracia y de su ingenio en conversaciones que no se olvidarán nunca.

Así Blasco, que sabía escribir como pocos, que sabía versificar como verdadero poeta, que dialogaba en el teatro con carácter propio, pero emulando á Bretón y á Serra, brillaba quizá más en la conversación amistosa; porque

como en él todo era espontáneo, la conversación entre amigos le encantaba y él encantaba á todos con sus ocurrencias, cuentos y chisporreteo de gracias, que, á pesar de su larga estancia en París, eran siempre españolas.

Yo no he de hacer un análisis de su extensa labor, no he de hacer un análisis de sus obras, no he de ser crítico del compañero y del amigo; le admiré siempre y le aplaudí con alegría; hoy le despido con tristeza.

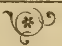
La gente vieja se va; pero Blasco, en rigor, no pertenecía á la gente vieja, aunque por cariño y simpatía hiciera alarde de pertenecer á ella; el espíritu de Blasco era siempre jóven, y aún en sus últimos meses, si el cuerpo se desplomaba, protestaba el espíritu, y en la cama escribía sus últimos artículos, apartando al dolor con una mano mientras con la otra llenaba cuartillas y cuartillas.

Obrero infatigable del arte, el mismo día que murió estaría preparándose para escribir otro artículo más.

No le dejó la muerte, que entre otras muchas malas cualidades tiene la de ser inoportuna y malintencionada.

Estas líneas son un adiós más al compañero y al amigo.

José ECHEGARAY.



Eusebio Blasco, el poeta de las *Soledades*, el autor de cien comedias y de cien mil crónicas pertenece á la gloriosa extirpe de nuestros clásicos, que escribieron mucho porque vivieron mucho.

Zaragoza se honra al honrar á este incansable luchador que nunca dejó dormidas sus asombrosas aptitudes y en una larga vida de trabajo conservó siempre la bondad de su corazón infantil.

J. ORTEGA MUNILLA.

BLASCO

RECUERDOS INTIMOS

¡Por fin descansa! Tal es el epitafio que podía ponerse en su sepultura. Lo que fué actividad, energía, movimiento, es ahora reposo, inercia, nada.

Silenciosos, inmóviles, con los ojos arrasados en lágrimas—cuantos desde la adolescencia fuímos sus compañeros y le tratamos íntimamente—presenciamos la otra tarde cómo hundióse en el polvo el obrero intelectual que durante cuarenta y pico de años fué regocijo de las letras, lo mismo en prosa que en verso.

El padre, el esposo, el hermano, el amigo, el poeta, el literato, el periodista, todo lo que significaba aquel cuerpo y aquel nombre, desapareció bajo una capa de tierra, allá en el nicho 91, bajo, del patio llamado de las Ánimas, de la Sacramental de Santa María.

¡Pobre Eusebio! Qué razón tenías cuando, abogando por las viudas y huérfanos de los escritores y poetas que carecen de recursos, nos decías:

—El dinero de las letras, para el que tiene un momento de popularidad, se parece al del juego. El autor llena el teatro, vende cien mil tomos..... se encuentra de pronto con un aluvión de monedas.....; para él los duros son *fichas*, no les da valor, los arroja sobre el tapete verde de la vida, se le acaban. ¡A ver, editor, empresario, representante, vengan más *fichas!* Pero, ¡ay! un dia se acaban; el que las prestó reclama dinero constante...., intereses, sangre del alma.....; las obras del autor pasan á su mano; las viudas y los hijos cumplen con la frase evangélica; las culpas de su padre caen sobre ellos en forma de privaciones, de miserias y de dolores.....

El público, en vez de comprender que un artista no es un hombre como los demás, y que sus gustos, aficiones y su vida, fatalmente desordenada, no pueden compararse á la metódica y arreglada vida del hombre vulgar, suele denostar al que no conoció el valor del dinero. ¿Qué mayor desdicha?

¡Tenedles lástima, no les censuréis, los que aprendísteis tantas bellezas en sus libros, los que os deleitásteis oyendo sus comedias! Sus rentas las perciben los que le explotaron y sus hijos son muy desgraciados!....

¡En estas palabras, parece que el pobre Eusebio presentía el porvenir que aguardaba á los pedazos más queridos de su corazón: su santa mujer y sus amantes hijas.



Desde la edad de diez y seis años que perdió á su padre, á quien pocos meses antes había dedicado sus primeros ensayos poéticos titulados *Veladas de verano*, impresos en Zaragoza en 1861, hasta poco antes, de su fallecimiento, Blasco no cesó un solo día de trabajar para sostener primero á su madre y hermanos y luego á su mujer é hijos. Asombra su prodigiosa fecundidad. pues en los cuarenta y pico de años de vida política y literaria, sus crónicas y artículos publicados en los periódicos de España, París y Repúblicas hispano-americanas pasan de *seis mil*, sus obras dramáticas ascienden á setenta y á treinta y tantos volúmenes sus libros en verso y prosa.

Ya en Madrid, hizo sus primeras armas periodísticas en *La Discusión*, periódico dirigido por su propietario el ilustre D. Nicolás María Rivero, y en donde tuvo de compañeros á don Juan de Dios Mora, Roberto Robert y Luis Rivera.

Y á la vez que se entregaba á diario á la tarea de llenar la sección que le estaba confiada en el primero de los órganos intérprete de las ideas democráticas, seguía con interesante cuidado las oscilaciones del gusto del público hacia la escena, y trazaba y componía sus primeras obras

experimentando la satisfacción de verlas acogidas por los primeros actores y aplaudidas y celebradas por la crítica.

Narciso Serra, á quien presentó su primera obra dramática para que le diese su autorizada opinión sobre ella, le dijo:

«Como dé usté en escribir
Con esa fácil soltura,
Pobrecita criatura,
Le van á usted á partir.»

Por mediación del célebre caricaturista Ortego, Ramos Carrión y el que estas líneas escribe entramos en relaciones con Blasco. Era allá por el año 1864. Contaba Eusebio veinte años, y nosotros íbamos á cumplir diez y ocho. Pronto congeniamos con él, hasta el punto de que no pasaba día que no acudiésemos á su casa, donde su buena y cariñosa madre nos llamaba hijos y donde pasábamos horas y horas, ya formando planes para el porvenir, ya admirando la facilidad con que Eusebio, sin dejar de charlar con todos, escribía cuartillas y más cuartillas, lo mismo en prosa que en verso, ya entretenidos con las diabluras de su hermano Ricardito, arrapiezo muy listo y en extremo simpático.

Por aquel tiempo, Eusebio estaba, según los médicos, *tísico pasado*, y la verdad es que, á juzgar por los vómitos de sangre que le repetían con alarmante frecuencia, era de temer un fin funesto. La ciencia, afortunadamente, se equivocó entonces para bien de la familia, de sus amigos y de las letras.

Con él redactamos el periódico de Ortego, *El Fisgón*, y él nos animó á Ramos y á mí á que publicásemos el semanario satírico *Las Disciplinas*.

Para alentar á la juventud literaria y darla á conocer, publicó *El Garbanzo*, periódico satírico de gran resonancia y luego hizo popular *El Día de Moda*, cuyo texto durante los primeros cuatro meses fué EXCLUSIVAMENTE SUYO y los dibujos del gran caricaturista Manuel Luque.

Un día resolvió marchar á París:

«¡Solo, pobre, triste; *pero con los míos*,
Que son mis falanges!»

como dijo en una de sus autobiografías.

Los tormentos que pasó hasta entrar en la redacción de *El Fígaro* son incalculables. Se necesitó la voluntad de hierro que poseía para no perecer en la demanda. Al fin logró que le admitiesen en la redacción *pagándole cincuenta céntimos por línea*, pero á sus manos no llegaban de estos *cincuenta* más que *diez*, pues los cuarenta restantes se los guardaba el *corrector de estilo*. A los tres meses Eusebio se había perfeccionado tanto en el francés, que escribía como un hijo del Sena. Desde aquel día el corrector de estilo se dió de baja, y los cincuenta céntimos fueron íntegros al bolsillo de Blasco.

En *El Día de Moda*, Eusebio sostenía una conversación con sus lectores sobre todos los acontecimientos de la semana.

Oigan nuestros lectores la conversación que publicó en el primer número y que es un dechado de *esprit:*

«Es indudable que la envidia constituye el vicio nacional.

»Se murió una persona conocida al principio del invierno, y todas las personas conocidas han dado en morirse.

»El año pasado la moda en la buena sociedad eran las lecturas. Ahora la moda es irse de este mundo, que ya no es *gran mundo*, porque se va achicando de una manera lamentable.

»Dan una prueba de buen gusto los que, en vez de morirse, bailan, comen ó se casan. Sobre todo los últimos, porque yo he averiguado que los autores de dramas se han puesto de acuerdo, y ellos sabrán por qué, para disuadir á los espectadores de que tomen estado.

»No se estrena drama en que el marido no salga con las manos en la cabeza.

»El adulterio empieza en el matrimonio y acaba en el

vaso de champagne, que ya se adultera también como el tinto. La época es de adulteración y de escándalo.»

Y dos semanas después, en otra conversación, escribía lo que sigue:

«En España sucede con las palabras lo que con los sistemas políticos. No hay nada lógico ni razonable, y á veces las cosas tienen más fuerza de expresión porque dicen precisamente lo contrario de lo que debieran decir.

»En España decimos que *sale* el sol precisamente cuando *entra*, y la tarde se cae todos los días no sé donde, porque yo no la he visto caerse. El sol se pone cuando se quita, y al sol le tomamos los madrileños en invierno.

»Todo el mundo cae aquí de su burro, nadie de su caballo, y al que nos enoja le ponemos precisamente de vuelta y media, nunca de dos, ni de vuelta y tres cuartos. El quehacer nos cae, como pudiera caernos una teja, y al que es muy listo le llamamos pez, cuando no hay nada más torpe que los peces.

»Hacemos tiempo como pudiéramos hacer buñuelos; ganar tiempo es perderle, y matarlo dejar que él nos pase por encima.

»Caballeros se llaman infinitos que nunca cabalgaron, y la suerte es potra, cuando usted creía que era la hija de la yegua. Al que come llamamos comilón, y comedor al comedero. Hay muchas gentes que estaban en su casa cuando nacimos, y le dirán á usted que nos han visto nacer, como si nuestra madre hiciera espectáculo de su alumbramiento.

»La puerta más pesada y llena de goznes la toma todo el que se va, y andamos á tiros como otros andan á pasos. Y los tiros son largos ó cortos, según los casos, porque todo el que se ha de emperifollar se viste de tiros largos.

»Mal hablado llamamos al mal hablador ó al que habla cosas feas. Se presta oídos y aun se regalan. Dinero es lo que no presta nadie.

»Burlador es el que burla, y burlón el que se ríe de otro; burladero el sitio para burlar; burlista es lo que no tenemos: cajista no es el que hace cajas, sino el impresor que compone palabras; y el componedor no es él, sino el instrumento donde las junta, y que yo llamaría componedero.

»Café se llama el líquido y establecimiento donde lo venden, y cafetera la dueña y la vasija; economía de palabras que no comprendo en idioma donde el dinero se llama de mil modos, como trigo, luz, *guita*, oro, vil metal, y llamándolo de tantos modos, no viene.»

***

En una de sus autobiografías que escribió por encargo mío para *La Crónica de Cataluña*, Blasco se retrató con tanta exactitud como gracejo. Héle aquí:

Yo soy un hombre moreno,
algo más alto que bajo,
con unos ojos muy grandes
y unos carrillos muy flacos.
Llevo la barba corrida,
el pelo, crespo á los lados,
y por en medio una calva
de cuatro dedos en cuadro.
El andar, convaleciente;
los movimientos, pesados,
semblante de Cristo viejo,
cuerpo desencuadernado.
Mi carácter es alegre,
visto por fuera y de paso,
que si por dentro se viera
se hallaría avinagrado.
Para los amigos, tierno;
para las mujeres, blando;
para mi familia, dulce;
para mi coleto, amargo.
Todo lo tomo con calma,
porque estoy bien enterado
de que las cosas del mundo
no merecen otro pago.
Referirte de mi vida

la historia abundante en casos
que á otros le hubieran vencido
y á mí no me han hecho daño,
pareciera necio empeño
de contar muchos trabajos,
muchas penas, muchos líos,
muchas ansias, muchos palos,
mucha bronca, mucha angustia,
mucha risa y mucho llanto.

***

La labor de Blasco no envejece nunca. Su ingenio siempre fresco y lozano, supo retratar los vicios, las virtudes las fraquezas de sus contemporáneos.

Describiendo á Madrid hace un cuarto de siglo, decía:

Viven aquí en armonía,
y tienen asiento eterno,
el lujo, la pulmonía,
la vanidad y el Gobierno.
Es dulce y amable el trato,
malo el clima hasta el exceso,
se caza mucho en el plato
y se pesca en el Congreso.
Grita más el más danzante,
quien más pone pierde más;
se acaricia por delante,
se murmura por detrás.
Intrigas, artes, y dolos,
en lucha eterna se ven;
los hombres se pintan solos,
y las mujeres también.
....
Hay aquí muchos tesoros
de virtud, aunque escondidos,
hay en primavera toros,
y todo el año maridos.
Todo el año, día y noche,
constantemente se ve:
al que no trabaja, en coche;
al contribuyente, á pie.
Suenan petardos que espantan
al pacífico vecino,
y los muertos se levantan...
de las mesas del Casino.

Pueblo, en fin, rico en miseria,
que se divierte á su modo:
capital de eterna feria
en la que se vende todo.

*
* *

Ayala, el gran poeta que supo en nuestros días renovar las glorias de los dramáticos del siglo de oro, profesaba á Eusebio un verdadero afecto, admirando en él aquella *difícil facilidad* con que producía tanto y tanto bueno.

Por mandato facultativo D Adelardo tuvo un año que abandonar la villa y corte, yendo á hacer vida campestre, que tanto convenía á sus bronquios. Antes de marchar, encargó á Blasco que le tuviese al corriente de las novedades cortesanas. Entre las varias cartas que le escribió Eusebio figura una, notabilísima por el fondo y la forma, en la cual hay trozos tan inspirados y de actualidad como el que sigue:

¿Dó alienta el español, cuya pujanza
fué asombro al mundo y á la tierra espanto?...

....

Vive la descendencia en la estragada
y enclenque juventud sietemesina,
raza enfermiza y pobre y trasnochada.
¿Es ésta la inmortal raza latina
que en la España de Alfonsos y Filipos
nunca vió el sol en lumbre vespertina?
Con estos impotentes prototipos
se alimenta la corte afeminada,
combatiendo en rídículos equipos,
Al novillo en alegre becerrada,
ó al incauto pichón que en muerte aleve
convierte el juego en prenda deseada.
¡Baile y juego y festín! Sólo nos mueve
vértigo sordo ingénita locura,
y esperando que el diablo se nos lleve;
Rendido el español á su amargura
duerme, dejando deslizar su vida
en brazos de la holganza y de la usura.

*
* *

Y por si esto no bastase, otro día Blasco, se detiene ante la puerta de la Inclusa, y exclama:

El león con ser león
adora su propia sangre;
y el chacal con ser chacal
no vive sin sus chacales.
Defiende el tigre á sus hijos;
la pantera es tierna madre;
los buitres de la montañas
amorosos nidos hacen;
Y los hombres con ser hombres
han hecho una casa grande,
para almacenar los niños
arrojados á la calle!

***

Y el que de este modo laboraba era tan modesto, que recientemente decía en letras de molde:

«Algunos de mis versos serán tachados de incorrectos, y en verdad que lo serán, porque lo que me sobra de facilidad en el trabajo suele faltarme de corrección algunas veces, pero en cambio son sinceros; digo en ellos lo que siento.»

Para terminar.

El que en los últimos años de su vida se dedicó á defender la causa de los desgraciados; á protestar de los abusos de la riqueza y del poder en el mundo moderno; del abandono en que están los que sufren; y en los periódicos, un día y otro, pidió con insistencia un pedazo de pan para las hijas de Villergas y de Gaztambide, así como para las viudas de Fernández y González, Florentino Sánz, Zorrilla, Becquer, é Isaac Peral, hoy, que ha emudecido para siempre, ¿no hallará una voz amiga que excite á todos los compañeros y admiradores de Blasco, para que unidos arbitren medios de poner á salvo de privaciones y miserias á su viudas é hijas?

Sería la mejor prueba de afecto y admiración que podríamos darle al compañero y al amigo.

Eduardo de LUSTONÓ.

AL PASAR...

Hace pocas noches se habló de Eusebio Blasco en el saloncillo del teatro Español, tomando pretexto de una de las últimas crónicas firmadas por el maestro. Don Fernando Díaz de Mendoza, que estaba presente, nos enseñó una tarjeta de los hijos del inolvidable escritor en la que se le decía:

«Papá no prueba nada; está delicadísimo, y sin embargo, no deja de trabajar.»

Alguien exclamó:

—Cuando empiece el buen tiempo se repondrá... Blasco es todavía joven.

—¡Ha trabajado mucho, y el pobrecito está muy caído! —añadió el Sr. Díaz de Mendoza con piadoso acento.

Hoy, al despertarme, la prensa me notifica la muerte de Eusebio Blasco, una muerte plácida y serena, la que debía otorgar Dios á quien procuró ser bueno y justo en todo tiempo. No puedo sustraerme á la necesidad de hablar de mí mismo evocando el recuerdo de Eusebio Blasco. Guardo muchas cartas suyas, en que me decía:

«Manolito: Usted es el escritor joven que yo más quiero. Si algún día me meto en empresas periodísticas, usted será mi brazo derecho.»

Y en efecto, cuando le encargaron de la dirección de *Vida Nueva* fuí redactor á sus órdenes, es decir, como él entendía la subordinación, dejándome entera independencia. En aquel periódico trabajamos asíduamente Cávia, *Zeda*, Blasco Ibáñez, Picón, Soriano, Maeztu, Verdes Montenegro, el médico ilustre que daba por entonces una tregua á las recetas y á los enfermos; Luis París, el doc-

tor Lluria, sabio y galano escritor, y otros muchos literatos que á poco se desperdigaron. Eusebio Blasco, Rodrigo Soriano y yo fuímos de los últimos en marcharnos, porque nos ataba al periódico un fuerte vínculo de cariño. Al fin, aceptando la suerte común, nos despedimos.

—Manolito—me dijo el ameno escritor,—es menester tomar otros rumbos. A usted le hace falta un destino...

—Carezco de relaciones políticas—contesté.

—No importa; ya las contraerá V. y le serán muy útiles.

De allí á poco me presentó á Aguilera, el cual, con esa campechana bondad con que procede siempre D. Alberto, me procuró un destino en Obras públicas. Blasco no se limitó á eso.

—Hace falta que usted escriba además de en *El Globo*, en otros periódicos de la mayor circulación...

Y me puso al habla con D. Rícardo Blasco, este compañero mío á quien yo no le he escrito dos líneas siquiera desdeque se fué á París. Ricardo, secretario de *La Correspondencia de España* entonces, me pidió artículos, cuentos y crónicas, que me fueron pagados puntualmente.

Don Eusebio y yo nos veíamos todas las noches en el Ateneo. Recuerdo que con motivo de la guerra hispano-yanquí, corrió el rumor de que el general Cervera consentiría que fuesen periodistas en la escuadra. Adolfo Rodrigo se propuso embarcar en nombre del *Heraldo*.

Yo le pedí á Blasco una carta—que él se apresuró á dármela—para D. Miguel Moya, ofreciéndome como corresponsal de *El Liberal* á bordo. Por fortuna nuestra, el ministro de Marina no consintió que embarcarse nadie extraño á la Armada. Cito estos hechos y me extendería aún más con otros ejemplos, para probar el desinteresado afecto que sentía por mí aquel hombre. Recuerdo que el día 23 de Diciembre de 1901 fracasó una obra mía en el teatro de la Comedia, y que el 24 era ruidosamente rechazado un *vaudeville* del maestro.

Al encontrarnos la primera vez en la calle, D. Eusebio me dijo:

—Manolito, hay que rescatar esas pesetas que se han ido por el escotillón de la Comedia. Es preciso que usted trabaje con fe y resueltamente...

En ningún trance difícil ó apretado me faltaron su consejo y su ayuda. Él, que no se metía en cuestiones, se me ofreció como padrino en un lance motivado por una crónica mía.

Eusebio Blasco fué uno de los hombres más buenos que he conocido. Sencillo, franco, indulgente y servicial, lo comprendía todo y lo excusaba todo. Una vida de lucha de alternativas amargas y felices; una vida de pródigo desorden literario le hizo conocer á la humanidad profundamente, y como conocer y despreciar son sinónimos para todo hombre delicado, Blasco despreciaba sin ofender, con risueña indiferencia.

Blasco ha sido uno de los escritores más leídos en España. Sencillo hasta el desaliño, pueril en sus apreciaciones, vió en la hondura intelectual, en la meditación recogida, un enemigo del periodista. De ahí su inmensa popularidad. La muchedumbre sentíase mancomunada intelectualmente con Blasco, pensaba como él y juzgaba, con su amenaza ligereza. Sus crónicas eran conversaciones impresas, sin sombra de pedantería ni de austeridad. Ignoro si Blasco fué creyente ó no. Advertí en él un fondo de piedad y de resignación que no podía proceder más que de un sano y tónico catolicismo. Sospecho, sin embargo, que de tejas abajo no le interesó nada seriamente, fuera de su familia.

Ha muerto joven, sin dolores agudos ni convulsiones desesperadas. Los que le han visto cerrar los ojos para abrirlos en la eternidad, me aseguran que no se quejó ni tuvo lágrimas en el supremo y definitivo adiós á todos los amores que dejaba en la tierra.

¡Gran escritor y leal amigo mío, descansa en paz! Fuiste bueno, generoso é indulgente. Supiste vivir, comprender y perdonar.

Manuel BUENO.

—

COSAS DE BLASCO

En muchas ocasiones he hablado de Eusebio Blasco, en todas acercándome á los hombres que á este nuestro pueblo gobiernan para interesarles que en una de nuestras estas congregasen á sus preclaros hijos, ilustres escritores más celosos bienhechores de su tierra que todas las comisiones, conspíeuos y más conspícuos que á la Corte han acudido en demanda de algo para Aragón.

Luis Royo Villanova, en *Blanco y Negro*; Eusebio Blasco, en cien periódicos, Mariano de Cávia en *El Liberal* primero, y en *El Imparcial* actualmente, no han cesado de llevar á todas partes con el ingenio de sus brillantes plumas, el amor que sentían por su Zaragoza.

¡Pobre Luis y pobre Eusebio!

Los dos habéis muerto pensando en este pueblo que os vió nacer, ingrato para vosotros en todo tiempo.

Cierto también, que no son los hijos de Zaragoza los culpables de la falta.

Por desidia ó apatía natural en los hijos de este suelo, no son los de casa los que *mangonean* en las *cosas* de la ciudad. ¡Así brillan sus cariños, sus recuerdos!

Zaragoza debe sentir orgullo de tener por suyos aquellos nombres aumentados con los de Zapata, Pradilla, Unceta, Ramón y Cajal, Alonso Pérez, Villagrasa y algunos más que lejos de nosotros honran con sus talentos á esta tierra.

Eusebio Blasco, con haber escrito tanto, y haber dado al teatro obras á cientos, acaso lo tendrán que enterrar de limosna.

Todo lo dió al primero que á él se acercaba.

Iba yo con él una mañana por la carrera de San Jerónimo, en Madrid, se paró ante un escaparate de bastones, le gustó uno de ellos y dijo señalando con el dedo:

—Hombre, voy á comprar ese bastón.

El bastón costaba cuarenta pesetas y no llevaba en el bolsillo más que 25.

Entonces le dijo al vendedor—¿usted no tendrá inconveniente en darme el bastón dejándole á deber 15 pesetas?

—No señor; le conozco á usted, usted es don Eusebio Blasco.

Salió á la calle con su bastón y á pocos pasos de la tienda encontró dos amigos que le saludaron cariñosamente diciéndole:

—¡Qué bastón más bonito, amigo Blasco!

—Te gusta, pues tómalo...

—Pero hombre...

—Nada, nada, no quiero privarte de ese gusto.

Resultado: que se quedó sin las 25 pesetas, dejó á deber 15 en la bastonería y se quedó sin bastón y... tan campante.

—

Eusebio Blasco, en París, era redactor de *Le Figaro*, y en este importante periódico escribía el francés como el mejor de sus compañeros, con el pseudónimo *Mondragón*.

El año 1890, en el mes de junio, fué prendido en la Habana el célebre criminal Eraud, asesino de un rico notario. Eusebio Blasco hizo un número especial para *Le Figaro* que se vendió á millares.

El director jefe del periódico le gratificó aquel día con 1.500 francos por el éxito alcanzado al dar á la publicidad asunto de tanto interés en París.

—

La célebre comedia *El vecino de enfrente*, tuvo que venderla á un editor en un puñado de pesetas, para enterrar á su hermana, fallecida en Madrid.

—

Eusebio Blasco debe poseer un gran album en el cual,

se ven firmas del papa Pío IX, de soberanos, príncipes, de Víctor Hugo y de cien artistas y literatos de todo el mundo

Eusebio Blasco en París era el amparo de todo español; era el padre de todo necesitado de ayuda, buscando colocación para todo aquel que se acercaba á su modesta habitación de la calle de Jouffroy, 68 bis.

A esta casa acudí yo con cuatro amigos más en la exposición de 1889.

Después de los saludos cariñosos, nos dijo aquel gran zaragozano.

—Pues ya lo sabéis amigos y paisanos del alma, aquí *vendrís* á comer; aquí á cenar y para todo, cuando me necesiteis en París estoy á toda hora á vuestra disposición. Hasta las dos de la tarde no me muevo de casa, de esta hora á las ocho en el *Fígaro*. Mañana venid á comer una paella de la tierra, tengo una cocinera navarra que se pinta sola para los guisos de allá...

Y cumplimos la palabra, y si nosotros gozamos con el delicado obsequio rodeados de todos los suyos en aquella espléndida mesa, él, ¡pobre Eusebio! reía y gozó mucho oyéndonos hablar con el acento de su pueblo.

—Desde mañana tendréis un ujier del *Fígaro* en vuestra residencia, que os llevará entradas á diario para todos los espectáculos de París, aquí no os habéis de gastar un *chavo* en esos *sacaineros* ..

Y en efecto, á las nueve de la mañana durante nuestra permanencia en París, el elegante é *inmenso* ujier del *Fígaro* traía un sobre con el billetaje de uno ó dos espectáculos del día, diciéndonos: *de monsieur Mondragón*.

El nos acompañó un día y otro á ver lo más saliente de la capital de Francia; él nos proporcionó un intérprete hijo de Portugal que no quiso por ningún medio aceptar nada; él, en fin, nos despidió en la estación de Orleans á nuestro regreso á España, diciéndonos entre abrazos y lágrimas...

—Id de mi parte á ver la virgen del Pilar, decidle que

he de escribir para su fábrica un libro en verso que se venderá los días de las fiestas de octubre...

¡Pobre Eusebio! siempre pensando en Zaragoza y morir sin volver á ella!

MARIANO GRACIA ALBACAR



Sr. D Juan Valero de Tornos

Querido amigo: Me invitas á escribir dos palabras en él número dedicado á honrar la memoria de nuestro compañero Eusebio Blasco y deseas que los colaboradores de *Gente Vieja* depositen, como literatos, una flor en la tumba del que ha dejado, Dios quiera que por mejor habitación esta vida de ilusiones y desengaños. Cuando tan buenos escritores acceden gustosos á tu ruego, sobra el encargo que se me hace; porque ni mi pluma puede como la de otros escribir, ni yo conocía bastante á nuestro compañero para contar de él lo que otros no cuentan, ni juzgarle como sabrán hacerlo otros. Pero nos debemos un mútuo recuerdo, y no seré yo quien lo omita. Yo admiraba, y no lo digo ahora por primera vez, la flexibilidad del talento de Blasco, su dominio del público, su conocimiento de las cosas extranjeras, que hoy son casi las nuestras, y el don de la claridad que distingue á los que observan bien y que, al contrario de lo que ocurre con la vista física se despeja con los años. Recuerdo otra cosa que tal vez pase inadvertida para nuestros compañeros: él, cuando la idea no se comprendía bien y la palabra estaba proscripta, levantó la enseña del socialismo católico. Ahora lo ha explicado quien puede y sabe mejor que todos hacerlo, y más que en otras ocasiones podemos recordar este título de Blasco.

Cuando el tiempo transcurre sin que lo sintamos, y

mientras *lo hacemos*, según frase de la que España tiene el privilegio exclusivo, nos *deshace*, de admirar es como lo aprovechan algunos y dejan multiplicadas muestras de su actividad, á pesar de la vida de salones, de tertulias, de todo y para todos, que suelen llevar nuestros literatos. No nos creamos muchas veces cuando escribimos, al leer ciertos artículos, nosotros los que estamos en el secreto: Blasco escribió en un periódico de los *rotativos* donosísimas observaciones sobre la variación de horas en las oficinas, censurando la modificación; él no la necesitaba para trabajar y trabajar mucho; él tenía la divisa de Apeles: *Ningún dia sin una línea*, y líneas eran las suyas que se leían con gusto, como las de maestro, y en la imaginación quedaban grabadas.

Probada ha sido en poco tiempo nuestra Redacción por muchas y sensibles pérdidas: mejor es que al reunirnos prescindamos de contarnos, sin perjuicio de que, en ocasiones parecidas á la presente, empleemos nuestra pluma en recordar lo que de bueno hayan hecho los que sucesivamente desaparecen de nuestro lado. Es lo menos que unos por otros podemos hacer, sin olvidar, empero, que si ayer fué día de recordarnos como escritores, lo será mañana de portarnos como cristianos. Que no hicieron mejor al expresarse así los buenos caballeros de Villalar que nosotros haríamos si en obras y en palabras los imitásemos.

Sabes te recuerda siempre con la intimidad de condiscípulo, tu afectísimo

ANTONIO BALBIN DE UNQUERA



BLASCO, EMPLEADO

Realmente muy poco puede decirse de Eusebio Blasco bajo este aspecto de su vida.

Es cierto que desempeñó varios destinos de la Administración pública, pero jamás cifró en ellos sus ideales ni su manera de vivir. Era incompatible su carácter con el insoportable método y la cansada rutina á que hay que sujetarse para gozar fama de buen empleado, porque en la mayor parte de las oficinas públicas aprecian y distinguen más al funcionario que permanece sin levantarse, en el sillón de su mesa, ocho horas al día, aunque no haga absolutamente nada, que al hombre de talento despejado, y de clarísimo golpe de vista que en un momento se hace cargo de los asuntos y los resuelve en el acto con arreglo á la lógica y al buen sentido.

Esto le ocurría á nuestro inolvidable Eusebio. No fué un empleado machacón y cargante, de esos que estudian y resuelven, ó mejor dicho, revuelven sólo cuantas leyes se han dictado sobre una cuestión, para aplicar luego á la misma la disposición menos pertinente. Todo lo contrario: Blasco asistía á la oficina, aunque no permaneciera en ella tanto tiempo como sus compañeros; pero lo que éstos despachaban en cuatro ó cinco horas, Blasco lo resolvía en media, con más acierto, con más ilustración y con más ventaja para los intereses de la Administración pública.

La primera vez que sirvió al Estado fué en el Ministerio de Ultramar el año 1868. El insigne Ayala, Ministro de aquel ramo á la sazón, le nombró Jefe de Negociado de segunda clase, encargándole de la sección de la Prensa. Blasco desempeñó dignamente su cometido, dando noticia

exacta y diaria á su jefe de cuanto decían los periódicos nacionales y extranjeros acerca de la gestión de Ayala, y contestando á toda clase de ataques por medio de juiciosos sueltos y razonados artículos.

Cuando D. Nicolás María Rivero fué encargado de la cartera de Gobernación, le llevó de Secrerario suyo. Aquel inolvidable patricio, de carácter enérgico y á veces destemplado, pero siempre encerrando en el fondo de su corazón el sentimiento del bien y de la justicia, llegó á inspirar á Blasco un gran respeto, tanto que decía á sus íntimos amigos: «Esto no es Ministro, es un miura.»

—Oiga usted, Blasquito—le dijo una noche D. Nicolás en tono familiar y cariñoso.—Usted anda diciendo por ahí que soy un miura... Pues tenga usted mucho cuidado no vaya yo á voltearle en alguna corrida de abono.

Las relaciones amistosas de aquel hombre con nuestro amigo enfriáronse algo, porque debiendo acompañarle Blasco en el viaje que Rivero había de hacer á Barcelona con motivo de la fiebre amarilla que allí se estaba desarrollando, llegó la hora de partir el tren y Blasco no se presentó en la estación. Las razones que se lo impidieron, muy respetabilísimas ciertamente, fueron después oídas, pero no escuchadas, por D. Nicolás, aunque pasados algunos meses éste quedó plenamente convencido y desagraviado.

Cuando la Restauración se hizo, D. Francisco Romero Robledo entró á desempeñar la cartera de Gobernación, y el que suscribe estas modestísimas líneas presenció en casa de Ayala, Ministro de Ultramar, la discusión, casi la disputa, que sostuvieron D. Adelardo y D. Francisco sobre cuál había de llevarse á su respectivo departamento á Blasco; ambos estaban conformes en su falta de puntualidad á la oficina, pero siempre reconociendo lo utilísimo que sería en las pocas horas que dedicase al trabajo.

Al fin Romero venció y Blasco fué nombrado Jefe de Correos, en cuya Dirección prestó buenos servicios, sabiendo corresponder á la confianza y estimación con que

le distinguían sus jefes. Por las tardes, y pasadas ya las horas reglamentarias de oficina, se reunían á hacer versos en el despacho de Eusebio los poetas, de justo renombre, Juan José Herranz, Grilo, Cabiedes y Campo Arana, conocidos en los círculos literarios por el sobrenombre de *los canosos*, porque eran redactores del periódico ministerial *El Cronista*, encargados de escribir en una sección del mismo titulada *Canas al aire*. Blasco, en una de aquellas agradables sesiones, puso en verso todo el número de la *Gaceta* del día.

No recuerdo en qué ocasión fué nombrado Gobernador de Toledo, é ignoro también si llegó á tomar posesión del cargo.

Si hubiera servido mal los anteriores destinos, indudablemente no le habrían nombrado jamás para un puesto de importancia tan reconocida.

Ultimamente desempeñaba en Hacienda el cargo de Interventor de la Ordenación de Pagos del Ministerio de Gracia y Justicia.

Al ilustre poeta D. Eulogio Florentino Sánz (esto es ya muy sabido, pero lo creo oportuno), siendo Encargado de Negocios de España en Holanda, le preguntó un alto y vanidoso personaje de aquellas tierras:

—Diga usted, D. Eulogio, ¿qué saben ustedes hacer los poetas?

—Lo que hacen todos los hombres, y además versos.

Así fué Blasco. Supo servir honrada y fielmente, como el primero, los cargos públicos que se confiaron, y *además* hacer versos como nadie.

Tomás LUCEÑO.



BLASCO EN PARIS

La prodigiosa actividad cerebral de Blasco, sus excepcionales condiciones de literato y principalmente de periodista, donde más han demostrado su eficacia, ha sido en la época que Blasco vivió en París, desde 1881 á 1894.

La *Ciudad Lumière* aún tolera á los literatos extranjeros que trabajan en su propio idioma, y corresponden con los periódicos de su país ó publican en castellano obras, para la que en París se llama América latina; pero pare que se le permita á un extranjero escribir en francés, para que su nombre vaya unido al de los primeros periodistas, se necesita ser Eusebio Blasco.

Llegar á París con una familia numerosa, sin poseer el francés de la manera exquisita que precisa poseerlo cuando se escribe para el público, sostener esta familia, llegar á dominar aquel idioma y haber sido en la capital de Francia lo que Blasco llegó á ser, con los pseudónimos de *Dagobert* y *Mondragón;* eso, creo que no ha habido ningún extranjero que en todo el siglo pasado lo haya logrado en París.

En sus casitas del boulevard Malesherbes, número 110, y de la rue Jouffroy, num. 68—naturalmente, pisos alquilados y no fincas propias—aquel luchador infatigable trabajó con heroismo y en el *Journal* y en el *Fígaro* principalmente, se dió á conocer de Europa entera, realizando, repito, una obra de voluntad y de intelecto que en París no ha realizado nunca otro español.

Su carácter agradable y atrayente, su viveza y su gran corazón, le dieron muchas simpatías en la sociedad y en los organismos franceses, tantas, que por un servicio que prestó—como siempre, á la causa de la humanidad y de la

justicia—se le propuso para un título del Papa con la denominación de Marqués de Casa-Blasco, título que no quiso aceptar.

En Julio de 1884 lé fué concedida la Cruz de Caballero de la Legión de Honor, y en Julio del año 91 la de Oficial.

De la misma manera que en España, sus gestiones y su talento consiguieron, en 1895, el indulto de un reo de muerte—Mateo Jordán, condenado en Jaca (Huesca)—y en 1901 el de tres sentenciados en Santander; en París trabajó cuanto pudo hasta lograr el del famoso Lúna, porque Blasco era todo caridad y todo corazón.

Allá por los años de 1889, y durante la Exposición Universal, Blasco fué encargado por la Comisaría francesa de la Sección española del Pabellón de la Prensa, y no habrá periodista español ó americano de los que concurrieron á aquel Certamen, que no recuerde lo que hizo para ayudar á los intereses españoles.

Todo el tiempo que vivió en Francia, recordó constantemente á la madre Patria, fué allí un propagandista de nuestra cultura, ayudó cuanto le fué posible á todos sus compatriotas desgraciados, se captó el cariño de la gente intelectual francesa, y seguramente en los círculos literarios de París, y muy principalmente en la casa que en la rue Druot tiene el *Fígaro*, la muerte de Eusebio Blasco habrá sido tan sentida como en toda España.

No ha dejado fortuna, pero su entierro ha demostrado que el trabajo y el entendimiento representan algo más que la riqueza

Me parece que fué el mismo Blasco quien lo dijo: «Cuando muere un hombre que solo es rico, deja poco rastro, es algo así como un saco de oro que se cae al mar.»

Juan VALERO DE TORNOS

EL ESTILO DE BLASCO

La amenidad de Eusebio Blasco será siempre ensalzada como el mayor de sus méritos de periodista.

La gente que presume de grave da á la palabra amenidad un significado despectivo. Pero en literatura, como en la vida misma, ser ameno es una gran virtud. Y sobre todo, el escritor moderno, que ha de acudir al periódico para ponerse al habla con el público, si no es ameno está perdido.

Blasco, todos los saben porque todos le leían, era el más ameno de nuestros cronistas. Sabía encontrar el asunto que interesara al lector; sabía presentarle con claridad; y sabía, en fin, hablar de él durante varios minutos, en forma sugestiva, removiendo en el espirítu ajeno las ideas y los juicios y exponiendo los suyos propios con ligereza encantadora.

No de otro modo puede hablarse desde el periódico moderno, que no puede tener ni la profundidad del libro ni la acabada perfección de la obra artística, sino la misma variedad y el desaliño de la vida que refleja. Por comprenderlo y practicarlo así, Blasco será siempre considerado como un gran periodista, aparte sus otros méritos literarios.

El llevaba la amenidad en la masa de la sangre. Hablaba como escribía. Un rato de charla con Blasco, era un paréntesis delicioso á nuestras propias precauciones, Supo comprender perfectamente la verdadera misión del hombre: ser agradable á los demás. Y la cumplió en la vida y en el periódico; misión difícil, mucho más alta de lo que parece á vista. Porque ser ameno, endulzar las horas del prójimo, es la mejor demostración del verdadero altruísmo.

ANTONIO PALOMERO.

BLASCO

¡Pobre Blasco!

La noticia de su muerte la recibí anoche como un disparo á quemarropa. Entré en la redacción apenas limpio de la tierra y de las hierbas del campo que traía como recuerdo de una deleitosa excursión á cierto lejano sitio, á orillas del Henares, en que me refugié con unos amigos huyendo de las máscaras, y un compañero me dijo emocionado: «Eusebio Blasco ha muerto á las ocho y media.»

Me costó trabajo convencerme: eso me pasa siempre con las personas que quiero y no he visto morir.

Ha muerto. No tengo la serenidad bastante para juzgar de su significación y de su obra; la impresión dolorosa que recibo apenas me deja espacio para llorar al más periodista de los literatos que con nosotros trabajaron durante este período de anemia nacional. Ante todo y sobre todo, Blasco fué un periodista. Un periodista que practicaba la doctrina encarnada en sucinta fórmula por otro periodista ilustre: la Literatura salva al periodismo; la amenidad salva á la Literatura, venía á decirnos *Fernanflor*, y nadie podrá dudar que Eusebio Blasco fué ameno, fué literato, fué genial, fué espontáneo, como pocos han logrado ser en el periodismo.

Yo, que no me tengo por demasiado tardo y difícil en la producción de este género, admiraba con sana envidia la facilidad, realmente envidiable, de su pluma. La esencial característica de la hoja diaria la poseía Blasco como nadie. De ahí su tino, de ahí su acierto durante tantos años de conversar con el público ¡Qué deliciosas conversaciones!

Si algunas veces disonaba y el público no correspondía al sentido franco y amigable de sus crónicas, no era culpa suya, sino del público, que no sabía olfatear bien el aroma

de la charla, escrita en la intimidad de la redacción, siguiendo el giro *vedado* de esas intimidades...

Pero sabía ponerse á tono; le bastaba una frase, un guiño de buen aragonés ingerto en madrileño, una reticencia bellamente afilada como una arista de acero, para decir cosas que todo el mundo habla sin darse cuenta... El se las devolvía afinadas, amenizadas, embellecidas, y ese era su secreto.

¡Pobre Blasco!

La última vez que le ví fué en esta redacción una tarde del mes de Junio, cuando me disponía á marchar á Sevilla. Quejábame de ciertas incomodidades neurasténicas, inseparables compañeras del oficio, y Blasco, como experimentado en esas cosas, me recetaba y ponía planes.

«Reposo, campos verdes y aguas que corran.» me recomendaba, por último. El ya sabía que había de llegar á los ochenta y dos años, según el infalible juicio de madame de *Thebes*, de aquella hechicera parisiense que nos llenó de su fama una semana entera.

Reposo, campos verdes y aguas que corran fué á buscar el pobre Blasco á Aranjuez en el mismo verano, y de allí lo tuvo que traer su familia medio muerto. Paludismo, reuma, lesiones en órganos esenciales, desnutrición, agonía lenta, larga, dolorosa, en que el periodista seguía escriendo por un milagro de la vocación ó por una necesidad intelectual que dura hasta el último instante y que parece que nos aleja de la muerte viendo nuestra pobre obra viva y nuestro nombre en pie.

La fuerza disolvente pudo más que la voluntad: el periodista ha muerto. ¡Uno más!

Y he aquí que mi pobre amigo y compañero, feliz acaso, como son los creyentes, ó desdichados, como son todos los que dejan desamparado el nido, se fué anoche en busca de reposo de campos verdes y de aguas que corran..., para no volver nunca, nunca, de ese infinito tenebroso en que entran las almas angustiadas con un gesto supremo del dolor.

***

Sr. D. Juan Valero de Tornos.

Querido amigo: Recibí su invitación para colaborar en el número dedicado á la memoria de Blasco, del maestro Blasco, como justamente le decíamos los periodistas, en días en que no pude trabajar por hallarme enfermo.

Tanto de bueno han de decir de Blasco los excelentes escritores que habrán acudido deferentes á su invitación, deseosos de añadir nuevas pruebas de admiración y de afecto á la corona fúnebre de aquel escritor ilustre que durante cuarenta años mantuvo dentro y fuera de España el esplendor de nuestra amena literatura, de tan noble y castizo abolengo; tantos aspectos de su genial aptitud han de ser estudiados y loados como se merecen, que podría excusar voluntariamente lo que por forzoso motivo dejo de haeer.

Las últimas cuartillas que he escrito contienen la impresión que me produjo la muerte de Blasco. Tendría que repetir aquellas palabras, porque las ideas y la impresión perduran, como perdurará mi admiración hacía aquel maestro Blasco que nos enseñó con su ejemplo y con el estímulo de su genialidad inagotable.

De usted siempre amigo y compañero,

José NOGALES.

EN EL ENTIERRO

—¿Qué llevan hacia la fosa
casi de flores cubierto?
—«No es nada. Un poeta muerto»;
otro triunfo de la prosa;
otro, á quien no encontrará
vuestra impaciencia, delante:
uno, que deja vacante.
Repartidla..... (y sobrará.)
Fué *El Obrero*; un Jesucristo
que arrastró una cruz de hierro.
Llorábamos en su entierro.
¡Merecía .... haberlo visto!

Leopoldo CANO.

BLASCO EN EL TEATRO

Treinta y dos años han transcurrido desde que, refiriéndose al estreno de una comedia de Eusebio Blasco, decían los críticos: *Este hombre se atreve á todo.*

Y era verdad: á todo se atrevía Eusebio Blasco, el aplaudido autor de *No la hagas y no la temas.*

Nunca olvidaré el verdadero espanto que al inolvidable Manuel Catalina, aquel empresario entusiasta por el arte como muy pocos y desinteresado como ninguno, causaba el estreno de la susodicha comedia; ó llámase *proverbio*, ya que el autor lo títulaba de esa manera.

Que los recelos y las zozobras de aquel actor inteligentísimo y de gran cultura, tenían fundamento, se comprende con sólo leer algunas líneas de las que cierto revistero de antaño dedicaba á la obra:

«Eusebio Blasco—decía el aludido—ha descubierto un filón rico en situaciones cómicas, y que, bien explotado, puede conducirnos á la contemplación de los secretos más escondidos de la vida conyugal.

»Cuando comienza la representación del proverbio *No la hagas y no la temas*, encuéntrase al público, sin previo aviso, con que le han obligado á introducirse en el dormitorio de una mujer joven y hermosa.

»Allí está, en primer término, el lecho suntuoso, y en él, profundamente dormida, la Eva encantadora de aquel paraíso en miniatura; la susodicha Eva es, según llega á saberse en el curso de la acción, una señora casada que espera (cómodamente por cierto) á su esposo, y con este motivo alarmante suben de punto la intraquilidad y el desasasosiego de los espectadores.

....

»El esposo calavera, el mismo de siempre, aparece por último; penetra en la alcoba como señor y dueño que es

de ella; arroja en un sofá el abrigo, tira el sombrero sobre un velador, déjase caer en una butaca, frótase las manos con aire de satisfacción, poco agradable para quien lo ve, que instintivamente dirige su vista hacia la embocadura, presumiendo, con motivo fundado, que en aquel mismo punto bajará el telón discretamente.»

Pues, no señor; el telón no bajaba, y el proverbio que con tan alarmantes auspicios había comenzado, fué uno de los éxitos más ruidosos que Eusebio Blasco alcanzó en la escena. La cosa, aun hoy, después de haberse visto lo que se ha visto, principalmente á compañías extranjeras, habría sido extraña; entonces en aquella época de *pudibundeces* extremadas (en lo externo y aparente, por de contado, porque la procesión andaba por dentro; aquéllos hipócritas de ayer eran mucho peores que los de ahora), fué realmente maravilloso.

Maravilla que logró Eusebio Blasco, no con habilidad de maestro curtido en lides teatrales, sino á fuerza de ingenio, de gracia, de espontaneidad y *de buena sombra.*

Esto es precisamente el teatro de Blasco: gracia, mucha gracia, ingenio, mucho ingenio; desenfadada espontaneidad; chistes originalísimos, y como tales, inesperados, sin reminiscencias de chascarrillos fiambres. Inútil buscar en su obra pensamiento profundo, tendencia filosófica, emoción estética, conflicto dramático; si alguna vez por excepción ha pretendido llevar algo de eso al teatro, como sucede, por ejemplo, en *Juan León*, los resultados no correspondieron á tales propósitos.

Conseguía en ocasiones, porque su inteligencia clarísima supo amoldarse á todo, violentar el propio temperamento, escribir grave y pensar seriamente; pero en lo más patético de la medición inspirábale su musa retozona y traviesa un epigrama agudo ó una ocurrencia saladísima, y allá los estampaba el escritor festivo entre sesudas disertaciones. El chiste final del proverbio á que antes me he referido, *No la hagas y no la temas*, es de gran efecto, de efecto seguro siempre, excitó y causará en todos los públi-

cos hilaridad sana y unánime; es aplaudido y celebrado sin protesta; pero destruye precisamente el pensamiento fundamental de la comedia.

Eusebio Blasco en el teatro es el autor de *El Joven Telémaco*, inventor feliz de *Las suripantas*, de *La mujer de Ulises*, de *Los novios de Teruel*, de *La suegra del diablo*, de *Un joven audaz*. El que hace decir á uno de sus personajes. «Tengo el gusto de presentar á ustedes á *fulanito*, uno de nuestros primeros subtenientes» El creador de aquel tipo de catalán que el gran Antonio Vico, el inolvidable Antonio Vico, el mejor de nuestros actores cómicos, tan magistralmente caracterizaba.

Ya sé que tiene en su abundante repertorio trabajos muy estimables de otra índole; pero sé también que en ninguno de ellos se destaca precisa, visible la personalidad literaria de Eusebio Blasco. Es en esas obras un autor más, uno entre muchos, y solamente deja de serlo, para *ser él*, cuando inopinadamente aparece el escritor festivo con ocurrencias y donaires que lo caracterizan.

Acaso él ignoró siempre lo mucho que valía en este género, y por eso intentaba penetrar en otros. Pobre Eusebio, sin presumirlo siquiera, fué verdaderamente modesto.

A. SANCHEZ PEREZ

A MI ANTIGUO AMIGO

¡Qué corazón de peñasco
habrá que no se conmueva
ante la terrible nueva
de que murió Eusebio Blasco!
Intelectual incansable,
alma sana y generosa,
rico verso, fácil prosa
y escritor siempre admirable.
Por los triunfos alcanzados
la gloria le da tributos,
y le lloran con sus lutos,
todos los desheredados.

ENRIQUE PRINCIPE Y SATORRES.

BLASCO

Hace unos meses, llegó un día muy contento al saloncillo del Español, repartió unos habanos exquisitos y nos dijo riendo con su risa bondadosa, mientras se atusaba el poblado mostacho, que sus enemigos iban á tener un gran disgusto...

—Madame de Thebes me ha predicho que viviré treinta años más... Demasiado tiempo, ¿verdad?

Y una sana alegría, una alegría candorosa, iluminaba su cara varonil de rasgos pronunciados; su cara morena, huesuda, en la que brillaban unos ojos enormes bajo cejas leoninas...

Poco tiempo después enfermó y dejamos de verlo. «No será nada—decíamos—Blasco es inmortal.» Y el inmortal murió anoche...

A mí me angustió la noticia... Fué el primer hombre de mérito que me honró con su amistad; siempre que fuí á buscarle le encontré, siempre hallé abiertas las puertas de su corazón.

En mis días de lucha, cuando tropezaba con el desvío, con la indiferencia, con el desdén de las gentes, y perdía el valor y la fe, y almacenaba hieles en mi alma, y juraba odio eterno á la humanidad, creyéndola dura, injusta, cruel, malvada, Blasco me dió fuerzas, valentía y esperanzas.

—Venga usted á casa, hombre... Utilice mi amistad; póngame á prueba... Mire usted que soy aragonés y no hablo nunca por cumplir...

Yo jamás fuí á su casa; pero estoy completamente seguro de que me hubiera recibido como á un hijo.

Porque era un hombruno, tan bueno, que no sabía ni

alimentar una enemistad. En estos últimos años, la idea de volver á estrenar le obsesionaba. Le habían rechazado una comedia en cierto gran teatro, y él explicaba la repulsa diciendo que como no era ni viejo ní joven, nadie le hacía caso

Seguramente en los cajones de su mesa habrá media docena de obras no representadas.

Y nunca se quejó; hacía un chiste á costa del cómico que le jugaba una trastada; mordía con gracia á los autores que caciquean, y acababa poniendo en los cuernos de la luna el talento del cómico y confesando que los autores éramos fenómenos.

Murmuraba *por pasar el rato*; porque en este pícaro mundo, la cuestión,—como él decía—es no aburrirse del todo.

Y ¡cualquiera se aburría junto á él! No he conocido un hombre más ameno, más gracioso, más ingenioso. En cuatro rasgos pintaba una persona; veía el aspeto cómico de hombres y cosas de un modo insuperable, y describiendo sus viajes, sus aventuras, los mil curiosos episodios de su accidentada vida, desfilaban las horas sin que se dieran cuenta los amigos que le escuchaban embobados.

Tenía relaciones con toda clase de gente. La noche que recibió la credencial de Interventor de pagos en Gracia y Justicia, llevaba en la cartera una carta de un arzobispo, otra de un senador completamente *almogávar*, según él afirmaba; una epístola de Gastón Calmette y varias de gente pobre que pedía dinero y de presidiarios que le suplicaban que escribiera algo para que les indultasen.

El complacía á los presidiarios, se dejaba sablear filosóficamente y hacía varios artículos censurando la falta de caridad, el abandono de los Gobiernos y la deficiencia de la alimentación nacional.

Comía como un inglés, enormemente, porque trabajaba como un español trabajador y pobre; y sabido es que los españoles, cuando se meten en faena, baten el *record* de la resistencia.

El no ha abandonado la tarea hasta que la muerte clavó

sus garras en su fornido cuerpo de luchador. Ha caído destrozado, deshecho por una pelea que ha durado cincuenta años. Esclavo de la profesión, ha vivido frente á las cuartillas, ha ganado su pan á punta de pluma, sembrando ideas, dejando en las hojas diarias el fruto de su experiencia, de su ingenio y de su corazón. Ha sido, ante todo y sobre todo, un periodista; un periodista habilísimo, fecundo, gracioso, fácil, ameno...

También ha sido un buen hombre; una criatura noble que ha conservado hasta los últimos momentos la alegría y la fe, y la resignación, y el valor, porque en su viejo cuerpo alentaba un alma de niño.

PINILLOS

Á la memoria de Eusebio Blasco

SONETO

La fábrica, el taller, tienen sus puertas
y un dueño responsable conocido:
reclama, obrero, que serás oído
y todas tus victorias serán ciertas.

Aquéllas estarán tan sólo abiertas
por ocho horas, y el que caiga herido
se verá por las leyes atendido
aun á despecho de conciencias muertas,

Pero ¡ay del escritor! ¿quién le indemniza
cuando una vena en su cerebro estalla?
¿Ni qué ley su fatiga economiza,

si aun por la noche, cuando todo calla,
casi siempre el pensar le martiriza?.....
El que escribe es un héroe en la batalla.

Francisco PLEGUEZUELO

EUSEBIO BLASCO

Y EL *GIL BLAS*

Todos éramos jóvenes,
él era casi niño.
aragonés y rubio,
delgado y enfermizo.
Inquieto de carácter
y al par alegre y vivo,
los chistes en su boca
brotaban á porrillo;
siendo en él, el ingenio
muy superior al juicio,
cosa en que otros mayores
también nos distinguimos.
¡Qué redacción aquella!
siempre el petate listo
para ir al Saladero
ó para andar á tiros.
En casa y en la calle
cercados por esbirros,
y hablándonos á veces
de tú con los Ministros.
Y pese á las denuncias
las multas y los líos,
Rivera tan afable,
tan culto Federico,
Roberto tan idólatra
de clérigos y obispos,
y Blasco tan contento
y Juan y yo lo mismo.
Aquel era entusiasmo,

y aquello eran peligros,
y censurar sin tregua
lo humano y lo divino.
Hoy del sagrado fuego
quedan sólo residuos,
y dos viejos vestales
del templo derruído
que á recordar sus glorias
se juntan en el Suizo.
Allí, Eusebio, se suele
llorar por los amigos
que logran el descanso
tras batallar prolijo:
allí con el recuerdo
renuévase el cariño,
y yo, que todavía
culto al pasado rindo,
yo, que fuí en gratas horas
de tu niñez testigo,
al lamentar tu ausencia
por tí y por mí suspiro;
¡que eran tus años pocos
al lado de los míos!

MANUEL DEL PALACIO



BLASCO EN LA INTIMIDAD

REMINISCENCIAS

No sé si surgen de la memoria ó brotan del corazón las reminiscencias que voy á consignar en este artículo.

Hace ya muchos años que vivíamos juntos Eusebio Blasco y yo. El escribía artículos y versos, comedias y libros; yo era redactor, no recuerdo si de *La Política* ó de *Los Sucesos*. Ambos sosteníamos la casa común con lo que ganábamos escribiendo, á veces hasta romances y aleluyas.

Aleluyas, sí. Poco tiempo hace que compré en un estanco de la Plaza del Progreso algunas que habíamos compuesto á tres duros el pliego, que nos pagaba religiosamente el grabador Ricord.

Por entonces, ó quizá algo después—la fecha importa poco; si algún curioso la necesita exacta, podrá deducirla con seguridad de mi relato—actuaba en el teatro del Príncipe, hoy teatro Español, una compañía de que eran primer actor Manuel Catalina y primera actriz Elisa Boldún.

Ambos habían solicitado de Eusebio alguna comedia, y cuando los veíamos—que era casi todas las noches en el saloncillo—no dejaban de reiterar su petición al ya muy aplaudido autor de *La mujer de Ulises*, *El vecino de enfrente*, *El joven Telémaco*—que me dedicó—y otras obras.

Eusebio retardaba complacerlos. Ellos creían que por pereza; él y yo sabíamos que no era la pigricia el motivo, sino el natural deseo de encontrar asunto y plan de una obra para intérpretes tales.

La gente, que sabía que Eusebio se levantaba á las tan-

tas de la tarde, que le veía pasear por la Castellana ó el Retiro y flanear por la Carrera de San Jerónimo, asistir todas las noches al teatro y á las reuniones de la mejor sociedad, creía que no trabajaba ni hacía otra cosa que divertirse luciendo trajes de Caracuel y Alcaide ó corbatas y bastones de Plantey.

Pero después del teatro y de tomar chocolate ó más suculenta cena—según el estado de los sendos bolsillos—nos íbamos á nuestra casa de la calle de las Huertas, á cosa de la una ó una y media de la noche Yo me acostaba y él se ponía á escribir cuartillas, en prosa ó verso, para los periódicos, los editores ó los teatros.

Levantábame yo de ocho á nueve de la mañana, y en seguida me iba á la mesa del despacho, donde hallaba el quinqué apagado y con el aceite consumido, y un rimero de cuartillas de aquella letra pequeña, clara y elegante con que Eusebio llenaba el papel de chistes y agudezas, de frases graciosísimas, de versos salados ó sentidos: vibraciones de un cerebro cuya observación era tan profunda como la expresión fácil y amena. Lo que después han sido en la fotografía las instantáneas, eso era la labor literaria de Eusebio.

Pero como estudiaba tipos, caracteres y costumbres en los paseos, los teatros y los salones, cuando casi todo el mundo no hace otra cosa que pasar el tiempo y distraerse, y como todo eso lo sacaba á luz por la noche, cuando la inmensa mayoría de la gente duerme y descansa, de ahí que la fama de perezoso y holgazán de Eusebio fuese axiomática.

Y como sus producciones resultaban tan fáciles, tan amenas, tan gratas, nadie creía que aquello era fruto de trabajo alguno. ¿Quién piensa cómo es ni de dónde viene el agua pura y cristalina de un manantial con que el viandante refresca los labios y apaga la sed?

Cierta mañana de aquel tiempo ya lejano cogí, como de costumbre, las cuartillas escritas la noche antes por Eusebio.

Eran de una comedia en prosa que no tenía título, por no haberla bautizado todavía, ni al margen el nombre de los interlocutores, que no solía poner hasta que daba el original para *sacar de papeles* la obra.

Constituían aquellas cuartillas, sin tachaduras apenas, el primer acto de una comedia; acto originalísimo, bellísimo, especie de cuasi-monólogo interesante y primoroso; pero promesa tal, que me entró un miedo terrible de que resultara abortada la obra al proseguirla y terminarla.

Cuando á las dos de la tarde estaba Eusebio tomando el desayuno—chocolate completamente frío—entré en su dormitorio.

Sin duda me conoció en la cara por que entraba yo aquel día y á aquella hora á verle.

—¿Has leído el acto del proverbio?

—Sí.

—Y ¿qué te parece?

—Preciosísimo; pero...

—Pero ¿qué?

—Que temo que quieras concluir la obra esta noche misma atropelladamente, y no corresponda lo que vas á hacer á lo que has hecho. Sería gran lástima, porque para escribir un segundo acto digno de ese primero, no ya que le supere, sino que no desmerezca y decaiga, es preciso pensar, meditar, trabajar, emplear, en suma, más tiempo del que me parece que tú estás dispuesto á invertir en acabar el proverbio.

—Puede que tengas razón... Allá veremos.

Y no se habló más. Salimos á paseo, comimos, fuimos al teatro y volvimos á casa á la hora de costumbre, á la una de la noche, Eusebio se sentó á la mesa del despacho con un rimero de blancas cuartillas y yo me fuí á dormir, no sin recomendarle y rogarle por Apolo y por las musas todas del Parnaso que no acabara de mogollón el proverbio.

Pero me acosté convencido de que Eusebio no me haría caso.

Y, en efecto, á la mañana siguiente, algo más temprano que de costumbre, me levanté, me abalancé á las cuartillas, y de un tirón leí el segundo y último acto del proverbio, acto mejor que el primero, desarrollo y remate felicísimo de la obra, asombroso de facilidad, de gracia, de intención y recursos teatrales.

Cuando Eusebio despertó, le dije:

—Tenías razón: has hecho bien. Si hubieras tardado más en escribir esa obra, probablemente no sería lo que es.

Pocos días después la estrenaron en el Príncipe. Los aplausos á Eusebio y á sus intérpretes fueron tan grandes, que es uno de los mayores éxitos que yo he presenciado en el teatro.

Al día siguiente me decía nuestro queridísimo amigo el gran poeta dramático D. Adelardo L. de Ayala, de quien había yo sido secretario en el Ministerio de Ultramar:

—Dígale usted á Eusebio que anoche no pude ir al saloncillo á felicitarle y darle un abrazo; que su proverbio me ha gustado mucho, que es lo mejor que ha hecho para el teatro, y que no conozco nada en su género que pueda comparársele en España ni en el extranjero: es una verdadera y preciosísima joya.

Aquel proverbio se titula: *No la hagas y no la temas.*

....

¡Acepta, Eusebio, como homenaje de mi inextinguible cariño á tu memoria, esta descolorida reminiscencia de aquel tiempo que ya pasó para siempre!

En cambio, aquel proverbio y tantas y tantas otras obras de tu ingenio peregrino, como dulce y fecundísima miel de abeja ática, durarán frescas y sugestivas mientras duren el pueblo y la literatura de España.

Ángel AVILÉS.

EUSEBIO BLASCO

Fué poeta genial,
prosista culto y galano,
repentista excepcional;
de ingenio meridional,
de genio... *zaragozano*.

—

Por eso, cuando escribía,
su potente inspiración
en aúreos moldes fundía,
la franqueza de Aragón
con la *sal* de Andalucía.

—

Logró sus triunfos mejores
por espontáneo y sincero;
tomó á risa sus dolores
y fué, entre los trovadores,
trovador y caballero.

—

¡Se burló de un *modernismo*
que todo lo invade ya
con su abyeto *escepticismo*,
y que acusa el raquitismo
de una raza que se va!

—

Tronó, resuelto y valiente,
contra injusticias sociales;
pidió para el indigente;

¡mas no emponzoñó el ambiente
revolviendo cenagales!

—

Creyó, con razón sobrada,
que adular al poderoso
es acción vil y menguada;
pero no es labor honrada
excitar al envidioso.

—

Tal fué Blasco. ¡A qué añadir,
si escritor español era,
que en luchar, en escribir,
consumió la vida entera
y se vió pobre al morir!

Agustín Fernando de LA SERNA.



VELADAS DE VERANO

PRIMEROS ENSAYOS POÉTICOS

Zaragoza, 1861.

A MI QUERIDO PADRE

EL SEÑOR

D. Eusebio Blasco y Taula

——

PADRE MÍO:

¿A quién mejor que á tí dedicar los primeros frutos de mi pobre imaginación?

Si alguno ha de mirarlos benévolo; si alguno me ha de corregir cariñosamente, viendo los defectos que encuentre en esta pequeña obra, indudablemente has de ser tú, tierno amigo, al par que padre cariñoso.

Recibe, pues, esta pequeña muestra del acendrado amor y humilde respeto que te profesa

Eusebio.

PRÓLOGO

Las ilusiones tienen su capullo, como las flores.

Los sentimientos del corazón, su aroma como el ambar, y los pensamientos su galanura, como la naturaleza.

Es obvio, es sencillo que al través, de ese inmenso cortinaje de la invención, de los sueños, de las ilusiones, se columbran ideas realizadas, verdades inconcusas y ciertos mágicos sones de lo real y positivo.

La fantasía impera en el corazón, como ráfaga luminosa que con su resplandor descubre un nuevo mundo que es el dichoso albergue del poeta.

Ese mundo donde el vate canta, donde pulsa su lira, lira que envuelve, con sus divinos conceptos y elevadas notas los rasgos de la virtud y lo bello; lira que, siendo material, escudriña los tesoros de la naturaleza, que estudia con afanoso intento ese relativo de lo hermoso, ese valor intrınseco que nos presenta la acabada esfera.

Pero dejando aparte digresiones veladas á nuestra débil pluma, solo nos toca examinar y analizar, en algún tanto, varias de las composiciones presentes, atendiendo á la parte moral que las anima y al sentimiento que las impele, que á las firmas y exterioridades.

Abramos la portada: ¿qué nos dice?

«A mi querido padre»

¿Podrá encontrarse dedicatoria más tierna? Ella, por sí sola, tiene tanto valor como el pensamiento más sublime; ella expresa el desinteresado móvil que obliga á un estudioso joven á recoger sus ilusiones rimadas para tejer un ramo con las flores de su juventud.

¿Acaso peca cuando nace el poeta y lanza al mundo sus páginas, no con el atrevido y pecador intento de deposi-

tar, en ara de las musas, una obra admirable, una cosa acabada, sino con el propósito de asperar al goce, de henchirse de alegría al mirar unidas sus ilusiones, al ver en conjunto sus sueños y enlazados, aunque con modestia, sus publicados pensamientos?

....

Aparte de todo esto, vengamos á pesar, con nuestra insegura balanza, el valor de estas poesías y admirar sus bellezas.

Examinemos la composición primera titulada «Lágrimas de huérfana.»

Cuadro tan sentimental como perfecto, llena y expresa completamente la iniciativa del epígrafe. Su lectura enternece, y su sencillez admirable es una prueba de las buenas dotes que adornan á su autor.

«A Pilar» magnífica alegría, rico diseño que refleja lo delicado de un pensamiento tan bien cordinado, como la dulce y sentida armonía de su metro.

¿Quién no estudia con gusto la natural y sencilla composición «La despedida?» ¿Quién no para la atención ante la fogosa y elevada canción «Mi patria?» ¿Quién pasa desapercibida la sencilla y bellísima descripción de la *Leyenda* en su primer capítulo...? Nadie; porque, sin necesidad de citarlas, ellas mismas interesan y se hacen ostensibles con su lectura.

En el género jocoso todas, sin excepción, llenan su cometido; pero llamaremos principalmente la atención sobre la poesía encabezada con el título «Aclaraciones» ¡Cuánta sal encierran sus versos! ¡Qué chistes tan delicados, y que sutilmente dirigidos!

Seamos un momento minuciosos.

¿A quién no sublima el entonado cuarteto siguiente?

«Furiosa tormenta de pronto levanta
con súbito estruendo terrible huracán,
y el río, rompiendo su cauce y garganta
desbordan, espanto sembrando y afán.»

¿Dónde hay colorido más brillante? ¿Dónde armonía imitativa más escogida? ¿Dónde más elevación y rotundez? Solo estos cuatro endecasílabos son un cuadro completo y una perfecta descripción.

Parémonos en la quintilla

¡«Felíz quien ama y no quiere,
y por no querer se muere,
y por querer pierde vida!
¡Pobre del alma adormida
si por querer se durmiere!»

Los retruécanos son preciosos; la sencillez admirable.

Pero cesemos ya; dejemos á libertad del lector todas en general y cada una en particular de las joyas poéticas que encierra este pequeño libro: su criterio será más recto que el nuestro.

Réstanos tan sólo felicitar á nuestro particular y querido amigo el autor, y alentar, con nuestra desautorizada voz, al joven principiante en la árdua y difícil misión del poeta, para que, guiado por personas competentes y acreditadas en la literatura, pueda recoger algún día el ambicionado laurel del Parnaso.

Francisco DAMATO

LAGRIMAS DE HUÉRFANA

Bello es mirar la cumbre
de aquel dorado monte,
que allá, en el horizonte,
á confundirse va.
Bello es ver la techumbre
azul del firmamento
y en blando movimiento
huir las nubes ya.

En la noche callada,
pacífica y serena,
oir de la sirena
el canto embriagador,
y ver en la alborada
el sol, que bello asoma,
y en elevada loma
cantar el ruiseñor.

Las flores al murmullo
de algún manso arroyuelo,
cual saludando al cielo
sus cáliz van á abrir.
Y al amoroso arrullo
de fuente cristalina,
su tallo el lirio inclina
queriéndose dormir.

Gozoso, tras la rama,
el jilguerillo canta,
su cántico levanta
al Dios que le crió.

Solícita le llamá
su tierna compañera
desde una enredadera
dó el nido fabricó.

Todo respira vida
y encantos y ventura,
preséntase natura
en todo su esplendor.
Todo á gozar convida
y, en cuadro tal, nos muestra
su competente diestra
del orbe el Hacedor.

. . . .

Junto á un seco y viejo roble,
entre sauces escondido,
yacen en un triste olvido,
una losa y una cruz.
Y el Sol que alumbra á la tierra
con sus rayos esplendente,
uno envía solamente
para que dé allí su luz.

Un arroyo que ha corrido
largo tiempo por el lado
dó el sepulcro retirado
puede verse en tal lugar,
cual queriendo abandonarle,
hoy su corriente varía,
y dél su cauce desvía,
murmurando sin cesar.

Ni las aves que cantaban
en tal sitio dan hoy trinos,
ni en la tarde los vecinos
pastores paran aquí;
ni la fuente que cercana
está vierte sus raudales:

¡aves, fuentes y zagales
todos se apartan de allí!

Sólo, al finar el estío,
una joven, asaz bella,
llega á este sitio, y con ella
un niño de corta edad.
Y los dos, arrodillados,
vierte lágrimas la hermosa.....
¡y el niño, sobre la losa,
no ve ella su horfandad!

Bajo el mármol dó se sienta
yace una madre querida,
que murió al darle la vida
sin llegar á conocer.
Y él, inocente de todo,
teniéndole tan cercana,
mira el llanto de su hermana
sin llegarlo á comprender.

¡Pobres huérfanos! Yo admiro
de la joven la hermosura;
yo comprendo su amargura
y sus lágrimas también.
Y envidio al niño inocente
que no comprende su estado
é ignora que es desgraciado
pues le falta el mayor bien.

Llora, pobre joven, llora,
eso prueba que eres buena:
llora, que grande es la pena
que tu corazón sufrió.
Y tú, niño, plegue al cielo
que á la triste edad no llegues
en que inconsolable ruegues
por la que por tí murió.

AMAR Y QUERER

DOLORA

—¿Por qué lloras, bella Elisa?
¿Quién es causa de tu llanto?
—Mi amante.
—¡Jesús! ¡qué risa!
¿También tu amas?
—Es precisa
esa pasión.
—¡Bah! ¡no tanto!
Yo no he querido jamás
á nadie.
—¿Qué desgraciado!
Pues ¿cómo así?
—Ahí verás.
—¡Ah! ¡corazón no tendrás
si en tu vida no has amado!

—Alto: amar es otra cosa
que querer, Elisa mía.
—¡La salida está graciosa!
¿Que más dá?
—Tu eres dichosa...
sino, te lo explicaría.

¡Dichosa, y estoy llorando!
Explícate
—Voy allá...
pero, Elisa, en acabando
le definición, te mando
que no la recuerdes ya.
Querer, es loco deseo;
amar, es pasión profunda:

cualquier loco devaneo
—lo digo como lo creo—
tan sólo en querer se funda.

Amo, dice venturoso
el galán enamorado,
junto á su bella dichoso;
quiero, dice pesaroso
el que va á tomar estado.

Después del *amo,* la vida
es felíz, se pasa breve,
y todo á gozar convida.
El *quiero,* al hombre intimida
si á pronunciarlo se atreve.

El amante, por su bella
hace al día mil locuras
siempre guiado por ella.
El esposo arma querella
con sol, con luna y á oscuras.

¡Feliz quien ama y no quiere,
y por no querer se muere,
y por querer pierde vida!
¡Pobre del alma dormida
si por querer se durmiera!

Esta es, Elisa, mi fe,
amar es la verdadera,
querer, rara invención fué;
ninguna mujer hallé
que no *quererme* quisiera.

—¡Ay, Román!
—¿Qué te ha pasado?
—Con mi amor hoy he reñido
después que me hubo jurado

que ansiaba verse casado
conmigo
—Pues te ha *querido.*
—Y ¿no me amó?
—No por cierto;
te *quiso* tan solamente:
y el amor le verás muerto
si te casas.
—Te lo advierto,
¡no me amaba!
—Justamente.

—Pues cesar quiero en mi afán
de hoy más todos me verán,
solo amar.
—¡Jesús! ¡qué risa!
¿Te hizo efecto? ¡Adiós, Elisa!
—¡Ya te entiendo! ¡Adiós, Román!

TODAS BELLAS

Flores que abren su cáliz
por la mañana,
cuando, de oro vestida,
despunta el alba
son la ventura
del que admira del campo
la galanura.

Niña que al mundo sale,
por vez primera,
reflejando en su rostro
pura inocencia,
es... embeleso
del padre que, en su frente,
dá un tierno beso.

Palmeras del desierto
que, tan esbeltas,
ante el *simoun* doblegan
su gentileza,
son el consuelo
del viajero que amparo
demanda al cielo.

Joven de negros ojos,
de gentil talle,
de corazón ardiente
y de alma grande,
es... la esperanza
del joven que por ella
suspiros lanza.

Sauce que á alguna tumba
sirve de amparo
y, llorando, sus ramas
cubren el mármol,
es... el recuerdo
que hace al hombre que exclame
«¡los años pierdo!»

Anciana venerable,
de rostro enjuto,
que llora hoy el pecado
en que caer pudo,
es... el modelo
que imitar todos deben
para ir al cielo.

LOS SALUDOS

Desde tiempo inmemorial
es costumbre, entre la gente,
saludarse mutuamente,
cosa que es muy natural.

Es también costumbre añeja
el cumplimentarnos todos
con los diferentes modos
que la crianza aconseja.

Pero hánse multiplicado
de tal manera ambas cosas,
que hoy día son numerosas
las frases que han aumentado.

¿No es bastante saludar,
cuando se tropiezan dos
decir, *vaya usted con Dios,*
ó bien, *agur y mandar*?

Pues no sucede así á fe:
uno dice, *adiós, fulano*;
otro, *beso á usted la mano*;
otro, servidor de usté.

Si á uno «*buenos días*» dices,
ó te contestará *buenos,*
ó te dirá *nada menos,*
ó solo dirá *felices.*

¡Salud! oirás á unos;
¡vaya bueno! dirá otro;
¡hola! exclamará este otro;
¡adiós! escuchas á algunos.

Este para saludar,
se sonríe placentero;
aquél, se quita el sombrero
con política ejemplar.

Y no es esto solamente,
sino que, según su estado,
sexo, costumbres ó grado,
así cambia en cada gente.

El pueblo, con un porrazo
que acredite su franqueza:
las hembras con la cabeza;
los soldados con el brazo.

El espadachín en cruz;
los cortesanos doblándose;
los actores encorvándose;
el fraile echando el capuz.

La marina, á cañonazos
suele entender los saludos;
y los morabitos rudos
se inclinan cruzando brazos.

Los chiquillos de mantillas
abren y cierran la mano;
sus siervos al soberano
con música y campanillas.

El espada, que á la res
va á despachar con limpieza,
la gorra de su cabeza
quita, y la arroja á los piés.

Quién, da la mano oficioso;
quién, risueño sonriéndose;
quién, como un tonto riéndose,
y quién, grave como un oso.

Uno, sin mirar saluda,
otro, mira demasiado,
otro, pasa por tu lado,
y el rostro de lado muda.

Y en suma, infinitos modos;
pero á Dios con devoción,
con respeto y sumisión,
siempre saludamos todos.

Y pues á Dios nombré, creo
conveniente en El finar;
basta ya de saludar,
y hasta otro día: *laus Deo*.

LA RAZÓN MAS PODEROSA

Dí, bella Clori,
¿por qué tormento
das á mi alma
con terco empeño?
¿Por qué á mis quejas
y tristes ruegos
no das oídos?
—*Porque no quiero.*

Yo, enamorado
de tu gracejo,

sigo tus pasos,
contigo sueño:
pues ¿por qué ¡ingrata!
no das consuelo
á mi desdicha?
—*Porque no quiero.*

No te retires,
óyeme al menos.....
¿Te marchas? ¡Vamos!
¡es mucho empeño....!
¿Por qué no esperas,
Clori, un momento?
¿Por qué te callas,
dí?
—*Porque quiero.*

¡Que cruel eres!
Responde al fiero
dolor que mata
á éste mi pecho.
¿Por qué no quieres
responder?
¡Necio!
¿No te lo he dicho?
¡Porque no quiero!

EL PAN DE CADA DÍA

LETRILLA

Que ande en trapicheos Blasa
con el hijo de don Lino,
y haga caso del sobrino
de su tía Nicolasa,
y al esposo de María
se la vea aproximarse...
¡bah! señores, no asustarse,
es el pan de cada día

Que un político en calzas prietas
fume, beba, trinche y ame,
y á todas las niñas llame
cursis, tontas y coquetas,
dando con su tontería
ganas de al Ebro arrojarse...
señores, no hay que asustarse,
es el pan de cada día.

Que un gastrónomo antropófago
coma, á costa de un amigo,
sin que un bocado enemigo
se le pare en el exófago,
y con bárbara alegría
le vean de aquel burlarse...
no es cosa para asustarse,
que es el pan de cada día.

A un ciudadano que presta
al setenta y dos por ciento,
con tachable fingimiento
y conducta muy honesta
se le vé á Santa Lucía
rezar, y en el pecho darse,
pero... ¡nada! ¡no arredrarse!
es el pan de cada día.

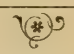
Que á un militar aguerrido
y valiente como el Cid,
que nunca tembló en la lid
ni se declara vencido,
ante una paisana mía
le veamos doblegarse...
caballeros, no asustárse,
es el pan de cada día

Que un portero de intendencia,
dándose lustre y jabon,
un día de vacación
diga: «*No damos* audiencia»
y lo mismo que un *usía*
importancia quiera darse...
no hay por eso que asustarse,
que es el pan de cada día.

Que un señorito de aldea,
que dice *menistro* y *bótica.*
con una facha estrambótica,
un *non plus ultra* se crea,
dando en la triste manía
de lucir y acicalarse...
¿de qué sirviera asustarse
si es el pan de cada día?

Que un diputado novel
dé palabra á su partido
de mostrarse decidido
y de trabajar por él,
mostrando gran apatía
así que llega á alejarse...
no merece eso asustarse,
que es el pan de cada día.

Y que yo haga una letrilla
cuando tantas se han escrito
con pie mucho más bonito,
¿no es cosa que maravilla?
No critiquéis, pues, mi afán,
poetastros y copleros;
lo que yo hago, caballeros,
es de cada día el pan.



Á PILAR

Cuando la noche su velo
tiende por el horizonte,
y tras el más alto monte
el sol se oculta del cielo.
En un jardín, asaz bellas,
varias y vistosas flores
con sus fragantes olores
embalsaman las estrellas.
En el jardín, como ves,
todo el mundo tiene entrada,
pero no hay que tocar nada
porque gran delito es.

Y en las noches apacibles
ver las flores, no tocarlas,
que aun á veces de mirarlas
resultan cosas terribles.

¡Cuántas blancas azucenas,
tan inocentes y hermosas,
hoy recuerdan pesarosas
aquellas frescas verbenas!

Admirarlas es, acaso,
lo que tan sólo al que va
le permiten, y aun podrá
resultar algún fracaso.

Ahora bien: tú tendrás pena
por saber, Pilar, en donde
tan bello jardín se esconde
y de condición tan buena.

Pues si es que no lo adivinas
—al menos así lo creo—
el jardín es..... el paseo
que al presentarte iluminas.

Y las flores delicadas
que embalsaman el ambiente,
las hermosas, que la gente
allí admira enamoradas.

Yo por el jardín pasé,
y la belleza y color
allí admiré de una flor
que en el jardín encontré.

Sin duda era la más bella
de aquel pensil tan hermoso,
y sobre el tallo gracioso
se miraba en una estrella.

La seguí, pero fué en vano;
quise mirarla, y cegóme;

y á no verla condenóme
un jardinero inhumano.

. . . .

La flor eres tú, Pilar;
y en vano aspirarte quiero,
que el maldito jardinero
no quiere dejarme entrar.

LA MUERTE DE JESÚS

¿Oís retumbar el trueno
en las cumbres de aquel monte?
¿Véis cruzar el horizonte
exhalaciones sin fin?
¿Véis con asombro indecible
la luz del sol apagarse?
¿Véis el mundo consternarse
del uno al otro confín?

¿Qué significa, qué dice
todo aquesto al Universo?
¿Es espíritu perverso
el que tanto mal causó?
¿Serán, tal vez, del planeta
que habitamos conmociones,
apoyadas en razones
que el sabio incansable halló?

¡No! Tiene causa más grande
tan terrible cataclismo:
es la luz del cristianismo,
la cesación del error!

¡Es qué el que fundó la tierra,
humillado, escarnecido,
hoy al hombre ha redimido
espirando con dolor!

—

La faz demacrada, el rostro espirante,
los ojos hundidos, ya faltos de luz,
exangüe, doliente, mudado el semblante
el Dios de bondades yacía en la Cruz.

El pueblo que mira con gusto su muerte,
dá voces al viento al verle espirar:
no hay joven ni anciano que viéndole inerte
no sienta en su pecho placer singular.

«*¡Ya espira!*» quien grita con gusto inefable
«*¡Ya muere el infame!*» repiten dó quier,
«*¡Pagó su impostura!*» con rabia implacable
exclaman en coro de inmenso placer.

Y en tanto los rayos del sol, que antes bello
acaso con ira tal cuadro alumbró,
se apagan y mueren dejando un destello
que alumbra un momento al Dios que finó.

Furiosa tormenta de pronto levanta,
con súbito estruendo terrible huracán,
y el río, rompiendo su cauce y garganta,
desbórdase, espanto sembrando y afán.

Horrores sin cuento natura presenta,
y, al ver comprobada la ya realidad,
el pueblo insensato su falta lamenta
¡y póstrase, y llora, *pues vió la verdad!*

DOLORA

¡Pobre Lola! ¡qué abatida!
¡qué llorosa!
—¡Ay! que es muy triste mi vida!
¡Era yo de él tan querida...!
¡qué dichosa!

—¿Puedo yo darte consuelo?
dí, mi bien.
—¡Sólo le hallaré en el cielo!
—No te apures, que en el suelo
lo hay también.

Hoy tu amor se ha convertido
en dolor:
si grande la causa ha sido,
yo ofrezco, aquí rendido,
nuevo amor.

—¿Tú serás capáz de amarme?
dílo, Eduardo:
¿nunca llegarás á odiarme?
—No, que Amor supo clavarme
bien el dardo.

Yo seré, Lola, tu esclavo;
yo seré...
—¡De comprenderte no acabo!
¿Esclavo dijíste? ¡Bravo!
—Dí, ¿pues qué...?
—El amante que hoy se aleja
con dolor

de mi lado, en esta reja,
donde la luna refleja,
jurό amor.

Yo le quise, pues su acento
me agradaba;
pero llegó aquel momento
en que, *de mi amor sediento*,
¡ay! lloraba.

Ví su llanto y dióme enojo;
que el amante
no ha de sufrir el sonrojo
de mostrarse así.., tan flojo
y delirante.

No quiero esclavos conmigo,
buen Eduardo;
lo siento como lo digo:
Amor te hizo mi enemigo
con su dardo.

—

Marchóse Eduardo expresando
en su rostro gran disgusto,
y exclamó para sí hablando:
«¡Uf! ¡qué susto!»

¿Quieres, niña, quien domine
con su amor el tuyo? ¡Ay, Lola!
Muy fácil será que fine...
¡Carambola!

LA DESPEDIDA

LETRILLA

En el retrete de Luisa
entra un joven, y al momento
le señala ella un asiento
con amorosa sonrisa.
Y él, con voz harto sonora,
mirándola con misterio,
dice entre irónico y serio:
«A los piés de usted, señora.»

—¿Qué significa ese acento
y ese *usted*? —dice la bella—
—Señora, si el labio sella,
concluiré en un momento.
No con escusas ahora
me quiera usted aplacar:
hoy acabo ya de estar
á los piés de usted, señora.

—Más ¿qué motiva ese gesto
y esa manera de hablarme?
—¡Pérfida! ingrata! ¡engañarme
así!
—Pero ¿á qué viene esto?
—Sepa usted que nada ignora
este incauto enamorado:
no puedo estar á su lado...
á los piés de usted, señora.

Pues no: no quiero irme
sin decirla lo que siento:
es mucho mi sufrimiento,
y... los sordos van á oirme;

usted, con engañadora
pasión, de mí se ha burlado...
¡Y qué yo me haya postrado
á los piés de usted, señora...!

Hace mes y medio, creo,
ví á usted con su tío el conde
no recuerdo bien en dónde...
me parece fué en paseo.
Al verla tan seductora,
confundido y admirado
dije al pasar por su lado:
«á los piés de usted, señora »

Usted ¡de pensarlo sudo!
fingiendo serle agradable,
con una sonrisa amable
volvióme al punto el saludo.
Con gracia fascinadora
la falda se levantó...
mi vista se dirigió
á los piés de usted, señora.

¡Y qué pies, Dios bendecido!
ellos causaron mi ruina
y mutación repentina
en mi espíritu abatido.
Desde entonces hasta ahora
nunca los pude olvidar,
y no he dejado de estar
á los piés de usted, señora.

Tiene usted cartas de Juan,
y billetes de Agustín,
y epístolas de Martín,
y esquelas de Sebastián:
Todos ellos sin demora,
pues no están en el secreto,

firman con mucho respeto,
«á los piés de usted, señora.»
  Pero ya esto se acabó;
hoy se descubre el engaño;
un funesto desengaño
voy á darles luego yo.
En vano el perdón implora:
no hay de convencerme modo;
voy á descubrirlo todo;
á los piés de usted, señora.

—¡Un instante!
                —¡No hay piedad!
La villa vá á murmuraros,
las bellas á señalaros,
y á huiros la sociedad.
Ha llegado vuestra hora;
la máscara os quitaré,
y .... ni aun deciros querré
á los piés de usted, señora.

  —¡Espera!
              —¡Vana porfía!
—¡Escucha!
              —No atiendo á nada.
—¡Ah! ¡me haces muy desgraciada!
—Cada cual tiene su día.
—Pero ¿no admite demora
tu partida?
              —Ni un momento.
Usted lo quiso .... lo siento.....
á los piés de usted, señora.

. . . .

  Marchóse; y Luisa, llorosa,
á su balcón se asomó,
y cuando salir le vió

volvióle á llamar ansiosa.
Y él, con faz que corrobora
sus deseos de vengarse,
dijo riendo al marcharse:
á los piés de usted, señora.

DOLORA

—¿Qué tienes, Paula?
—No sé.
—¿Estás enferma, hija mía?
—No sé.
—¡Vamos! ¡qué manía!
—¿Por qué no respondes?
—¿Qué?

—Contesta: ¿quién te ha ultrajado?
—No sé.
—Paula, no me irrites
¿qué deseas?
—Que te quites,
madrecita, de mi lado.

—¿No me quieres?
—¡Qué rareza!
—¿Qué te falta?
—Soledad.
—¿Qué te sobra?
—Tu bondad.
—¿Qué te duele?
—La cabeza.

—¿Nada más?
—Y el corazón...

—¿Qué tiene?
—¡Se me ha perdido!...
—¡Adiós, Paula! que he oido
ahora tu confesión.

—¿Lo buscaré, madrecita?
—Déjale, que él volverá.
—¿Sólo?
—No
—¿Con quién, mamita?
—Quien lo llevó lo traerá.
—¿De veras, madre? Lo siento.
—Mal hecho, niña.
—¿Y por qué?
—No sé... me marcho.
—¡Un momento!
¿Por qué te marchas?
—¡No sé!

MI PATRIA

Hay un libro cuyas hojas
no se rompen en la vida;
libro que á saber convida,
siendo ameno cuento al par.
Cuyos varios caracteres,
según es lo que nos cuentan,
con oro nos lo presentan
y no se puede borrar.

En él los hechos gloriosos
de bizarros adalides,
y narraciones de lides
sangrientas mira el lector;

en él traiciones infames
se ven también y dobleces,
mezcladas, algunas veces,
con dulces trovas de amor.

Caracteres indelebles
son los de este libro raro;
mil dudas nos pone en claro
al fijar la vista en él.
Y la tierra dó nacimos,
vemos allí, en otros años,
que nos retrata el papel.

¡La Historia! Aqueste es el libro
de mi admiración objeto,
obra que, lanzando un reto
á la necia Humanídad,
le presenta sus abuelos
tal como fueron un día,
y procurando á porfía
decir siempre la verdad.

Ved á Castilla otro tiempo
y á sus reyes poderosos,
cual ningunos victoriosos
dó quier que sientan el pie;
ved á Aragón con sus brazos
que, semejando leones
asombran á las naciones
por su tesón y su fe.

¡Aragón! Padre querido!
De ser tu hijo estoy ufano:
el altivo castellano
aquí humilla su valor.
Cien monarcas orgullosos
doblaron aquí las frentes
ante los hijos valientes
de Jaime *el Conquistador*.

Dó Lanuza tuvo asiento
los cobardes son mentira:
aquí el aire se respira
mpregnado de altivez.
La rudeza existe solo
cuando suena la batalla...
en concluyendo, se calla
y afables son otra vez.

Cuna de ilustres varones
eminentes y entendidos;
patria de hombres aguerridos
y de noble corazón.
Suelo fértil cual ninguno,
clima sano, puro ambiente,
cielo hermoso, franca gente,
son tus dotes, Aragón.

Aquí aquellos Argensolas
en el arte se educaron,
aquí la ciencia estudiaron
los Lunas y Bardagí...
Aquí Valero la silla
apóstolica mantuvo;
el gran Pignatelli tuvo
asiento también aquí.

A sus bravos campeones
no hay poder que resista:
los nietos de Iñigo Arista
son los solos en valor.
Cada pecho una muralla
es, como ya lo han probado;
cada niño es un soldado;
cada anciano es un doctor.

Débiles serán mis fuerzas,
Aragón, para cantarte;

más no importa, en cualquier parte
donde escuche hablar de tí
mi único afán será solo,
recordando tus memorias,
cantar el genio y las glorias
de la cuna dó nací.

A UN AMIGO Y A UNOS OJOS

Díceme un mi camarada
que adora unos bellos ojos
y le mata su mirada:
soltemos la carcajada
ante tan necios antojos.
¡Que le matan! ¡Vaya un lance!
Entonces, ¿quién le ha mandado
que á la muerte se abalance?
Yo temería un percance
y me iría con cuidado.
¡Matar! Vamos, es cuestión
que debe tomarse á guasa;
yo me asomo á mi balcón
y recibo un alegrón
á cada *muerte* que pasa.
Estoy en el mismo caso
del compadre que eso dijo:
por unos ojos me abraso
y—dicho sea de paso—
no hay dos como ellos, de fijo.
Pero á mí no me asesinan
como al amigo en cuestión......
al contrario, me fascinan,
porque en ellos se adivinan
la ternura y la pasión.

Cuando al cielo levantando
la mirada, con sencillo
candor, los veo, gozando
la Concepción de Murillo.
Si hacia el suelo pensativos
se dirigen algo inciertos
y se alzan después activos,
matan, es cierto, á los vivos
pero dan vida á los muertos.
Y cuando á mí se dirigen,
ya risueños ó enojados,
como mi destino rigen,
me dan placer ó me afligen
ó me causan mil cuidados.
Pero matarme, jamás;
me dan vida y alegría
acaeciendo además,
que siempre se vá detrás
de su mirada la mía.
Ven acá, pues, insensato,
que, sin mirar lo que dices,
te acreditas de pazguato:
vente á observarlos un rato,
quiero que los analices.
Mas si después de mirarlos
no te retractas al punto
de tu opinión... ¡por San Carlos!
de fijo he de retratarlos
con aquel rostro en conjunto.
Y llevados de nación
en nación y villa en villa,
confirmaré mi opinión
de que aquestos ojos son
la novena maravilla.



FRAGILIDADES

Es este pícaro mundo,
tan abundante en rarezas,
que se vén cada minuto
si no cien, más de noventa,
vénse viejas relamidas
que las echan de doncellas,
y entre carmín y albayalde
su vetusta cara entierran.
Se ven viejos ochentones
que, cual un niño, pollean,
y hacen el amor á niñas
que pudieran ser sus nietas.
Militares retirados
que dó quiera que se sientan,
están hablando seis horas
de sus pasadas proezas.
Horterillas presumidos
que parecen trás la mesa
figuras de medio cuerpo
á quienes han dado cuerda.
Gentes que llevan peluca
tan bien arreglada y puesta,
que al levantarse el sombrero
se les vá detrás aquella.
Cantantes muy decantados,
á pesar de que berrean,
y que cantan en la mano
de tanto como solfean.
Personas que gastan gafas
por no distinguir de cerca,

y cuando quieren leer
las dejan sobre la mesa.
Hombres-mómias que se creen
los Adónis de las bellas,
sin reparar que en el mundo
son abadejos con piernas.
Periodistas embusteros
que andan á caza de nuevas,
y pollos que hacen el oso
rebajando las aceras.
Hombres que montan, sin ver
que ser montados debieran;
señores que llevan frac
debiendo llevar chaqueta;
chiquillos que fuman pipa
y quien se los fuma es ella;
cesantes con corbatín
de *Dios guarde á usted*, etcétera.
Sirvientas con miriñaque,
modistillas con *pamela*
usureros muy devotos,
amas de cría solteras...
Y, en fín, se vén tantas cosas
que nos dan risa y revientan,
que á referíroslas todas
cuento de no acabar fuera.
Muchas más os contaría,
pero ya el sueño me aprieta
y se me clava en el pecho
esta maldecida mesa;
y se me cansa la pluma,
y se me vá la cabeza,
y se me agota la tinta,
y se me apaga la vela.

POR LA MAÑANA

Muchas veces me sucede
que cuando despunta el alba
yo tambien *despunto*, y salto
al suelo desde mi cama.
Una vez ya fuera de ella
abro al punto mi ventana,
la luz del sol prefiriendo
á la de mi vela ó lámpara.
Vístome de cualquier modo
—que á mí no me importa nada
si vá bien puesto el gabán
ó si está bien la corbata—
y, apoyando los dos brazos
al marco de mi ventana,
fumo tranquilo un cigarro,
me coloco bien las gafas
y en esta *bella postura*
miro la gente que pasa.
¡Ojalá que tal no hiciera!
¡Ojalá tal no mirára!
porque veo tantas cosas
originales y raras,
que hay para llenar diez tomos
de más de quinientas páginas.
Te diré algunas, lector,
que tú no te imaginarás,
pues estas cosas que digo,
no son cosas, son... *cosazas.*
Ya veo venir á misa
á la simpática Clara,
modista de *in illo tempore*
y en día capitana.

Pero ¡calle! no vá á misa:
llega al portal de una casa
y hace señas á este lado...
¡Bueno! volvamos la cara.
Vuélvola y veo venir
á un mozo *de buena estampa*...
¡Toma! ¡pues si es Restituto,
practicante de farmácia!
Llega el mozo muy ufano;
la moza la mano alarga
y en santa conversación
mano á mano el rato pasan,
¡y mientras, el capitán
tranquilo duerme en su cama!
¡y mientras, allá en la iglesia
toca á misa la campana!
Pero ¿quién es aquél énte
que hácia aquí marcial avanza,
llevando al brazo una cesta
y en una mano el paraguas?
¡Ah! es el señor don Felipe
propietario de Tafalla,
que se vá él á hacer la compra
porque no tiene criada
y cuando habla con cualquiera,
dice dándose importancia:
—«Cinco criados tenemos
de ambos sexos en mi casa.»
Mas... allá viene un sargento
que, ó la vista á mí me engaña
ó viene llamando á voces
á la doncella Mariana.
Esta, que ya lo ha observado
desde el balcón—donde estaba
dando zurra á unos vestidos,—
se pone muy encarnada,
pero al mismo tiempo dice:

—Sube, que duermen en casa.
Y el militar al momento
las escaleras asalta.
En esto viene una tía
mugrienta y mal arreglada;
se le acerca un señorito
que se cubre con la capa,
y dándola dos pesetas
recibe en cambio una carta.
Se vá la vieja, y el jóven
se marcha batiendo palmas.
Abre su tienda silbando
un comerciante en quincalla,
y no bien ha concluído
de hacerlo, que ya una dama
entra pidiendo *carmín,*
polvos de dientes y *Opiata;*
y esa que ahora está ojerosa
y vieja, y horrible y..... pálida,
la veremos esta tarde
totalmente transformada.
Por allí viene un hortera
persiguiendo á una muchacha;
por allá pasa un cesante
que habrá dormido en la plaza;
por aquí veo á un mocito
con un levisac de alpaca,
porque no tiene gabán,
y dice con cierta gracia:
—Dá gusto salir á cuerpo,
que está hermosa la mañana.
Acá vienen dos fregonas
murmurando de sus amas,
y diciendo de sus amos
cosas..... que parecen fábulas.
Abrense puertas y tiendas,
pasa un escuadrón de cabras

metiendo con sus cencerros
más ruido que una batalla.
La buñolera que grita,
mis vecinitas que cantan,
el aguador que reniega,
los perros que á un tiempo ladran,
los carteros que, rompiendo
las puertas, en todas llaman,
la diligencia que sale,
el farolero que apaga,
los de la limpieza pública,
que á todo títere manchan,
los estudiantes que alegres
van á la primera cátedra,
todo, en fin, forma un gran cuadro
que me marea y me agrada.
¡Cuántas cosas que se ignoran
ví yo desde mi ventana!
Y mientras los que han dormido
entumecidos levantan....
¡y mientras allá en la iglesia,
toca á misa la campana!.....

LA NIÑA INOCENTE

Cuando vestida
de ópalo y grana,
entre celages
despunta el alba,
baja una niña
por la montaña.
Sus negros ojos
si miran, matan:
son dos luceros
de la mañana.

Sus rojos lábios
tan sólo igualan
á dos rubíes
que allí se engarzan.
Es de azabache
su crencha larga,
es una perla
la tal zagala.
Por un sendero
de la montaña
baja un mancebo
que vá con ánsia
siguiendo ciego
á la muchacha.
Bello es, por cierto,
de fáz simpática;
viste un lujoso
traje de caza,
lleva en el pecho
una cruz blanca,
y lleva al cinto
moruna daga.
Llega al encuentro
de la zagala,
y aqueste diálogo
con ella entabla:

—

—¿Dónde vá, sola,
la más gallarda
de las doncellas
de la comarca?
—Voy al encuentro
de mi torada.
—Mejor te fuera,
en dulce plática,
en esa fuente

que está cercana,
pasar conmigo
la madrugada.
—No, que mi madre
allí me aguarda.
—¿Dónde?
—En el campo
dó están las vacas.
—Deja á tu madre;
oye, zagala.
Yo busco ansioso
una mirada
de aquesos ojos
que al pecho matan.
Yo busco el goce
de oir palabras
que amor pronuncien
por tí espresadas.
Yo busco el día
de mi bonanza;
cifro mi dicha
en tí, zagala.
—¡Ay! ¡no te entiendo,
montero, nada!
—¿No me comprendes?
Tu mano blanca
en este pecho
quiero posarla.
Trae.
—¡Es pecado!...
—No hay tal, zagala.
—¡Guarde el montero!
¿Qué de hacer trata?
Voy al encuentro
de mi torada,
que madrecica
léjos me aguarda.

—No, no te alejes;
dáme esperanza.
Yo... te idolatro,
pero tú ¡ingrata!
tornas el rostro
sin decir nada.
Dáme tu mano,
quiero besarla.
—¡Besarla, dice!
¿Qué es el besarla?
¡Guarde el montero!
—¡Por Dios! ¡zagala,
oye!
—Me marcho
con mi torada,
que madrecica
léjos me aguarda
—¡Oye...!
—No entiendo
de amores nada;
que dice madre
que las muchachas
mueren al punto
que á un hombre aman.
—Eso es mentira.
—No hay tal.
—Zagala,
no te me alejes.
Oyeme, aguarda.
—Voy al encuentro
de mi torada.
—Pero.....
—No entiendo
las tus palabras.
—¿No las entiendes?
Tu mano blanca
besar quisiera.....

dáme, zagala.
—No; madrecica
léjos me aguarda.
—¡Trae!
—¿Qué desea?
—Tu mano.
—¡Vaya!
Adios, montero,
—Oye, zagala.
—Voy al encuentro
de las mis vacas,
que madrecica
léjos me aguarda.
Adios, montero.
—¡Adios, zagala!

ACLARACIONES

Piensa con gran presunción
el castellano ladino
que aquí no hay lenguaje fino
ni esmerada educación.
Creen que sólo en Castilla
se puede hablar con *finura,*
y todo se nos censura
en la coronada villa.
Vá un aragonés allá,
y unos tontos como lomas
lo reciben con mil bromas,
¡pero unas bromas, que ya!
Y es que quieren con sus yerros
comprobar aquello de
por un perro que maté
me llamaron mata-perros.

¿Tenemos culpa, tal vez,
de que hable mal un patán
si educación no le dán
y es, de los malos, la hez?
Pues sepan esos señores,
si nos quieren criticar,
que aquí no suelen pagar
los justos por pecadores.
Aquí, sí, hay brusca rudeza
y ademanes chavacanos,
pero hay también hombres llanos
y verdadera franqueza.
No hay, como en la córte, flujo
de fingir con cortesía:
aquí el engaño y falsía
son artículos de lujo.
Y junto á uno que se espresa
correcta y perfectamente,
se oye á otro decir *tiniente*
y *satisfación*, y *Andresa*.
Para negar dicen *¡quiá!*
llaman *tripa* á la barriga,
á cualquier tienda *botiga*
y por *mira* dicen *miá*.
El lenguaje es harto rico,
pese á algún tonto erudito;
y así, en vez de *pequeñito*,
se dice aquí *pequeñico*.
Traslado al insigne vate
que el *Diccionario* escribió (1);
léanlo, y verán que no
encierra ni un disparate.
En la burla ó represión
se espresan mejor dó quiera:

(1) Jerónimo Borao.—DICCIONARIO ARAGONÉS.

dicen *bobo* allí á cualquiera
y aquí le llaman... *melón.*
  Esto es, sin embargo, raro,
y sólo se oye á la plebe:
por eso mi pluma debe
poner las cosas en claro.
  No se crea que esta tierra
está llena de... *batuecos,*
y que un segundo Marruecos
en este reino se encierra.
  Y para los que Aragón
no han visto y dél hablan mal,
no está de más ¡voto á tal!
hacer esta aclaración.



EL DIABLO EN TOLEDO

LEYENDA

INTRODUCCIÔN

Son las doce de una noche
del frío mes de Febrero,
cuando un hombre que embozado
vá hasta los ojos, con cierto
y seguro paso, cruza
varias calles de Toledo.
Una vez ya separado
de la plaza, en un estrecho
callejón penetra el bulto
con ademán desenvuelto.
Suelta el embozo con brío,
tira hácia atrás el sombrero.
y terciándose la capa
cual un escolar travieso,
dá dos palmadas, y queda
el callejón en silencio.
Cualquiera al verle creerá
que hay amores de por medio,
y el galán espera allí
el dulcísimo momento
de entablar amante plática...
pues todo ménos que eso.
Pasaron cinco minutos,
y el mozo pronunció un terno,
que al oirlo alguna beata,

ó una doncella, ó un lego,
la señal de la cruz todos
hubieran hecho al momento.
Volvió á dar las dos palmadas,
volvió á quedar en silencio
la calle, y al poco rato
á interrumpirse de nuevo.
Abrióse una alta ventana
con honores de agujero
guarida acaso de búhos,
y asomó el rostro un mancebo.
—¿Quién sois? dijo el que llamára
—¡El demonio! respondieron.
—¡Hola! ¿Y de dónde venís
á estas horas?
—¡Del infierno!
—¿Y qué noticias traeis
de aquél lugar?
—¡Con mil truenos!
que si no me abrís la puerta
voy á hacer un escarmiento!
—Brioso viene el diablillo.
—Viene á mataros dispuesto
si no abrís.
—¿Desde la calle
queréis matarme, mancebo?
Eso es querer imposibles.
—Pues voy á mataros dentro.
Y acercándose á la puerta,
comenzó á dar tan de récio,
que el de arriba, ya asustado,
así exclamó:
—Estáos quieto,
señor diablo, y no llameis,
que voy á abrir al momento.
Y mientras allí aguardaba
nuestro anfitrión al mancebo

que iba á abrirle, por lo bajo
juraba y echaba ternos
como al principio del lance
para no perder el tiempo.
Bajó el otro, y saludándole
exclamó:
—¡Voto á San Pedro!
Esta noche, capitán,
habeis venido de un génio...
Subid, que arriba están todos.
Aguardáos un momento,
y os daré luz.
Mas nuestro héroe
estaba casi al estremo
de la escalera, jurando
sin cesár y maldiciendo.
El que le abriéra, al mirarle
subir, dijo:
—¡Por mi abuelo!
juraría que este hombre
no es el capitán! Veremos...
Y le siguió temeroso
de haber cometido un yerro.
En efecto, el que subía
no era el que creyó el mancebo.

I

Mandobles á oscuras.

En un cuchitril hediondo
hay seis hombres ocupados
en arrojar unos dados
sobre un tablero redondo.
Al caer sobre el tablero

se oyen varias maldiciones,
si se pierden los doblones
cual si no fuesen dinero.
Y es de ver con qué afición
miran todos al que tira,
y es de ver cómo éste mira
á toda la reunión.
—¡Juego!—dice uno con brío.—
—¡Venga!—responden.
—¡Ahí vá!
—¡El seis!—dicen—
—Venga acá:
todo ese dinero es mío.
Y continúan perdiendo
unos, y otros ganando,
quien con cólera jugando
y quien con gozo riendo.
Y cuando más se despierta
la afición, y más se jura,
aparece una figura
en el dintél de la puerta.
Era el nuevo personaje
aquel que en la calle oímos,
y del cual tan sólo vimos
con dificultad el traje.
Bravo mozo era, por Dios,
el que los ternos echára;
se adivinaba en su cara
que valía como dos.
Tenía negros los ojos
y más negro aún el cabello;
aire altivo, erguido el cuello,
nariz griega y lábios rojos.
Ancho sombrero traía
de negro fieltro, asáz fino,
colocado con tal tino
que las cejas le cubría.

Y al dejar caer al suelo
la capa, un tanto enojoso,
dejó ver un muy lujoso
vestido de terciopelo.
Sujetaba su jubón
cinturón de gran valía,
y rica espada traía
pendiente del cinturón.
Y al verle de pié, tan quieto,
mirando á todos, terrible,
era un empeño imposible
el mirarle sin respeto.
Por algún espacio, todos
permanecieron callados,
hasta que aquel de los dados:
le dijo con malos modos.
—¿Quién sois?
—¡La pregunta es chusca!
—respondió el otro altanero,—
¿no lo veis? un caballero.
—¿Y el caballero qué busca?
—Busca una dama escondida
que aquí se oculta, tunantes,
y, ó me la entregais cuanto antes,
ó no doy por vuestra vida
ni un ochavo.
—Bravo, á fé,
—dijo otro,—viene el galán.
¿Luego, vos sereis don Juan
de Alvarado?
—Yo no sé
si soy el que vos decís,
mi venida está explicada,
y...
—Pues en hora menguada,
el de Alvarado, venís
—¿Por qué?

—Porque la doncella
ya no está aquí.
—¿Y dónde está?
—A tal os responderá
el que se marchó con ella.
—¡Mientes!
—Cuidado, doncél,
con lo que decís.
—¡Lo digo
y lo repito!
¿Enemigo
os mostrais?—preguntó aquel
que á don Juan interpelára—
—Sí tal; y, ó me das la niña,
ó principiemos la riña
que ponga la vida cara.
Y sin poder más sufrir,
arrolló su capa al brazo,
dió á la luz un cintarazo
y se preparó á reñir.
Los jugadores que vieron
caer la luz medio apagada,
sacaron todos la espada
y al doncél acometieron.
Mas don Juan que acostumbrado
estaba á empresas más duras,
daba mandobles á oscuras
cual si lo hubiera ensayado.
Por largo tiempo duró
el sonido del acero,
y ni un grito lastimero
en todo el rato se oyó.
Al fin, una voz doliente
esclamó:—¡Dejád que salga!
Y á poco, —¡Jesús me valga!
—dijo otra voz diferente.—
Tres veces se oyó esclamar

con triste acento: —¡Me han muerto!
prueba de que no era incierto
Alvarado en el luchar.
Y despues de andar buscando
á tientas una salida,
halló don Juan escondida
una puerta; y escuchando,
oyó su nombre decir
con acento de mujer,
lo cual le hizo comprender
quien podía allí vivir.
Dijo un nombre con desprecio,
y sin reflexionar nada,
con el pomo de su espada
comenzó á llamar de récio.
Abrióse de par en par
la puerta, y en el dintél
aparecióse un doncél
de apostura singular.
Y al ver que don Juan, osado,
á una dama dirigióse
que allí había, colócose
cerrando el paso irritado.
—¡Atrás!—esclama con brío—
—¡Atrás, vos!—dice don Juan.
¿Qué desea aquí el galán?
—Vengo á buscar lo que es mío.
Vió la doncella á Alvarado
y al verle dijo:
—¡Don Juan!
no en vano esperó mi afán
que vendrías á mi lado!
Aparta don Juan de sí
al otro; á la jóven coje,
y en sus brazos la recoje
queriendo salir de allí.
Mas el otro, cuyo amor

es mucho, y su fuerza mucha,
con él entabla una lucha
ciego de ira y de furor.
  Pero á poco cae tendido
por la espada de don Juan
y éste y la jóven se van
dejándole ya vencido.
  Salen ambos á la calle
y tropiezan con la ronda,
mas no hay miedo que él se esconda
ni que su valor se acalle.
  Y á lo que van á decir
«¿quién sois?» les responde «¡el diablo!»
y parte como un venablo
sin que le puedan seguir.
  Echaron trás de Alvarado
todos, mas se detuvieron,
que en la calle un bolson vieron
que don Juan hubo arrojado.
  Y al ver la suma no escasa
que el bolsillo contenía,
dijeron:—¡Para otro día!
y se marcharon á casa.

II

Pormenores.

  Después del lance ocurrido,
hora es, lector, de que sepas
quién era el bravo don Juan
y el otro doncél quién era,
así como aquella dama
que de allí huyó por la fuerza.
  Era don Juan de Alvarado
hombre de esos cuya enseña
és el escándalo y daño

que hacen resaltar dó quiera;
segundo don Juan Tenorio,
audaz por naturaleza,
rico, hermoso, jóven, diestro,
no había para él empresa
que, pensada, en el momento
realizada no la viera.
Hasta cumplir los veintiocho
viajó, y en villa ó aldea
donde él paró, no hubo nunca
segura niña ni vieja,
ni hombres con quien no riñese,
ni gentes que le quisieran.
Llegó á Toledo nuestro héroe
con la original idea
de á la dama más hermosa
que allí hubiese, por la fuerza
ó de grado, hacerla suya,
logrando de esta manera
divulgar en la ciudad
su fama. Pasaron cerca
de dos meses, en los cuales
se ocupó en engañar dueñas,
en matar á tres galanes
y violar una doncella.
Un día le vino en mientes,
cual nunca se le ocurriera,
entrar á oir una misa
ó tan sólo á ver la iglesia,
que en don Juan el ser cristiano
artículo de lujo era.
En el templo una mujer
rezaba con reverencia,
y al elevar hácia el cielo
sus ojos, se la pudiera
tomar tal vez por un cuadro
de Rafael; por *la Perla*.

Sus lábios al entreabrirse
para rezar, parecieran
á algun poeta el capullo
de la rosa que abre tierna
su cáliz en la mañana
de florida primavera.
Nunca don Juan de Alvarado
vió semejante belleza;
nunca su alma embriagada
sintió como ahora al verla;
nunca el corazón herido
le latió ni tan de priesa.
¡Ah! ¡que es hermosa la jóven
y es difícil poseerla!
Acabó, por fin, la misa,
no tan pronto cual quisiera
nuestro doncél, y la dama,
escudada de una dueña,
salió, y á la luz del día,
libre ya de las tinieblas
del templo, Alvarado pudo
admirar más la belleza
de aquel ángel cuyo aroma
le embriagó al pasarle cerca.
Después de andar por distintas
calles, vió que la doncella
llamó á una puerta y entró,
no sin mirarle con cierta
intención, que comprendida
fué por don Juan... y la dueñ
A los dos días, nuestro héroe
dulce plática con ella
sostenía por lo bajo
al pié de la amante reja.
Mas ¡ay! que un rival temible
el feliz doncél tuviera!
Don Diego de Somovilla,

rico asáz y hombre de prendas,
á la dama dijo un día
amores en otra iglesia.
Rehusólos Esperanza
—aqueste su nombre era—
y por dos veces don Diego
quiso robarla, mas ella,
ora con gritos agudos,
ora con súplicas tiernas,
pudo hacerle retirarse
abandonando su idea.
En tal estado las cosas
estaban, pues, cuando cierta
noche de Febrero, antes
de la en que pasó la escena
referida, fué don Diego
á la casa dó vivieran
ciertos mozos que en Toledo
no gozaban de muy buena
reputación, pues su oficio
era fabricar moneda
de día, que por la noche
salían por las tabernas,
y al infeliz caballero
que no andaba con cautela,
el dinero le sacaban
con demasiada destreza.
También una temporada
les dió á los tales la idea
de salir al campo donde,
al pasajero que vieran,
le limpiaban el bolsillo
y le arrancaban la lengua
para que no lo contase
y mal resultado diera.
A su casa, como digo,
fué don Diego quien, en ciertas

ocasiones, ya les hubo
dado quehacer en sus tretas
amorosas, y los mozos
le respetaban dó quiera.
Díjoles en pocas frases
cuáles sus deseos eran,
es decir que le trajesen
á su casa á la doncella,
después de dar .. cualquier cosa
de buen efecto á la dueña.
El capitán de la gente
lo prometió, y á la vuelta
de dos días, una tarde
condujo en una litera
á Esperanza, que, llorosa
y sin consuelo, mil quejas
lanzaba contra don Diego,
á quien odiaba de veras.
Aquella noche, don Juan
fué, como siempre, á la reja,
mas la niña no salía
ni le avisaba la dueña.
Visto que nadie asomaba,
llamó intranquilo á la puerta;
pero idéntico silencio
sólo obtuvo por respuesta.
Confundido retiróse
el galán, pero su pena
fué mayor, cuando á la noche
siguiente, la misma escena
le sucedió, continuando
así una semana entera.
La desazón de don Juan
era grande: ¿cómo verla?
¿Cómo saber dónde estaba?
¿Cómo—sabido que fuera—
sacarla de dó se hallára

para consigo traerla?
—¿Si habrá venido su padre?
—pensaba el galán—La guerra
no se ha concluído aún,
y el venirse fuera mengua.
Así estaba, cuando un día,
en el átrio de la iglesia
donde él iba á acompañar
á Esperanza, oyó una cierta
conversación que le dió
á entender lo que él quisiera.
Los que hablaban eran dos
de la sociedad aquella
que por órden de don Diego
robaron á la doncella.
Oyó don Juan que tenían
en su casa aquella prenda
que él buscára, y á la noche
se dirigió con presteza
para hacer lo que hemos visto
logrando lo que quisiera.
Quedas ya, pues, enterado,
lector, de quién era aquella
reunión de jugadores,
de quién el tal don Juan era,
de quién era el otro amante
y quién era la doncella.
Sigamos, pues, nuestro cuento,
y veámos en qué quedan
amores, juegos y riñas,
corchetes, diablos y dueñas.

III

La casa del diablo.

Así que se vió nuestro héroe
libre ya de todo enredo,
por las calles de Toledo
principió tranquilo á andar,
con su dulcísima carga
que en sus brazos, desmayada,
sin oir ni sentir nada,
se dejaba así llevar.

Cruzó estrechos callejones
don Juan, y angostas plazuelas.
Pasó varias callejuelas,
y á una calle llegó al fin,
donde una casa, ó palacio,
mejor dicho, se veía,
tan grande, que parecía
no tener ningún confín.

Altas góticas ventanas,
ojivales y caladas,
cual muestran hoy las fachadas
de un convento ó catedral,
allí mostraban la mano
del artífice incansable
que, con un gusto admirable,
gastó de tiempo un caudal.

Anchas puertas, también góticas,
cuyos goznes rechinaban
si se abrían ó cerraban

causando cierto temor,
daban paso á un bello pórtico,
rica joya de escultura,
del cual en cada moldura
admirábase un primor.

En un patio cuadrilongo,
cuyas columnas esbeltas
parecian estar sueltas
en el aire, sin tocar
suelo ni techo, una fuente
prodigaba sus raudales,
que regaban cien fanales
de jazmín, rosa y azahar.

Ancho tramo de escalera
víase al frente, espacioso,
adornado de un hermoso
balaustre, donde el cincél
prodigios hizo en el mármol
retratando mil pasajes,
cuyos varios personajes
eran un retrato fiel.

Al estremo una gran puerta
daba entrada, si se abría,
á una estensa galería
que conducía á un salón,
que, por su riqueza y gusto,
bien merece los honores
de que yo haga á mis lectores
una breve descripción.

Ricos tapices de Persia,
recamados todos de oro,
que valían un tesoro
cada uno, á no dudar,

servían allí de fondo
á varios grandes espejos
en los que se vía léjos
el salón sin terminar.

Pebeteros, esparciendo
fragante aroma, se vían;
cortinas que permitían
apenas la luz entrar,
dando al aposento un tinte
sombrío y voluptuoso
que á dulcísimo reposo
parecía convidar.

Obras maestras del arte
allí, en cuadros colocadas,
recordaban las veladas
de Murillo y Rafael.
Y estasiada, al mirarlas,
la vista quedaba al punto
admirando en su conjunto
maravillas del pincél.

Ricas sillas de la época
mostrando el gusto esquisito,
y que en número infinito
allí había por dó quier,
en su testero mostraban
un escudo en el cual víase
un demonio que dormíase
en brazos de una mujer.

Del salón en cada ángulo
una gran estátua había;
bajo de una se leía:
LUCIFER; y las demás
tenían también su título,

siendo el de una Asmodeo,
Astarot, otro—asáz feo—
y el último Satanás.

A este lujoso aposento
fué, pues, dó don Juan subiera,
y en llegando, pareciera
que Esperanza iba á volver
en sí; con lo cual termina
este párrafo, dejando
para otro el ir continuando
los sucesos que has de ver.

IV

Esperanza.

Volvió poco á poco en sí
la doncella, y admirada
de aquella nueva morada,
dijo:
—¿Quién me trajo aquí?
Y don Juan, arrodillado
á sus piés, dijo:
—Mi amor,
que venciendo hoy el rigor
del destino, te ha salvado.
Nada temas; confianza
ciega en mí puedes tener:
¿qué hay que yo no pueda hacer
por tí, si eres mi Esperanza?
Los que tendidos quedaron
pueden responder de mí.

—¡Qué! ¿Los mataste?
—Por tí
hoy con su vida pagaron.
—¡Qué horror!
—En vano rogué
me dejaran verte.
—Pero
¡matarlos...!
—Un caballero
no se humilla ante unos...
—¿Qué?
—Bandidos.
—No hay tal, don Juan;
s on criados de don Diego.
—Pues de tal amo reniego
si es como ellos.
—No serán.
—¿Crees tú acaso, bien mío,
que es la casa de ese hombre
dó te hallabas? No te asombre
lo que vas á oir.
—¡Dios mío!
¿Es decir que me he hallado
en un peligro?
—Sí, á fé:
pero ya que te salvé
quiero sepas dó has estado.
Aquella casa, ó guarida
—mejor dicho—es la mansión
donde cualquiera ladrón
de aquellos, guarda su vida.
Asalariados por él
y por él obedecidos,
todos, allí reunidos,
obedecen al doncél.
Te vió y fué grande el deseo
de poseerte, y mandando

á su gente, que buscando
te andaban—á lo que creo,—
allí fuiste conducida,
y á no haber sido por mí,
aún á estas horas allí
en llanto fueras sumida.
—Mas, ¡don Diego un bandolero...!
—Sí; un infame seductor.
—No es posible que á mi honor
faltado haya un caballero.
—¡Cómo...!
—Sí, don Juan; ya nada
debo ocultarte: mi pena
es grande, y un alma buena
si por otra es consolada
dulce se hace así el dolor,
y el consuelo para mí
será, si es dado por tí,
más grato aún que tu amor.
Oyeme, don Juan, un poco,
y no pierdas una frase,
porque si esto no tocase
á tu corazón, por loco
tu cariño hoy lo tuviera.
—Pero...
—Voy: ¡y plegue al cielo
puedas tú dar el consuelo
que mi alma apeteciera!
Mi padre, á quien cruda guerra
léjos de aquí le condujo
para cuidarme me trujo
la que ya cubre la tierra.
Nunca la vista del suelo
alcé durante su ausencia;
un día con imprudencia
quise levantarla al cielo,
y al hacerlo, en el camino,

de suelo á techo, encontré
un mancebo, que observé
me miraba de contino.
  De gallardo continente
era el doncél, por mi vida,
apostura tan cumplida
no vi, ni tan frente á frente.
Miréle, y él me miró;
volví á mirarle, y tambien,
y desde aquel día, el bien
de mi pecho se ausentó.
Juróme amor con ternura
al pié de mi baja reja,
y al oir su tierna queja,
yo, inocente criatura,
arrastrada por su acento,
dejéme triste llevar
de mi pasión, y el amar
fué tan sólo mi contento.
¿Sabes ahora, don Juan,
—creo lo has adivinado—
quién era este afortunado
y tan amante galán?
Por tí, don Juan, me olvidé
de mi padre, que está ausente;
por tí—muy frecuentemente—
de mi honor no me cuidé.
Sí; cuando á la reja aquella
salía, no reparaba
que aquello no bien estaba
hecho por una doncella.
Cuando á la vuelta de misa
me servías de escudero,
en más de un lábio artero
yo veía una sonrisa.
Y todo por tí lo hacía;
todo, porque te adoraba:

hoy veo que todo acaba
ante la deshonra mía.
—¡Cómo! ¡Deshonrada, tú!
¿Quién te ha faltado, Esperanza?
Mi poder todo lo alcanza:
habla, voto á Belcebú.
¡Qué ha pasado mientras yo
no te he visto? Habla, contesta;
¿qué transformación es ésta?
¿Qué noto en tí? Díme.....
—¡No!
Decírtelo es imposible,
mi don Juan, porque al contarlo
temiéras hasta el hablarlo.....
¡Ha sido un lance terrible!....
—Tú te hallabas con don Diego.
—Sí; con infámia inaudita.....
¡Ah! ¡Mi conciencia me grita
y mi rostro quema el fuego!
Era una noche callada
en la cual, pensando en tí,
estaba aguardando allí
que vinieras, namorada.
Dieron las diez, y mi alma
al corazón agolpose;
cesó el relój y quedóse
otra vez la calle en calma.
Te esperaba, y no venías;
te llamaba, y todo en vano;
más confié en que lejano
de mi reja no estarías.
A poco distinguí léjos
una luz; se fué acercando,
y ví cuatro hombres hablando
de la luz á los reflejos.
Penosa—como quien deja
la dicha por el dolor,—

turbada por el temor
cerré llorando la reja.
  Entréme, y al poco rato,
como estaba muy alerta;
oí llamar á mi puerta;
y cual lo exije el recato,
dije á mi Aldonza muy bajo
preguntára qué querían.
  Mas ya ellos,—¡Abrid!—decían—
ó echamos la puerta abajo!
—¿Quién es?—dijo sin malicia
mi dueña y sin pensar mal,—
cuando una voz gutural
le respondió:—La justicia.
  Entonces nos fué preciso
abrir, y fueron entrando
varios hombres, que mandando
iba otro que atar nos quiso.
  Fué la mi dueña á gritar,
y uno de ellos en seguida
la hirió, cayendo sin vida,
la infeliz, en tal lugar.
  Ante tan bárbara acción
al punto me desmayé,
mas ¡ay! cuando desperté
me hallaba en otro salón.
  Don Diego, allí arrodillado,
el perdón me demandaba
y la verdad me contaba...
¡Se aprovechó de mi estado!...
....
  Al oir don Juan la tal
relación, se levantó,
y bien su estado mostró
con carcajada infernal.
  —¡Bien!—dijo—tú lo has querido.
Sea, pues: en vano lloras

en vano el perdon imploras;
basta con lo que he oido.
Yo mía te hubiera hecho,
pero te quería honrada.
No hay para calmarme, nada:
heriste mucho mi pecho.
Morirás; pero antes, hoy,
quiero, Esperanza... perdida,
que conozcas de mi vida
el misterio, y quién yo soy.
Yo corrí en lances y riñas
mi edad florida, y sin tasa
gasté mi herencia no escasa
que tuve, en viejas y niñas.
Fuí donde pasé el presagio
del mal, tanto, que ha quedado
decir «peor que Alvarado,»
como otro cualquiera adagio.
Si un hombre me incomodó,
sin compasion le maté;
si una mujer deseé,
siempre mi afán la logró.
Dó quier que fuí, me llamaron
el Demonio, y yo he querido
justificar que lo he sido
y que en nada se engañaron.
Y para eterna memoria
este palacio compré,
que adornado dejaré
para que sepan mi historia
con mis caros compañeros
que en esas estátuas frías
las pasadas *glorias* mías
digan á los venideros.
Yo á Satanás he llamado,
y, á no dudarlo, me ha oído,
pues siempre me ha protegido

por el sitio que he pasado.
Hoy, que adoré á una mujer
y ésta mujer me es artera,
un grave delito fuera
su sangre aquí no verter.
¡Muere, y el diablo que mira
por mi destino en la tierra,
arroje hoy cuanto él encierra
en su corazón de ira!
Y alzando fiero la daga
se arroja sobre Esperanza,
que á la muerte se abalanza
viendo el golpe que la amaga.
De sangre un río corrió
por la estancia, y el doncél,
tal vez por bañarse en él,
insensato se arrojó.
Balbuciendo maldecía
su suerte, y así esclamaba:
—¡Satán! ¡Si su vida acaba,
ven tú á llevarte la mía!
Súbito estruendo espantoso
se dejó oir en redor,
que, cual soplo animador
de algun jénio misterioso,
Hizo mover agitadas
las estátuas, y don Juan
volvió á llamar á Satán
con horribles carcajadas.
Desplomóse la techumbre
del pavimento, y trás ella
aparecióse una lumbre
que iluminó á la doncella.
Y al verla yerta, sin vida,
el galán un grito agudo
lanzó, y salvó como pudo
la mansión tan maldecida.

Salió, y como no sabiendo
dónde iba, asáz insensato,
por las calles largo rato
anduvo, siempre riendo.
De ahí es que se encontró á poco
en el campo, y al mirar
en su redor, sin parar
dió á correr. *Estaba loco.*

V

La carrera.

¡Pobre del alma que al placer se entrega
y es sorprendida al fin por el quebranto!
¡Pobre del que al amor su pecho niega
y rehusa escuchar amante canto!
¡Y desgraciado más aún acaso
quien por fuerza pretende ser querido
y audáz se pone interceptando el paso
de otro amante que á él es preferido!
Así don Diego con pasión tan loca
quiso adorado ser por Esperanza,
y en vano amor juróle: era muy poca
la que le prometió luenga bonanza.
Y así don Juan, que no adoró jamás
á nadie, que incapáz fué de querer,
sintió su amor creciendo más y más,
dominándole al fin la tal mujer.
Mas ver después que deshonrada vino
y además por quien hoy rival se muestra,
no hay quien lo sufra, no; y el asesino
infame la mató con torpe diestra.
Mas los juicios de Dios son infalibles,
y El te castiga como bien mereces.

En lances y contiendas tan terribles
anduviste, que repetidas veces
hiciste creer á todos que sin duda
el diablo te ausiliaba ó eras tú,
y las gentes decían: – Sí, le escuda,
no hay duda, no, Satán ó Belcebú
  Hoy corres por campiña muy amena
y admirarla no puedes, loco y ciego.
Piensa, don Juan, si tu conducta es buena.
Aún es tiempo. Y don Juan dijo:—¡Reniego!
  Así, con su conciencia platicando,
corría sin descanso aquí y allá,
cayendo en tal lugar, y levantando
en tal otro, y volviendo á caer acá.

....

A poco, no lejano
notóse estraño ruido
que no llegó al oído
del infeliz don Juan.
Mas yo que sé la causa
que el ruido produjera,
diré que es la carrera
de rápido alazán.

En dirección al sitio
donde quedó Alvarado,
viene cual disparado
venablo ó proyectíl.
Y á la luz de la luna,
ya próxima á estinguirse,
bien puede distinguirse
un ginete gentíl.

Parécele que el bruto
no corre lo bastante;

inclínase adelante
cual queriéndole hablar.
Y dícele iracundo:
—¡Arriba, Moro mío;
salvemos pronto el río,
logrémosle alcanzar!

Y clava el acicate
al ver que el noble *Moro*,
con mengua y con desdoro
de su raza y valor,
fatígase y desmaya
despacio caminando,
ya casi allí espirando
mostrando su dolor.

—¡Arriba, Moro, arriba!
así el ginete dice.
Mas ¡ay! el infelice
caballo se paró,
y en vano en sus hijares
el acicate clava
su dueño, pues se acaba
su fuerza .. pero no!

Tal vez paró tan sólo
para tomar aliento,
porque en aquel momento
de nuevo dió á correr
con ímpetu asombroso,
y su amo le acaricia,
mostrando en su delicia
que sabe agradecer.

—Muy bien, por Dios,—decía
el ginete gozoso,—
al fin podré el reposo

tornar á mi alma, sí!
Matarle es mi deseo,
y un día de bonanza
tendré hoy, si mi venganza
puedo tomar aquí.

Me matas los criados,
me robas la doncella,
me hieres, y con ella
te vas de allí después.
La llevas á un palacio
de cámaras divinas,
y en él ya, la asesinas,
y aún harto no te vés...

El *Diablo* te has llamado
dó quiera que has vivido;
si el diablo te ha servido,
ahora se verá.
Que venga él á salvarte
del filo de mi daga.
¿La muerte que te amaga
impedir él podrá?

Y así diciendo el bravo
ginete, y animando
á su corcél, que blando
principióse á mostrar,
salvo en breves instantes
de una peña la altura,
y en ella una figura
vió de fáz singular.

La cima de la peña,
aunque asaz limitada,
tenia una esplanada
dó se podía bien

distinguir la figura
que allí de pié, mirando
al cielo, estaba dando
voces, diciendo:—«¡Ven!

Si tanto me has servido,
si tanto me dejaste
si nunca te injuriaste,
¡oh magnánimo Dios!
aquí de tu sapiencia,
Señor, ven, yo te invoco.
¡Ella muerta, y yo loco!
¡Sálvanos á los dos!»

El ginete que oyera
la frase dolorida,
soltando estribo y brida,
el cuerpo á tierra echó.
Y lanzándose ciego
sobre aquella figura,
por el pecho y cintura
agarróle, y lo alzó.

—Don Juan!—dijóle—llamas
á Dios, pero ya es tarde;
en los infiernos arde
tu alma, no hay perdon.
La Providencia es justa,
mas tu delito es grande;
antes que Dios se ablande,
¡muere! no hay compasion

Y echando atrás los brazos
para tener más brío,
lanzóle, y en el río
bien se dejó escuchar
á poco, el ruido triste

que el cuerpo en él hiciera
á tiempo que dijera:
—¡Tú me has de acompañar!

Don Diego, pues no era otro
quien sobre el corcél vino,
miró al punto el camino
por dó llegó el corcél,
y observó que la vuelta
más difícil sería,
ni descender podría
el alazán con él.

Volvió la vista al bruto,
que exánime y doliente
piafaba tristemente
mostrando su dolor,
y al verle que espiraba,
don Diego alzó los ojos,
y cayendo de hinojos,
dijo: —¡Perdón, Señor!

Y así el triste postrado,
su falta conocía,
y al cielo allí pedía,
lloroso, su perdón.
Dejémosle nosotros,
y entrando por Toledo,
sepamos de este enredo
el fin ó conclusión.

VI

El pueblo todo lo sabe.

Al día siguiente al triste
en que vimos perecer
á la infeliz Esperanza
y al namorado doncél,
varios grupos de distintas
clases, de Zocodover
en la plaza, discurrían
con muchisimo interés.
El suceso que ocupára
á todos, fué el lance aquél
del día anterior, sabido
ya en Toledo por dó quier,
y todos se hacían lenguas
sin cesár de hablar de él.
Oigamos algunas frases,
cosa que fácil nos es,
y sabremos, escuchando,
lo que ignoramos tal vez.
—¿Sabeis vos,—decía un mozo
de rostro pálido á fé
á un jayán de ceño torvo
que discutía con él,—
sabeis vos quien es acaso
él?
—¡Pues no lo he de saber!
Don Juan de Alvarado.
—¡Cá!
ya veo que no sabeis.....
—Pues, ¿quién es?

—El mismo diablo
en persona: Lucifer.
—Vamos, Nuño, estais beodo,
ó gana de broma habeis
—¡Voto á san! ¿Quereis venir
á su palacio? Pardiéz
que os empeñais en negar
lo que hoy mismo podeis ver.
—¿Y el qué puedo ver?
—Su casa,
donde en estátua se ven
los demonios del averno
y otras varias cosas que
prueban hasta la evidencia
lo que digo.
—¿Y vos sabeis
cómo acaeció el suceso
nefando?
—¿Cuál? ¿El de ayer?
Sí tal; y si hais de creerlo
ahora os lo contaré.
—Sí, sí, decid.
—Ayer tarde,
según dicen, fué el doncél
á la casa de Esperanza
—pues aqueste el nombre es
de la dama—se encontraba,
pues allí llevada fué
por don Diego, quien robóla
llevado de su querer.
Pues, como digo, llegó
nuestro anfitrión, y después
de matar á cuatro bravos
y herir á dos, caso, á fé,
que prueba que el personaje
es el mismo Lucifer,
despues de hacerlo, repito,

logró encontrar á su bien,
é hiriendo á don Diego, pudo
llevársela en un amén.
Condújola á su palacio
endiablado, y al saber,
por boca de ella, que el otro
la deshonró, díjole
que era el demonio en persona
y no don Juan; y sin ver
más que su sed de venganza,
con ciega rábia, pardiez,
le dió la muerte, y huyó
de allí para no volver.
Y para no volver digo,
porque Somovilla, quien
pudo incorporarse luego,
herido y todo, un corcél
tomó, y siguiéndole la pista
para hacerle perecer:
pero es el caso que nada
se ha sabido de dó estén,
y la justicia los busca
para un escarmiento hacer.
  Todo lo que he referido
en breves frases, lo sé
porque un alguacil amigo
me lo ha contado.
                    —¿Sabeis,
señor Nuño,—así el jayán
dijo—sabeis que es, á fé,
interesante la historia
y muy terrible á la vez?
—Ya lo creo.
                —Ser el diablo...
—Pues otro no puede ser.
Y así hablando, se marcharon
pensando en el lance aquél.

Lo mismo que en este grupo,
se oía decir en cien;
y todos se hacían lenguas
sin dejar de hablar de él.
Quien decía que don Juan
se evaporó al fenecer.
Esperanza por su causa;
quien daba por cierto que él
le había visto en los aires
cuando sonaban las diez.
Quien juró que ni era diablo
ni mató á nadie el doncél,
y que todo había sido
pura invención; pero quien
decía que unos pastores
habían venido á traer
la noticia, de que un hombre
cadáver yacía al pie
de una peña, y que en la noche
anterior se dejó ver
en ella una luz fosfórica
y sombras como de cien...
—¡lo que es el miedo!--*demonios*
que corrían por dó quier.
El que tal cosa dijera,
aunque disfrazada, á fé,
dijo la verdad en cuanto
al cadáver del doncél.
Lo demás, mil invenciones
hicieron allí correr
para infundir más espanto;
pero todo fué, pardiéz,
ignorado en lo tocante
á cómo el suceso fué,
y todos se hacían lenguas
sin cesár de hablar de él.

VII

Resolución estrema.

Logró al cabo Somovilla
poder descender al llano,
no sin dirigir la vista
antes al pobre caballo
que tendido allá en la altura
de la peña hubo quedado.
Llegó á Toledo don Diego,
y después de estar orando
todo el día, arrepentido,
al punto que hubo cerrado
la noche, se dirigió,
á todos lados mirando
temiendo le conocieran,
á un convento que, llamado
San Juan de la Penitencia,
asilo daba en sus cláustros
á doncellas que de nobles
blasonaban, y el estado
religioso allí abrazáran
por razones que ignoramos.
La puerta estaba cerrada,
mas don Diego, sin reparo,
se acercó resueltamente,
y dió tan fuerte aldabazo,
que el sacristan, aturdido
y por el miedo embargado,
no osaba moverse un punto
ni menos salir del cuarto.
Tornó á llamar el mancebo

con doble estrépito, tanto,
que la medrosa tornera
bajó de allí á poco rato
á llamar al sacristán
por el torno, preguntando:
—¿Habeis oído hace poco
sonar varios aldabazos?
—Si tal, hermana tornera,
y á fé que me han asustado....
—Pues id á ver quién los daba
—Pero...
—¿Tenéis miedo? ¡Vamos!
—No, que vos...
—Vamos, marchad,
que se estará impacientando
quien sea.
—Voy... ¡(Dios me valga)!
—(¡Qué medroso es el cuitado...!)
Llegó á la puerta el cogulla,
y esclamó:
—¿Quién ha llamado?
—Yo,—respondieron de fuera.—
—¿Y quién sois vos?
—Un hidalgo
que quiere hablar al momento
con la abadesa; el recado
podeis pasar.
—Vuestro nombre
necesito para darlo.
—Don Diego de Somovilla.
Vamos, luego, despacháos,
que hace frío.
—Voy allá.
Fué el sacristán, ya calmado,
á decir á la tornera
el nombre de aquel hidalgo
que venía, y ésta al punto

se marchó á comunicarlo
á la abadesa, vetusta
señora, que largos años
hacía que en el convento
era el presidente nato.
Oir la abadesa el nombre
y bajar, nada despacio,
las escaleras, fué cosa
de un instante ejecutarlo.
Abrió la hermana tornera
el locutorio, mandando
al sacristán que la puerta
franquease al punto al hidalgo,
y después de hecho esto último,
la tornera y el pazguato
sacristán, libres de sustos,
se perdieron por los cláustros
Apenas entró don Diego,
la abadesa, con agrado,
lo recibió, y faltó solo
que le estrechára en sus brazos.
¡Sobrino mío!—esclamó,—
¿á qué debo placer tanto?
Hora era de que llegáras
hasta aquí, después de un año
que no te dignas venir
á esta santa casa.
—Largo
se os hace el tiempo, tía,
—¿Pues cómo?
—¿Olvidáis acaso
que no há seis meses estuve
una tarde á visitaros?
—Es verdad: y ¿qué motiva
tu venida de hoy?
—El caso
merece, querida tía,

que lo tratemos despacio.
—Sentémonos, pues, y dí.
—Voy; y hacéos bien el cargo.
Hace dos noches, Toledo
presencia lances estraños
que en el vulgo márgen dan
á diversos comentarios.
El caso es que hay un galán
que se hace llamar el *Diablo*
dó quier que vá, con sus hechos
sembrando siempre el espanto.
Este galán namoróse
de una dama, que, ignorando
las prendas del caballero,
le correspondió; y en tanto
otro doncél, que se hallaba
ciegamente enamorado
de la doncella, trató
de robarla, aprovechando
la ausencia del padre de ella,
que allá en los Países Bajos,
al lado de don Juan de Austria,
marchó, en ella confiado.
Cometióse el rapto al fin
por varios hombres que, al mando
del raptor, dieron la muerte
á la dueña, y se llevaron
á una casucha á la jóven
que, desmayada, su estado
comprendió al volver en sí,
pues el doncél, olvidando
las leyes de caballero,
allí la hubo deshonrado.
—¡Qué infámia!
—En estas, el otro
galán, es decir, el *Diablo*,
se presentó de repente

en la casa, y principiando
por matar á cuatro mozos,
logró hasta ella abrirse paso,
é hiriendo al vil seductor,
sacóla de allí en sus brazos.
Mas como ideas diabólicas
abrigaba, sanguinario,
una vez fuera, llevóla
á un endiablado palacio.
y, sabida su deshonra,
la mató con torpe mano,
huyendo de allí después
á refugiarse en el campo.
El otro, herido, tomó
un alazán y, cual rayo,
por la puerta del Cambron
salió á su rival buscando.
Encontróle en una altura,
y alzándole por los brazos,
lo arrojó al fondo del valle
donde cayó destrozado.
—¡Qué sarta de horrores!
—Es
un tanto terrible el caso,
¿no es verdad, tía?
—¡Espantoso!
—Pues bien, fuerza es confesarlo,
fuerza es que sepais que el último
que ha quedado sano y salvo
después de arrojar al otro,
es...
—¿Quién?
—Quien os está hablando.
—¡Ave María Purísima!
Sobrino, ¿sueñas, acaso?
—Ojalá soñára, tía!
¡Ojalá que esto que acabo

de deciros fuera sólo
un cuento por mí forjado!
—?Pero tú mataste al otro?
—Anoche mismo.
—¡Dios santo!
¿Y aún te acercas á esta casa?
Huye, Diego, de mi lado.
—Sólo he venido á pediros
perdón, puesto que me marcho.
—¿Te marchas? ¿dónde?
—A la peña
donde ayer he consumado
mi crímen. Allí una choza
fabricaré con mis manos
y, trocando mi ropilla
por un negro y tosco sayo,
moriré pidiendo á Dios
el perdón de mi pecado.
—Mas, tu alcurnia, tu nobleza.....
hay otros medios.....
—En vano
será cuanto me digais:
estoy ya determinado,
y he de hacerlo.
—Pues entonces,
adios queda. Ni mi estado
ni la pena que tu falta
me causa, me dejan cargos
hacerte, y menos consuelo
dar á tu abatido ánimo.
Si estás en lo que me has dicho,
vé con Dios, y El te haga un santo.

. . . .

Retiróse la abadesa
y don Diego, acompañado
del sacristán, que salió
á alumbrarle, cruzó el patio;

y diciendo adios al lego,
se marchó con lento paso.
A este tiempo en el convento
las once estaban sonando.

VIII

Conclusion.

Las malas noticias vuelan
de un confín á otro confín,
y la de aquestos sucesos
que acabo de referir
llegó á oidos del anciano
padre de aquella infeliz,
que por causa del *Demonio*
tuvo tan funesto fin.
Saberlo, y en el momento
para Toledo partir,
fué cosa que duró sólo
un instante: llegó allí,
y, desesperado y ciego,
buscó con ánsia febril
á don Diego Somovilla
á don Juan, á Beatriz,
—nombrábase así la dueña,—
y á cuantos oyó decir
que habían visto algun hecho
de los pasados allí.
Mas fué todo loco empeño;
Esperanza, según diz,
por la justicia enterrada
después del suceso vil
fué, en la iglesia de *San Pedro
de las Dueñas*, que hoy allí

se llama de San Benito,
según público decir.
Unicamente una losa
distinguió el padre infeliz,
donde en gruesos caracteres
vió su apellido lucir.
Su dolor es imposible
poder describirlo aqui,
que penas de tal especie
no se pueden escribir,
pues sólo el que las padece
las vé como son en sí.
Aburrido de sin fruto
buscar al matador vil,
volvióse donde estuviera
antes de venir aquí.
En tanto el buen Somovilla,
sin dejar de persistir
en su laudable deseo,
trabajaba para el fin
lograr de sus intenciones
muy prontamente; es decir,
que fabricaba su choza,
asáz miserable, allí
donde él mismo cometiera
el hecho aquel que dió fin
á la vida de don Juan,
segun os lo referí.
Concluída al fin la obra,
pasó un año, y dos, y mil
si hubieran así pasado,
á no dejar de existir
á los doce que llevaba
de vida ejemplar allí.

....

Mas á pesar de que el triste

dió á la tal peña el matiz
religioso, en mucho tiempo
no se dió por el confin
otro nombre á aquella altura,
segun las crónicas diz,
que *Peña del Diablo,* siendo
llamada por años mil.
Por largo tiempo ninguno
osó á la cima subir,
que el vulgo es asáz medroso
y mas en un caso así.
Un siglo después, la mano
del hombre, no sé á qué fin,
la hizo desaparecer,
siendo imposible hoy allí
encontrar señal ninguna
de donde pudo existir.
Baste saber que en el término
fué, que llaman por allí
de *La Pozuela* y los hechos
que acabo de referir,
tuvieron lugar el año,
según las crónicas diz,
de mil seiscientos setenta,
época en que por Madrid
se susurraban motines
y principiaba á vivir
el niño que, rey después,
fué hechizado, y la infeliz
regente Mariana de Austria
daba poderes sin fin
al alemán Everardo
que á mandarnos vino aquí.

Hasta aquí el cronicon: si acaso encuentras,
lector amigo, en él hechos monstruosos
que estraños te parezcan, yo no tengo
culpa ninguna de ellos, pues tan sólo
hice contarlos cual me los dijeron
las memorias que hallé... no importa el cómo.
Cierto que hay un demonio sanguinario
que mata sin piedad niñas y mozos,
mas nada estraño es que haya perversos
como habrás visto en mil hechos históricos.
En cambio hay un amante desdeñado
que, ciego por la cólera y el ódio,
comete un crimen, mas le pesa luego
y arrepentido muéstrase del todo.
No dice más el cuento; aquí lo tienes
cual lo supo arreglar mi ingenio corto:
«como me lo contaron te lo cuento»
coméntalo á placer y aguarda á otro.

FIN

ÚLTIMOS VERSOS

AUTOBIOGRAFIA

Me piden recuerdos,
me dicen que cante
mi nombre y mis hechos, mi vida y milagros,
¡voy á confesarme!
Allá va la historia,
corra por las calles,
venga la vihuela, verán qué aventuras
que voy á contarles.
Nací en Zaragoza,
y fueron mis padres,
un hombre modesto y una dama noble,
los dos muy cabales.
Ni nací en mi casa
ni nací en la calle,
nací en el teatro y en noche de gala;
¡qué cosa más grande!
Era el cumpleaños
de la reina madre,
y estaba la mía en el *gallinero*
echándose aire.
A mitad de un acto,
¡vaya un paso grave!
Cataque á mi madre le dan los dolores
y corriendo sale.
Entre cuatro amigas
abajo la traen,

¡y salgo yo al mundo en el propio cuarto
del cómico Mate!
Tal fué mi llegada,
y ocurrió este lance
el mes de las flores del cuarenta y cuatro;
¡cincuenta años hace!
Mi padre quería
que yo *edificase*;
que él era arquitecto, y al hijo pensaba
sus obras dejarle.
Pero yo soñaba
con letras y artes,
¡y hacerme soldado y andar por el mundo,
cruzar tierra y mares!
Mis primeros años
corrieron fugaces
en el noble seno de ilustres familias
y casas ducales.
Soñaba yo loco
en cosas muy grandes,
y lucía mi casa, con sus milicianos,
morriones y sables.
Contaba yo entonces
en mis amistades
los Fauras y Escriches y los Sobradieles,
Latorres y Aznares.
En la antigua casa
de la oscura calle
á que aquella hermosa condesa de Robres
le daba realce,
oía yo misa,
rezaba la Salve,
templaba el acero, leía en cien libros
antiguos romances,
y al volver á casa,
¡qué raro contraste!
tocaban al piano el himno de Riego
manos liberales.

Mi madre ayudando
mis locos afanes,
rezaba conmigo y oía yo en ella
la voz de la sangre...
Muere el padre mío,
quedo miserable,
me encuentro á quince años con madre y her-
y huérfano y padre. (manos
El tiempo no espera,
yo quiero atajarle,
y vengo á la corte, y entro con la vida
en lucha gigante.
Apenas llegado,
en la misma tarde,
me ofrecen un puesto junto á los Riveros
y los Castelares.
Y allá va el baturro,
y allá va la nave,
y á diestra y siniestra, rompiendo con todo,
me lanzo al combate.
En duelos, me hieren,
no respeto á nadie;
ataco á los fuertes, insulto á los altos,
me bato en las calles,
asalto el teatro,
me silban y aplauden;
emigro, conspiro. paso mis Abriles,
en lucha constante,
y en fiebre ambiciosa
y en ansia de azares,
inundo la España de coplas y versos
y alegres cantares...
¡Ay! ¡Qué fué de aquellas
silenciosas tardes
en que allá en mi pueblo mi alma sentía
dichas inefables!...
El hombre no es nada,

su destino es aire;
¡la loca fortuna, cual hembra engañosa,
le lleva y le trae!
Nacen para ricos
los que mueren de hambre,
quedan ignorados los genios modestos,
se achican los grandes.
¡Nadie hace su gusto,
todo son azares...
mañana... es el caos; los tontos se elevan
y los fuertes caen!

. . . .

Vino aquella *gorda*
que hoy es un alambre,
y fué presa España de los mismos perros
con otros collares.
Y yo entré en el ajo
y fuí personaje,
y mandé á las gentes y mantuve el orden...
¡Qué barbaridades!
¡Ay! Mis ilusiones
cayeron al darles
forma en el Gobierno los que me educaron
en mis ideales...
Hastiado de aquéllo
emprendí mil viajes,
de París al Cairo, del Egipto á Persia,
del Neva á los Alpes.
¡Y al volver á España
hallé por las calles
un rey sin vasallos, un pueblo aburrido,
y Madrid como antes!
Gusto á mis pasiones
buscando anhelante,
en una belleza, célebre en España,
halló mi alma cárcel.
h, qué herm)sa era!

Sereno el semblante,
rubios los cabellos, la boca de mieles,
cimbrador el talle.
Vivía en un mundo
de nobles y grandes,
todos la querían, todos la buscaban
con ojos amantes...
¿Y á mí qué me importa?
—le dije á mi madre.—
¡Cerradas las puertas, quedan las ventanas
y no temo á nadie!
Se me abre el palacio,
conquisto mis lares,
me casa el obispo, suenan las campanas...
¡Oh, dichoso enlace!
Viven desde entonces unidas dos almas
y hallo esposa amante
viviendo en mis brazos en las alegrías
como en los afanes.
Me nacen seis hijos,
¡luz de mis hogares!
y lucho por ellos, y me hacen la vida
senda de rosales.
Augustos enojos
me irritan la sangre,
dejo patria y glorias, paso la frontera
¿á qué? ¡Dios lo sabe!
La capa terciada,
la espada en el aire,
mezcla de almogávar y de castellano,
de soldado y fraile,
en Paris de Francia
me lanzo al combate
sólo pobre, triste, *pero con los míos*
que son mi falanje!
Y allá me reciben
como á su compadre,

y oyen mis dolores, y me dan consuelos
y alivian mis males...
¿Por qué? Porque tengo
paciencia y aguante,
porque soy humilde, porque soy cristiano
y hay Dios que me ampare.
La ciencia del mundo
está en una frase:
hacer siempre al tiempo la cara risueña,
¡saber contentarse!
La riqueza es humo,
la gloria es mudable,
la ambición tormento, la envidia tortura,
¡todo vanidades!
¿Qué son las grandezas?
¡Polvo para el aire!
¡Si un soplo nos mata! ¡Si no hay más que un hoyo!
!Si no somos nadie!
Yo tan sólo pido
ver por todas partes,
caras que sonríen, manos que saludan,
brazos que se abren.
Y aquí he concluído,
porque estos cantares
parecen ya largos, y tristes, y tontos,
y va siendo tarde.
Ya dije mi cuento,
póngase en romances,
díganlo á la lumbre los aragoneses
antes de acostarse...
Y en tanto me muero
sin odios de nadie,
suenen las guitarras, y venga la jota,
¡y canten y bailen!

MIRAMAR

(INÉDITO)

Llegué á la puerta, cerrada,
del Palacio, en Miramar;
nadie me impidió pasar:
ni ugier, ni porteros... ¡nada!
La casa estaba desierta,
subí solo al primer piso,
corrí la casa indeciso,
abrí una puerta, otra puerta...
¡Nadie! Bien haya la tierra
donde el Rey, libre de dolo,
puede vivir así, solo,
en la paz como en la guerra.
El gran salón invadí,
¡nadie! Allá, á lo lejos, ví
de pié en la ancha galería
una dama que decía:
¡Buby!

***

Era la Reina, allí, á solas,
feliz, dichosa en su hogar,
frente al Cantábrico mar
junto al romper de las olas.

Sola, sin corte ni honores,
entregada á sus cariños,
viendo allá abajo á los niños
serpenteando entre las flores.
Dentro de dos ó tres horas
iba á volver á la corte
dejando triste en el Norte
calma y paz consoladoras.
Y aquél niño, aún inconsciente
de su valer y su fama,
aquél á quien se le llama
en el mundo, oficialmente,
Rey de aquí, Rey de acullá,
de Valencia, de Aragón,
de Sicilia y de León,
y esto y lo de más allá,
alegre y felíz corría
y en el parque se perdía
y era el rey del campo allí,
y la madre repetía:
¡Buby!

***

Aquella tarde se fueron
hijo y madre en dulce unión,
y al marcharse, ¡que ovación
tan sincera les hicieron!
No era la gloria fingida,
ni la admiración comprada,
era la familia honrada
con lazos del alma unida,
que volvía á los dolores
de la regia obligación,
y una honrada población
les daba vivas y flores
y se juntaban así

todas las clases allí,
y la madre sollozaba,
mientras feliz, saludaba
¡Buby!

***

¡Ay! ¡Qué invierno les espera!
Yo á mis solas me decía;
¡Ya se acabó la alegría
y la vida placentera!
De las humanas pasiones
vendrá la batalla ruda
y tendrá la honrada viuda
que luchar con ambiciones,
crisis, conflictos, azares,
preocupaciones, intrigas
y acechanzas enemigas
y amarguras y pesares...
Que dichosa estaba aquí,
de la tarde á los reflejos,
cuando envidioso la ví
gritando al niño, allá lejos:
¡Buby!

***

Buby verá al fin gloriosa
de su suerte la campaña,
Buby será el Rey de España,
su madre será dichosa.
¿Serán felices los dos
tanto lauro al conseguir?
¡Quién lo sabe! El porvenir
no es del hombre, que es de Dios.
Venganzas, odios, rencores
combaten al ser humano,

reta el hermano al hermano,
la patria es campo de horrores.
A este Rey que la fortuna
envió á calmar enojos,
para que blancos y rojos
cayeran ante su cuna,
le veré, si es Dios servido
que al niño vea el anciano,
ó en el trono soberano
ó en el destierro sufrido.
¡Me es igual!, que para mí
siempre será aquel que ví
corriendo el campo aquel día
cuando la madre decía:
¡Buby!



SALUDO A ZARAGOZA

¡Salud, Zaragoza,
patria bendecida,
tumba de mis padres,
tierra en que nací!
¡Salud, Zaragoza,
ya treinta años hace
que de tu recinto
llorando salí!

¡Salud, Zaragoza!
tu enérgico ambiente
me infundió de niño
tu indómita fé.
¡Salud, Zaragoza,
bendito tu nombre
que llevo en el alma
do quiera que esté!

Al ver hoy de nuevo
tus muros sagrados
la santa leyenda
vengo á realizar,
que al fin de las vueltas
que dí por el mundo
cual nuevo hijo pródigo
retorno á mi hogar.

Me diste al marcharme
la hacienda nativa
de fé y de entereza

que herédanse aquí;
corriendo la tierra
las fuí derrochando
y hoy torno, ya viejo,
los ojos á tí.

Ni amores ni glorias
ni pueblos ni reyes
ni el oro que alcanza
el fausto y la prez,
valen el oculto
rincón de la tierra
en donde pasamos
feliz la niñez!

Dichoso el que logra,
tras larga carrera
cual barco azaroso
perdido en la mar
al puerto soñado
volver, de su tierra,
y en torno á los suyos
feliz reposar!

¡Salud, Zaragoza!
del mozo de antaño
la voz te saluda
con honda efusión.
Si nada te traigo...
te traigo en el alma
y entero te vuelvo
mi fiel corazón!

EL AGARRAO

¡Ande el movimiento!
¡marche el organillo!
vengan aquí todas,
que el baile está *armao!*
Y allá van las mozas
á buscar parejas,
y al aire la gente,
¡y ande el *agarrao!*

Baile madrileño
de sangre y de raza,
único en el mundo,
invención de *aquí;*
mezcla de paseo,
de baile y de abrazo,
de ayes y suspiros,
y *cosas así.*

Y desde las Ventas
hasta los Viveros,
y del Dos de Mayo
hasta Fuencarral,
en habiendo un poco
de polka y tecleo
y una noche clara
y humor nacional,

así nos muramos
de vagos y pobres,
y en Cuba nos hagan

harina de flor,
y no haya en España
dos *tristes* pesetas,
y cada gobierno
resulte peor,

como haya un sujeto
que le dé al manubrio
y diez buenas mozas
que sepan bailar,
y treinta vecinos
con ganas de fiesta,
y un vino pardillo,
y ganas de hablar,

¡ande el movimiento!
¡y á ver esas niñas
como se lo bailan
apretado y bien!
—¡Algo más ceñido!
—¡No perder terreno!
—¡Este cuerpo es mío!
—¡Pues que se lo dén!

Esto hay que bailarlo
todo de caderas;
los cuerpos juntitos,
mitad por mitad;
y hay que ir muy despacio
con las vueltecitas,
y hay que trabajarlo
con formalidad.

Las madres y *tías*
y primas mayores
y los venerables
del barrio honra y prez,
y los transeuntes,

vagos y curiosos,
y *algún que otro* golfo
que espera su vez,

forman de la plaza
las cortes amables
que el baile nocturno
vinieron á ver.
Y en tanto, resuenan
sobre el pavimento
los pies, que remedan
el son de llover.

Y allí, en voz muy baja,
se hablan las parejas;
¡qué cosas se dicen!
¡qué juntos están!
Tesoros de flores
que del alma brotan,
palabras del alma
que vienen y ván.

—¿Me quieres? ¡Pues dílo!
—Pues qué, ¿no lo sabes?
—¡Pues dímelo ahora,
que esta es la ocasión!
—¡Pues más que á mi vida!
—¡Pues bendita seas!
—Arrímate y baila
con el corazón!

Y esto es en silencio,
y no se oye nada
más que de los pasos
el suave rozar;
y allí en dulce lazo,
los cuerpos tan juntos,

corre á rienda suelta
la fiebre de amar.

A veces el aire
resuena con voces
de alegres testigos
que prestan valor
á los misteriosos
cambios de posturas
que pide el ambiente,
la luz y el calor.

—¡A ver esas niñas!
—¡No sea usté soso!
—¡Vivan las mujeres!
que saben lo *qu'es!*
—¡Así se trabaja!
—¡Vaya por lo bueno!
—¡Aprieta, Ramona!
—¿Te duermes, Inés?

¡Oh Madrid alegre,
modesto y dichoso!
¡Juventud que vives
de eterna ilusión!
Al son de las teclas
del piano rodante,
se alegra y se ensancha
tu fiel corazón!

—¡Ande el movimiento!
—¡Marche el organillo!
—¡Vengan aquí, niñas,
que el baile está *armao!*
—¡Entren las parejas!
—¡Júntese las almas!
—Al aire la gente,
¡y ande el agarrao!

PADRE NUESTRO

Oh padre de todos
que estás en los cielos,
sea santificado
tu nombre *in eternum*.
A nosotros venga
tu celeste reino,
tu voluntad sirvan
la tierra y el cielo.
Dános cada día,
Señor, el pan nuestro
y de nuestras deudas
tu perdón logremos
los que perdonamos
á deudores nuestros.
¡De las tentaciones
sálvanos el riesgo
y de mal nos libre
tu poder excelso!

Tu amor es nuestro bien.
Amén.
Amén.

¡A LA CEQUIA!

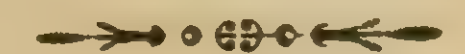
Discurso que yo hubiá echao en la asamblea

Baturros y matracos paisanos míos:
una cosa mú triste voy á contaros.
Seis aún más inocentes que los *abríos*;
no sabís regolveros ni manejaros.
¡Trebajando y pagando contrebuciones
sus pasáis toa la vida sudando el quilo,
pa que lleguen tan frescos cuatro gorrones
á pidiros el voto y á consiguilo!
Y como todos ellos son forasteros
que á Aragón no le tienen ley ni querencia,
en vez de amigos fieles, son *saca-ineros*
que solo van buscando su comenencia.
¿Ande se ha visto trampa más engañosa
que tener por agentes y diputaos
á esa tropa de gente zarrapastrosa,
montón de morros de uvas y de arguellaos?
No me votís ninguno dengún vecino;
¡son bordes, zancocheros, que á Aragón vienen
á sacaros los votos á cuenta é vino
y á gastáse en los votos lo que no tienen!
Unos son andaluces, otros gallegos;
otros son zamoranos ó burgaleses;
otros salamanquinos, otros manchegos....
¿pues ande están los cútios aragoneses?
Miálos por esos pueblos más tiesos que husos,

abogaos de secano y enredadores,
cantando las reformas y los abusos,
y no son más que chandros y charradores.
¿Qué han hecho por los pueblos los que han (salido?)
¿ni qué ley quiés que os tengan sin ir á veros?
¡Mentira paice que haiga tan mal sintido
y que seáis esclavos de los cuneros!
No seáis inocentes ni calzonazos,
y matalos á pizcos con sus sermones;
echalos de los pueblos á membrillazos,
y que no nos corrompan las oraciones.
Lo que hace falta es hombres de los que atizan
con jarcias, que hablen menos y den jetazos,
y no esos madrileños que se deslizan
como las sargantanas por los ribazos.
Aragón necesita de gente propia,
y no gente de ajuera ni esos pelgares
que luego hacen á todo por la melopia,
como los piculines en los lugares.
¡A la cequia el intruso! ¡Y á ver si acaba
la comedia del voto por los dineros!

....

¡Conque ya que os hi dicho lo que pensaba,
á *esforzar*, y me alegro de conoceros!



LA ESCUADRA EN MARCHA

¡Barcos que vais por la mar
y vais meciendo en las olas
ilusiones españolas
que tenéis que realizar!
La patria, que os ve marchar
está ya soñando ver
que un día habéis de volver
á devolvernos la calma
para ensancharnos el alma
con las glorias del deber.

¡Oh Dios, que constante velas
por los que tienen razón!
¡allá van de la nación
las modernas carabelas!
En esas blancas estelas
que van dejando detrás,
dulcísimo adiós verás
que á la patria dan dichosas;
¡hazlas volver victoriosas!
¡no las olvides jamás!

¡Revivan cual por encanto
aquellas glorias tan grandes
con los herejes en Flandes,
con los turcos en Lepanto!
Tras tanto luchar y tanto,
amanezca el claro día,
y al sol que los pasos guía
de nuestros barcos altivos

¡dile que sus rayos vivos
alumbren nuestra alegría!

¡Barcos nuestros, ricas naves
que entre todos enviamos,
á vuestro esfuerzo entregamos
de la América las llaves!
¡Oh América, que no sabes
tu existencia agradecer!
A cambio del bien de ayer
enciendes bélica tea.....
¡Pues tuya la culpa sea
de lo que ha de suceder!

Y tú, la imponente luna,
que has de iluminar siniestra
ó la desventura nuestra
ó la nacional fortuna:
tú, que alumbraste la cuna
de los hijos que se van,
y á quien tantos mirarán
muriendo en el fiero embate.....
al presenciar el combate
que aquí sueña nuestro afán,

piensa que aquí te aguardamos
en la noche silenciosa,
y que en tu faz pudorosa
nuestra esperanza fiamos.
Si pálida te miramos,
nos harás desfallecer.....
Veámoste aparecer
airada en rojos destellos,
y así diremos:—*¡Aquellos*
saben luchar y vencer!

¡Barcos que en marcha constante

vais al mar ganando millas!
¡la nación va en vuestras quillas.
Barcos de la patria, *¡avante!*
El pueblo, en ánsia anhelante,
os ve á la gloria marchar.....
Si no la habéis de ganar,
¡no volváis! ¡Reste el honor!
Dios os preste su favor,
barcos que vais por la mar!

LAURAK-BAT

ZORTZICO (1)

En la viríl Navarra
se alzó la libertad,
y en los eúskaros montes
la cruz, signo de paz.

Vizcaya nos dá el hierro
con que hemos de forjar
las armas que defiendan
la libertad foral.

Si un día España en llanto
su fin ha de llorar,
la fé y los férreos brazos
aquí se encontrarán.

(1) Música del maestro Larregla.

MARIQUITA

CANCIÓN [1]

Mariquita, Mariquita,
¿donde vas tan tapadita
por las mañanas
cuando sacuden el polvo
por las ventanas
y es frío el amanecer?
¡Mariquita, Mariquita,
mira que se va á saber!

Mariquita, Mariquita,
¿donde vas tan deprisita
cuando anochece
y están tocando al rosario
cuando oscurece
y andas á todo correr?
¡Mariquita, Mariquita,
mira que te pueden ver!

Mariquita, Mariquita,
¿por qué estás asomadita,
de madrugada,
en tu balcón tan tapada
si llueve á todo llover?
Mariquita, Mariquita,
te vas echando á perder
!Pobrecita
Mariquita,
mira que no puede ser!

(1) Música del maestro Larregla.

DOCE DE OCTUBRE

—

Otra vez tu memoria
oh, Vírgen del Pilar, Patrona mía,
el eco de tu gloria
del Sena hasta las márgenes me envía.

—

De nuevo voz ignota
que me parece descender del cielo,
la musa del patriota
viene á inspirar en extranjero suelo.

—

Santos, puros amores
que no extinguen el tiempo ni los años;
dulcísimos fervores,
que comprender no pueden los extraños!

—

Hoy, desde aquella tierra
por nuestra Vírgen del Pilar maldita,
cuando en la santa guerra
su nombre fué nuestra bandera invita,

vuelvo á cantar dichoso
la fé que aquella Vírgen me infundiera;
corre, mi voz, al Ebro rumoroso
y canta la que fué nuestra bandera!

—

Ya desde aquí los veo
á mis nobles y célebres paisanos,
en místico deseo
al cielo alzadas las callosas manos,

en la capilla oscura
donde pasé de mi niñez las horas,
cantar en coro de sin par dulzura
las preces de la vida salvadoras;

—

Ya escucho el campaneo
con que se anuncia al despertar del día
en Pilar y la Seo
la fiesta de Aragón, la fiesta mía!

Ya el rumor bullicioso
de la gente en las calles y balcones
llena nuestro ancho Coso
al pasar los alegres gigantones,

y el plomo retumbante
del cañón que guardó nuestras murallas
en salva resonante
canta glorias, si ayer ganó batallas.

Aquel Santo Rosario
que á la puesta del sol sale en carrera
con fausto legendario
inundando de luz la villa entera,

y la alegre rondalla
que á la noche á las novias alborota,
y en patrio ruido estalla
lanzando al aire arrabalesca jota!

. . . .

Todo, todo lo veo
con los ojos del alma, aquí, á mis solas,
volando mi deseo
junto á mis caras glorias españolas...

Oh, veneranda tierra,
¡Oh, imágen sacrosanta!
¡Con mi destino en guerra
nunca os olvido, y mi pasión os canta!

Al sonar mediodía,
sintiendo el alma desbordar del pecho,
ante la Vírgen mía
cuya imágen clavé sobre mi lecho,

me postro y la bendigo
fijos en ella los humildes ojos
y en soledad le digo
en íntima oración, puesto de hinojos:

Oh, madre de los míos,
Vírgen del Aragón, sacra bandera!
tu fé me infunde bríos,
tu culto es mi sostén, mi vida entera.

Proteje mis labores,
inspira mis cantares,
alma de mis amores,
sé fiel guardián de mis honrados lares,

y dame en recompensa
de tanto amor y fé, madre y señora,
el solo bien que piensa
lograr por tí, quien á tus pies te adora.

Morir donde lo piden
la fé y el culto de mi edad primera:
un hoyo en paz, que mis paisanos cuiden
junto á la Vírgen que Aragón venera!

y ya enterrado, si la odiosa guerra
vuelve á sonar y á despertar la saña,
oir el hierro y retemblar la tierra
allá en la cuna del vigor de España!

[1] Á CINTA *(en ídem)*

(IMPROVISADO)

¿Otro hijo vais á tener?
pues bendito sea el Dios;
mil años viváis los dos
para darle de comer!
Felíz, de fijo, ha de ser,
que el mundo es ancho y hay tela;
y ha de ser... de vuestra escuela:
hermoso como su madre,
y listo como su padre
y bueno como su abuela.

—

Hazme el obsequio, hija mía,
de no darte mucha priesa,
porque pronto he de ir á esa
y verle venir quería,
y presenciar la alegría
de tu encantador hogar,
y en el bautizo brindar
y reirme como un tonto...
En fin ¡no lo eches tan pronto,
hazme el favor de esperar!

(1) Marquesa de la Cimada.

GERMINAL

(POESÍA CRISTIANA)

Telégrafos, teléfonos,
luz conquistada al rayo,
cables, motores, máquinas,
progreso universal...
¡Oh, tiempos asombrosos!
¡Oh, inteligencia humana!
¡nada resiste al ímpetu
de tu poder triunfal!

Y en tanto, el hombre, siempre,
enteramente el mismo,
sin que consiga nunca
su estéril ambición,
ni realizar sus locas
constantes ilusiones
ni del humano vicio
negarse á la impulsión.

¡Ay! Todas las modernas
logradas invenciones
y atléticos esfuerzos
de nuestro humano afán,
y todas las conquistas
del pensamiento humano
que al mundo tantas glorias
y tanto impulso dan,

no evitarán que el íntimo
fulgor de una mirada
como la chispa eléctrica
sacuda el corazón,
ni que con fuerza incógnita
recónditos motores
hagan que rauda estalle
sin frenos la pasión!

No lograrán que el hombre
con sus primeras canas
al ver que desparece
su fuerte ardor viril.
descubra el dulce bálsamo
con que en dichosa aurora
recobre archipotente
la fuerza juvenil!

Salvamos las fronteras,
luchamos con los mares,
rompemos las montañas,
soñamos con volar;
y en rayos más intensos
que los del sol radiante,
del cuerpo humano al fondo
logramos penetrar.

Mas ¡ay! que no evitamos
que la ambición nos mine,
ni huir las atracciones
del oro tentador,
ni que los celos maten,
ni que en tenaz tormento
devoren nuestras vidas
la envidia y el rencor!

¿Ni qué progreso el nuestro
si hay seres á millones
llorando noche y día
su condición fatal,
y mientras los inútiles
en la abundancia nadan,
para ellos es la vida
desconsolado erial?

Ved las inclusas, llenas
de expósitos sin nombre;
de pobres numerados
las cuadras del cuartel;
llenas las mancebías
de carne humana en venta;
los hospitales llenos
de pobres á granel!

Viviendo en sombra eterna
bajo las hondas minas
calor prestando al mundo,
la raza más viril;
los niños con libreas
sirviendo al poderoso;
muriendo en los combates
la juventud fabril!

Llenos los amplios claustros
de seres egoístas
comiendo en santa holganza
seguro y blando pan;
y en los glaciales bancos
de los suntuosos parques
durmiendo los mendigos
que no amanecerán!

Huyendo mar afuera
los tristes emigrantes
que á la inclemente Europa
maldicen al partir,
buscando en otros climas
lejos del patrio suelo,
defensas de la vida,
derechos de vivir!

Las manos temblorosas
tendiendo el triste anciano,
que ochenta años al yunque
pasó en labor igual,
hallando en recompensa
tan mísero y tan viejo,
su lecho en el arroyo,
su tumba en el portal!

En ricos mausoleos
los célebres ladrones,
con epitafios de oro
que al sol roban su luz,
y *al hoyo,* amontonados
en ignoradas haces,
los pobres, sin más títulos
que la modesta cruz!

¡*No!* ¡Mi progreso es OTRO,
y de mis tiempos dudo!
Y del dormido campo
en la ancha soledad,
á los templados rayos
de la amorosa luna
y de los astros viendo
la eterna inmensidad,

á la Suprema Fuerza
que tantos mundos rige
dirijo yo á mis solas
llorando mi oración:
—¡Señor! Al hombre inspira,
y haz que su genio logre
á tantas desventuras
la ansiada solución!

Tras tanto y tan inmenso
saber, y gloria tanta,
las obras de los hombres
cual humo pasarán,
y todos ¡ay! seremos
bajo la tierra un día
montón de blancos huesos
que al polvo tornarán...

¡Oh, no! Sembremos *antes*
plantel de *nuevos gérmenes*,
y el hombre al hombre encuentre
consuelo en su dolor!
Infúndenos la ciencia
que ansioso el mundo espera;
remedio á las desdichas,
y universal amor!

Haz que los estériles
campos del mundo viejo,
surjan la vida nueva
y el mundo fraternal;
y tras las negras sombras
en que los hombres viven,
renazca el sol que alumbre
fecundo germinal!

PA LOS DE MI TIERRA

¡Vecinos de Cariñena,
no me votís diputaos
cuneros y morros de uva,
que buscan votos compraos!

—

¡Como no haya otro pantano
que el que *us* haga Sigismundo,
ya sus podís esperar
allá pa la fin del mundo!

—

Mucho diputao muy majo,
y mucho echar el sermón;
lo que hace falta es comer
y menos conversación.

—

Mientras no echís á la acequia
cuatro ó cinco enredadores,
no saldrís de hambre y miseria,
de chandros y charradores!

—

Aragón está perdido
en manos de forasteros,
aprendices de menistros,
pijaitos y sacaineros.

—

¡Pa defender la cosecha
no hace falta predicar;
lo que hace falta es juntáse
y á la calle y á rondar!

—

Los gobiernos no hacen caso
de lágrimas ni suspiros,
pero dan lo que les piden
en cuanto oyen cuatro tiros.

—

Pa banquetes y lifaras
siempre acude el diputao,
pero en cuanto viene el hambre
mala burra imos comprao!

—

Castelar y Sigismundo,
Sigismundo y Castelar,
mucho jarabe de pico
y el que tenga hambre á robar!

—

En lugar de escribir cartas
pidiendo nuevos destinos,
pedir que se mienta menos
y que no paguen los vinos.

—

¡Vírgen Santa del Pilar,
líbranos de los cuneros,
que van por Madrid en coche
y aquí nos dejan en cueros!

CREPÚSCULO

—

Hace días que me duele
Algo en la espina dorsal,
Y no marcha como suele
Mi oficina estomacal.
Tengo miedo al aire frío
Y tengo sueño á las diez;
Y digo á solas:—¡Dios mío!
¿Si empezará mi vejez?

***

Ayer, al cruzar la calle
De Ventura de la Vega,
Ví una mujer... con un talle
Y un andar... ¡vaya una brega!
Pues... la miré *indiferente;*
Y fué la primera vez
Que no las dí de valiente...
¡Esto debe ser vejez!

***

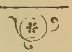
En un gran corro, en el Prado,
Juegan cientos de chiquillos,
Y yo me quedo embobado
Viendo sus juegos sencillos.
Todos me parecen nietos,
Y me encanta la niñez...
Yo tranquilo, ellos inquietos...
¡Signo fatal de vejez!

***

Y, sin embargo, aún me atrevo,
Si la ocasión se presenta,
A cumplir bien, como debo
Si alguien á mi honor atenta.
Aún en mi mano la espada
Responde á antigua altivez...
¡Pero no riño por nada...!
¡Señal de cauta vejez!

* * *

¡No importa! Mientras la mente
Discurra en franca tarea,
Y logre en lucha candente
Defender *la eterna idea*,
Podrán los años la linde
Marcarme de la vejez.
¡Mi corazón no se rinde!
¡Viva la eterna niñez!



Más vale tarde que nunca

¡No la olvidé! No la olvido
ningún año en aquel día,
porque *Ella* es la Virgen mía,
regazo donde he nacido.
Si hubo en este año descuido
fué porque estaba entretanto
preparando en su honor santo
fiesta y místicos laureles;
ya os lo han dicho *los papeles*.
No enfadarse; *no es pa tanto*.

—

¡Oh, qué alegría fué ver
en *Ella* los ojos fijos
y rodeando á mis hijos
y á mi cristiana mujer,
á todos los que acceder
quisieron al patrio ruego
y en el templo, en santo fuego
la misa oyendo en legión
reproducido Aragón
rindiendo su culto ciego!

—

Me decían que esta tierra
de la gente donostiarra
que es del Norte la Alpujarra
dulce en paz, fiera en la guerra-
aragoneses no encierra
para una fiesta local.

Y dije yo:—En día tal,
para orar á su Patrona,
desde Irún hasta Pamplona
saldrán de cada zarzal!

—

Y vinieron de mil puntos,
y dejaron sus labores;
la tierra los labradores,
los letrados sus asuntos;
y en la iglesia todos juntos
nos vimos acompañados
de estos nobles vascongados
que son «al igual de *nos*
por sus fueros, patria y Dios»
en el mundo celebrados.

—

Allí á la Vírgen leales
hubo pobres y burgueses,
soldados aragoneses
y baturros oficiales;
éramos todos iguales
ante el Pilar soberano,.
nobleza y estado llano
y gente propia y extraña;
y cantó un grande de España
y echó el sermón un paisano!

—

Y al alzar, cuando allí hincado
la hostia elevarse veía
yo en silencio me decía
en amor patrio extasiado:
—Vírgen que la fé me has dado,
proteje siempre á Aragón,
guárdame un pobre rincón

en la tierra en que nací;
yo por tí, tú para mí,
Vírgen de mi corazón!

—

Ya, pues, que sabéis por qué
fué mi pluma tan morosa,
hablemos hoy de otra cosa
que es también cosa de fé.
Aquí por lo que se vé
Madrid se quiere guardar
los restos (que hay que sacar
de Francia) de un gran paisano;
y este abuso, pueblo hermano,
no se puede tolerar.

—

Goya es hijo de Aragón
y nacido en Fuendetodos,
y es necesario que todos
tengamos resolución,
y ayudando la intención
de nuestro alcalde y su brío,
hagamos, Aragón mío,
campaña contra el ardid
y no nos venga Madrid
con tío pásame el río.

—

Miá que sería *chanada*
que aquel gran Goya inmortal
tuviera en la capital
una sepultura *amprada*!
Tenga su tierra sagrada
en su nativo rincón,
y si en tan noble ocasión

predicamos en desierto
para reclamar su muerto
álcese todo Aragón!

—

De mí sé decir que estoy
á seis horas de Burdeos
y por servir los deseos
del pueblo de donde soy
si se me autoriza, voy
al cementerio francés,
y con todo aragonés
que me quiera acompañar,
ahí la vamos á armar
antes que se acabe el mes.

—

Estas cosas, ya se sabe,
si se dejan al principio
no hay pueblo ni municipio
que más tarde las recabe.
El caso presente es grave;
con buenos ó malos modos,
á marchar de acuerdo *todos*:
con que ¡*ála!* ya lo *sabís:*
Goya para su país
y á enterrarlo en Fuendetodos!

A MI HIJA ROSA

—

(IMPROVISADO)

Tengo yo un jardín en casa,
Son tres rosas y un clavel,
Tres claveles y una rosa,
Rosa tú, y las otras tres.

A WENCESLAO

—

(IMPROVISADO)

Que seas pobre ó rico,
felíz ó desgraciado,
que logres los honores
ó humilde condición,
acuérdate, hijo mío,
del padre que te adora
y lleva su recuerdo
prendido al corazón!

A MI HIJA AURORA

En su álbum

Hija de mi vida,
tu libro comienzo;
yo soy el crepúsculo,
tú el albor primero.
En la primera hoja
de tu libro nuevo
de mi voz cansada
van los tristes ecos.
Canten los poetas
y logre yo verlo,
de tu santa vida
lo que piensen ellos.
Que canten *los jóvenes*
y lloren los viejos,
y cumplamos todos
con el Evangelio.
Los viejos los últimos
y ellos los primeros.

En su abanico

(IMPROVISADO)

Cuarenta varillas
tiene este abanico,
y cuarenta flores
á mi hija envío.
Es dulce, es amable,
tiene buen sentido,
modesta y callada,
carácter sumiso.

Siente bien la música,
lee santos libros,
su rostro es risueño,
su aire distinguido.
Profesa á su padre
amor infinito
y á su madre adora
con tierno cariño.
No se enfada nunca,
no tiene caprichos,
en oyendo chismes
se calla su pico.
Heredó mis gustos
que son muy sencillos,
y el primer poeta
de España este siglo
la tuvo en la pila
y fué su padrino (1).
Nació el mismo día
en que el mundo unido
Shakespeare y Cervantes
llora por perdidos.
Aurora se llama
y es dulce sol mío,
luz consoladora
de mi hogar tranquilo.
Tiene enfin mi niña
tantos atractivos
que con decir tantos,
la mitad no digo.
Y como su abuela
ya no ha de decirlos,
yo alabo por ella
y el gusto es el mismo.

---

(1) José Zorrilla.

A LANUZA

PARA EL DÍA DE LA INAUGURACIÓN DE SU ESTATUA EN ZARAGOZA.

(INÉDITO)

Surge del olvido,
sombra venerada,
y aclame tu nombre
la noble región
¡Tú eres de los fueros
la enhiesta bandera,
tú eres de los libres
el sacro pendón!

Contigo murieron
las patrias franquicias,
segó tu cabeza
la fuerza brutal;
mas queda la raza
que al son de tu nombre
dió siempre á los déspotas
batalla campal.

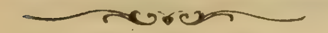
Tu sangre regando
las yermas campañas
fué savia bendita
que alientos nos dió.
Contigo aprendimos

á odiar los tiranos
y el patrio ardimiento
por tí renació.

Levántate y mira
unidos en torno
del bronce que copia
tu imagen aquí
los hijos de aquellos
que en día nefando
murieron contigo,
luchando por tí.

Los cetros son humo
que el viento se lleva,
álzase sobre ellos
la fé nacional.
Del negro cadalso
que ayer fué tu gloria
tus hijos han hecho
columna inmortal.

¡Levántate altivo,
que ya estás vengado!
tus lauros eternos
los nuestros hoy son.
Cantad al Justicia
patriótico *hossana*,
y vivan los santos
fueros de Aragón.



A SAN SEBASTIAN (1)

Este honor inmerecido
que me habeis hecho esta noche,
inusitado derroche
de afecto tan bien sentido,
el más sincero habrá sido
de cuantos jamás logré,
pues hace tiempo que sé
que en esta gran tierra euskara,
nada se piensa ó prepara,
todo va... de buena fé!

—

Por eso, de las Españas,
que son varias, con ser una,
tengo yo á rara fortuna
tras de extranjeras campañas,
el aire de estas montañas
respirar siempre que vengo,
y aquí un rinconcito tengo
donde muy dichoso soy,
y á mis soledades voy
y á mis soledades vengo.

—

Dulce, adorado reposo
de la tierra vascongada,
comarca de gente honrada
pueblo en su calma dichoso!

(1) Leído en una velada teatral celebrada en honor del autor.

En su seno deleitoso
cifro los encantos míos,
del mar los ecos bravíos,
del cielo los claros tules,
los altos montes azules
y los blancos caseríos!

—

En sus íntimos detalles
brinda la ciudad cariños
risueñas bandas de niños,
el sol bañando las calles,
militares pasacalles
de la marcial guarnición,
y cual constante expresión
de la fé del patrio hogar
llamándonos á rezar
de las campanas el son.

—

Con sus tiernas emociones
calma tan grato país
del vértigo de París,
de Madrid y sus pasiones;
en íntimas expansiones
lento el tiempo se me pasa
en el rincón de mi casa
trabajando en paz completa
al chirriar de la carreta
y al silbar del tren que pasa.

—

Dulce calma, paz bendita
¡con qué placer os halló
quien por el mundo corrió
cual febril cosmopolita!

Easo, mi santa ermita,
tú mi humildad acrisolas
y te venero á mis solas
en soledad que me encanta
escuchando al mar que canta
con sus espumantes olas

—

Y esta paz, dicha escondida
que no pensé ver turbada
viene á quebrarla impensada
ovación inmerecida.
Ay, amigos de mi vida,
dulces vuestros lazos son
y esta sincera afección
que mi humildad no merece
el poeta os lo agradece
con todo su corazón!

A María Gutiérrez

—

(IMPROVISADO)

Te dirán muchos piropos
y te echarán muchas flores
é irán pasando los años
y con ellos los amores.
Y al ver perdidos á tantos
que tu corazón rindió,
quedará siempre *un amigo*,
y ese amigo, seré yo.



RECUERDO

Cuando celebre
la gente moza
la Noche Buena
de Zaragoza,
y alegre cante
vaciando jarros
y ande la jota
por los guitarros,
recuerden todos,
grandes y chicos,
altos y bajos,
pobres y ricos,
que hay un paisano
lejos, muy lejos,
(y hay que contarlo
ya entre los viejos)
fiel á la tierra
donde ha nacido,
siempre soñando
volver al nido.
Este baturro
que ya olvidaron
canta las jotas
que á él le cantaron,
cuando sus padres
por su fortuna,
le adormecían
junto á la cuna.

A Dios le pido
fin de mis penas,
pasando en calma
mis Noches Buenas,
viendo en mi torno
bailar contentos
ante la lumbre
de los sarmientos,
nietos y nietas,
pueblo y amigos,
harto de viajes
por esos trigos.
¡Oh, Noche Buena
de Zaragoza!
¡Baile y festeje
la gente moza!
Ahí os envío,
francos paisanos
mi alma en mis versos
toscos y sanos.
¡Sintamos juntos
hasta la muerte!
¡Felices Pascuas
y á parar juerte!

A REGINO VELASCO

(IMPROVISADO)

¡Permita el cielo, Regino,
permita, Regino, el cielo,
que tu glorioso destino
cumplas, en constante anhelo
de dar tus extraordinarios
trabajos, firme y seguro,
y haciendo calendarios
pases el siglo futuro!
Es decir, que en la centuria
que has de vivir ¡oh Velasco!
no padezcas de la incuria
de tu amigo

EUSEBIO BLASCO,

el cual, esperando el modo
de salir de pordiosero
se ha pasado el siglo todo
¡trabajando y sin dinero!



LA FIEBRE DE LA FÉ

Á LA DUQUESA DE ***

¿Conque yo soy, injusta amiga mía
frío, egoísta, seco indiferente
y no hay desde Vizcaya hasta Almería
otro español cual yo?
¿Conque merezco el odio de la gente
por esta vil naturaleza fria
que usted da en suponer gratuitamente
el cielo me otorgó?
¡Oh que supino error! ¡Si yo pudiera
probarle á usted, tan dura como hermosa
cuanto mis *cualidades* exagera
tratándome tan mal!
Pero estas fases de la humana prosa
no las podré exponer como quisiera
y apelo á discusión más luminosa
y en mi lenguaje usual.
Yo he de querer mientras que tenga vida
á un sin fin de mujeres..... ideales
que adora el alma, por su amor herida
con íntima pasión;
y he de sufrir inexplicables males
que en incesante vértigo suicida
fomentan mis instintos naturales
matando al corazón.
El torpe mundo, frívolo y ligero
no entiende nunca mi aparente hastío
y juzga incauto que ni amarlas quiero
ni lo que busco sé.

Y este cansancio devorante mío
conque riendo entre las gentes muero
llámolo yo, que en mi dolor sonrío.....
la *fiebre de la fé.*
Inés, Aurora, Cándida y Susana,
todas hermosas, atractivas, bellas,
dulce expresión de la belleza humana,
me llevan tras de sí.
Sigue el deseo sus brillantes huellas,
busca el amor su esencia soberana,
y *todas son,* y no es ninguna de ellas,
la que me gusta á mí.
Sol matinal que en albor del día
al alma ardiente con su luz traspasa
que lanza clara lumbre al medio dia
radiante de calor;
que en larga siesta al caminante abrasa
y muere en luz crepuscular sombría
y deja sombras por doquier que pasa.....
lo mismo es el amor.
Nace y engaña en fútiles promesas,
crece y abrasa con creciente anhelo,
cansa y hastía en ilusorias presas
y acaba en vaguedad.
Todo es en él violencia, falso amaño.
llama que ha de crear humo y pavesas,
afán, logro, cansancio, desengaño,
vacío y soledad.
¡Ah! Yo eximo al amor de tanta prosa,
yo no quiero mentir con farsa odiosa,
adoro el ideal, y esto me priva
la realidad tocar.
¿Qué es la mujer? brillante mariposa
que ya en las redes del amor cautiva
de sus alas la lumbre polvorosa
pierde al punto de amar.
Amarlas quiero como á frescas flores

que si del tallo las arranco aleve
por gozar egoista sus primores
en búcaro gentil,
al adornar mi fementido pecho
me embriagan con narcóticos olores;
vida les roba en mi recinto estrecho
la última luz de Abril.
¡Oh cuantas veces con mi mano impura
llegué á tocar las flores deseadas
y una vez aspirada su frescura
en dulce, íntimo amor,
sentí al instante el inmediato hastío
que suele dar la posesión lograda
y aparte de mi presa la mirada
con invencible honor!
No, no es amor el incesante y loco
prosáico afán de impúdicos excesos
que nos van consumiendo poco á poco
pasión, delirio y fé!
No son sus lazos para indignos presos
ni son sus actos prácticos tampoco,
no es amor mil abrazos y mil besos,
se lo aseguro á usté!
Por èso yo, si caigo en el engaño
al lograr me arrepiento en el instante
y una vez conseguido, me hace daño
el bien que ya pasó;
y así arrostrando fama de inconstante
dando la espalda al fiero desengaño
voy sacando mis penas adelante.
¿Qué culpa tengo yo?
Soy el solo en decirlo con franqueza
lo siente el mundo como yo lo siento
y todos reconocen su torpeza
y cuando la hicieron ya;
y así, en este mundano movimiento
la humanidad que siente su flaqueza

promiscua á dos por tres el sentimiento
como á la vista está.
Burla el galán á su sensible dama,
falta la esposa (al menos, lo presumo)
todo casado al año parte cama
siquiera por variar...
y es que el amor, como ideal, es humo,
afecto sin pasión, calor sin llama,
todo lo material es un consumo
que tiende á renovar.
¡Ah triste, amarga, inexplicable, odiosa
fatal verdad que la experiencia apura,
la vida es torpe, aborrecible prosa
con forma de mujer!
Violento goce que cual sueño dura,
fugáz espasmo en convulsión nerviosa...
mas no puedo seguir en la pintura
que puede negra ser,
Y hago aquí punto con honesto empeño
de que no juzgue mal cuanto le digo
ó resultado de imprudente sueño
en noche de calor,
Rogando á usted que al sueño que persigo
no juzgue cual el mundo á quien desdeño,
y siendo suyo admirador y amigo
y humilde servidor.

SIEMPRE PA ALANTE

JOTA (1)

Navarra lleva en su seno
la sangre de España entera,
y el que no lo sepa bien
venga á verlo cuando quiera.
De Navarra salió,
de Navarra saldrá
el coraje y la gente
que amenaza y que dá.
Navarricos nacimos
navarricos de ley
y en el cuerpo tenemos
los navarros un Rey.

En los montes de Navarra
tiene su asiento en el valor
las buenas mozas de España,
las flores de más olor.
¡Navarritos *templaos*
á cantar y á querer,
que poder con nosotros
eso no puede ser!
Navarrito valiente
nadie puede con *tí*
que si Dios *pué* contigo
porque Dios te hizo así!

(1) Música del maestro Larregla.

¡Cante Navarra sin miedo!
¡Cante Pamplona y más cante!
¡Si se hunde el mundo, que se hunda!
¡Navarra siempre *pá alante*!
A la jota Navarra,
á cantar y á bailar,
que tras estos apuros
otros tiempos vendrán.
A la jota y que viva
de Navarra el tesón
y adelante Navarros
y á tener corazón.



ÚLTIMO SUSPIRO

Ya se acaba el verano
(todo acaba, más tarde ó más temprano),
y ya vuelve la Corte
y quedamos los bárbaros del Norte
á ver venir la hidra (!!)
y á comer buen besugo y beber sidra.
Adiós, ¡oh madrileños!
que dejáis en las casas ¡ay! de empeños,
recuerdos del trajín en que os metísteis
y del dinero en tonto que perdísteis.
¡Adiós, las de Soplillo,
las de Arnés, de Coleta y Culantrillo,
las de Ojoclaro, Cúquez, Chismigrato,
y las de Mus y las de Casa-Pato!
Cargadas van de cintas y oropeles
y elogios en los públicos papeles,
por el mar y el buen aire remozadas,
y dejando las olas perfumadas
del *odore di fémina* que puedan
aspirar los amigos que se quedan.
Adiós bailes, conciertos, cotillones,
donde en gratas nocturnas expansiones
vimos á las bellezas donostiarras
sufriendo con paciencia las tabarras
de aquellos bailarines madrileños,
que yo no sé por qué son tan pequeños,
y parecen figuras de guiñoles
junto á estas chicas, que parecen soles.
Ya se acabó; tal es nuestro destino;
quedan en el Casino

diez puntos con las barbas en el pecho,
oyendo: *¿Está? ¿Ya está? ¿Está? ¿Está hecho?*
y contemplando en éxtasis la puesta
al son de los violines de la orquesta.
Se fueron los violines,
los trombones, platillos y flautines,
que nos dejaron, de cansados, muertos,
con ciento ochenta y pico de conciertos.
Los marinos se vuelven á su barco,
llorando ausencias al salir al charco,
dejando aquí á las novias pena eterna,
y al son de la galerna
lloran y dan lamentos que ensordecen
y á silbos de sirena se parecen.
¡Abur! ya *la otra vida*,
la de Madrid, comenzará en seguida,
y habrá crisis, y habrá una turbamulta
de personajes gordos en consulta,
para saber cuál de ellos, por más justo,
ha de acabar de darnos el disgusto.
Vendrán los cabildeos,
las bofetadas por coger empleos,
y saldrán las levitas de castigo
y los cesantes comprarán abrigo.
Honor de las Españas,
anuncian el invierno las castañas
que venden, de Avapiés en las esquinas,
las de Madrid insignes convecinas.
Y con ellas, y varias aperturas
de templos de las tres literaturas
(géneros *grande, chico y bajandino)*,
ya está abierto el camino
de esta gran *invernada*
que va á ser por demás dispasalada,
porque aún los cambios se verán más altos,
y los ministros con el diablo á saltos,
y hambre en Andalucía,

y la guerra más larga cada día,
y Juanito Navarro
metiendo de dolor la casa en barro,
y tantas otras cosas estupendas
que han de causar catástrofes tremendas,
como *lo de Woodford*, yanke alevoso,
que ha de acabar en drama desastroso.
  Poco el que no lo vea
vivirá; conque ¡sea lo que sea!
y despidamos al fugaz verano
en gran estilo altisonante y vano.
  ¡Adiós, postreras flores!
¡Adiós, adiós, románticos amores,
verdes olas del mar de la Cantabria
y cursis de la Puebla de Sanabria!
  Ya el hogar nos reclama
y el trabajo nos llama
y el cambio en la cabeza
nos da de sopetón naturaleza...
  Pero basta de *forma* interlineada
que á desaparecer está llamada...
Perdonen tanta rima sus mercedes.
¡Celebro mucho conocer á ustedes!

. . . . (1)

No sé qué sorpresas
me guarda la suerte,
más tengo estos días
ideas de muerte.

Campanas que doblan,
unciones que pasan
y manos amigas
que estrechan y abrasan.

Ayer fué la blanca
carroza, atractiva
con un niño muerto,
sin más comitiva

que algunos obreros
de negro vestidos
y unas niñas tristes
lanzando gemidos.

Ayer por la mañana
me trajo el cartero
la esquela de luto
que siempre la espero;

---

(1) Fragmento inédito.

y anuncia otro nombre
por siempre perdido,
la cruz como lema
y el «ha fallecido».

Las flores que ornaron
mi alegre ventana
ayer tan esbeltas,
marchitas mañana...

y es que ya á lo lejos
vislumbro, adivino
la cruz que me marca
el fin del caminc,

y al muerto que pasa
con pena le dejo;
allá iré á buscarle
que ya soy muy viejo.



ARTICULOS INÉDITOS

DON JAIME

En el año de 1889 publiqué en el *Figaro*, de París, una entrevista con Don Carlos, en la que no fué lo más importante lo que dije, sino lo que callé, porque aprendí en mis años de periodista parisién, y lo aprendí de aquel grande hombre que se llamó Magnard, que la ciencia del periodista consiste en saber, no lo que ha de decir, sino lo que debe callar.

Don Carlos agradeció mi discreción, y aún conservo la tarjeta del Conde de Melgar, que era entonces el secretario del Duque de Madrid, en que me expresaba con cariñosas frases el buen efecto producido en Loredán por aquel trabajo de información que el periódico francés había publicado. Fuí tan independiente y tan sincero, como lo ha sido después Bonafoux al visitar al eterno pretendiente. Los reyes, aunque los cortesanos crean otra cosa, gustan de que les digan la verdad.

Desde entonces, conservé buenas relaciones particulares con los representantes de la rama tradicional y persistente en la reclamación del derecho de la ley sálica. No les he felicitado en sus días de prosperidades y venturas; pero cuando ha habido en aquel palacio veneciano desgracias ó muertes, mi telegrama ha sido el primero, porque dentro de la independen-

cia salvaje que me dá el vivir de mi trabajo, soy el cortesano de todas las desgracias.

Cinco años después, en 1894, veraneando en San Sebastián, supe que D. Jaime estaba en San Juan de Luz, en casa de D. Tirso Olazábal. Su presencia tan cerca de la Corte española, fué ocasión de reclamaciones de la prensa. Deseoso de conocer al hijo de Don Carlos, hice el corto viaje acompañado de Rodrigo Soriano y de uno de mis hijos. Y de este modo comenzó mi relación con el príncipe.

Llegamos precisamente en el momento en que la policía francesa, por reclamación del Gobierno español, se disponía á expulsará D. Jaime. Monsieur Pourtet, comisario de policía francés, en la frontera, ocupaba, cuando llegamos á casa de Olazábal, la calle de Gambetta, con varios agentes. Los vecinos del pueblecillo francés acudían curiosos á ver lo que pasaba. En tales condiciones nos recibió el príncipe, á quien acompañaba, además del dueño de la casa, mi antiguo amigo el Marqués de Castrillo.

Subimos, salió á nuestro encuentro, afable, y tranquilo enmedio de la agitación que reinaba en la casa, y tuvimos tiempo de sobra de hablar con él, mientras en la calle había un rumor de pueblo en agitación inusitada. En el cuarto inmediato había un sacerdote español, el Padre Udave, fidelísimo servidor de la causa carlista.

Pudimos observar desde luego que D. Jaime era un joven de elegante presencia, muy afable, muy *corriente*, como suele decirse. Conociendo mis antecedente liberales, me recibió como si tal cosa no supiera y no habló de política ni un instante siquiera.

Nos contó su viaje de incógnito por España sin que

la policía se enterase de que iba burlándola por todas partes; su estancia en Madrid, y aquella mañana en que estuvo á la puerta misma del Palacio Real y vió salir á la Reina Regente, sus conversaciones con varios viajeros en una fonda de Aranjuez, hablando de él sin saber que el D. Jaime de que se ocupaban era el mismo que tenian á su lado... Todo esto referido con viveza, en tono de broma, y sin ocuparse para nada del ruido de afuera ni del aparato de fuerza que se desplegaba debajo de sus ventanas.

En esto avisaron que el comisario francés había entrado en la casa... El padre Udave entró donde estábamos, hizo una seña á D. Jaime, éste le siguió y á poco volvió el cura diciendo:—No hay cuidado, ya está en salvo. ¿Dónde le pudo meter y como estaba seguro de que no le hallarían? Esto nos preguntábamos todos.

El comisario no venía á prender al hijo de D. Carlos, sino á rogarle, en nombre del Gobierno francés, que se marchara, confiando en su palabra de honor. El príncipe desde su escondite sin duda, prometió irse en el primer tren que saliera, el comisario se fué y la calle quedó desierta.

Volvió entonces D Jaime adonde estábamos, rió de la aventura y nos dijo que á las nueve de la noche saldría; prometimos ir á despedirle á la estación y en efecto, allí acudimos á la hora señalada.

No había en la estación ni agentes de policía ni fuerza ninguna. La palabra de honor bastó para que no se le molestara. Se metió en un vagón con el Marqués de Castrillo, nos tendió afectuosamente la mano y le saludamos como á un amigo Había en la estación unos soldados franceses de los cuales sin ofender su

recuerdo puedo decir que estaban medio borrachos y comenzaron á gritar: —*¡Vive Carlós! ¡Vive Carlós!* porque tomaron al príncipe por su padre. El cura Udave, que estaba allí, comenzó á darles empujones y á gritar indignadísimo: — A callar, ¡borrachones! ¡Escandalosos!

Sonó el pito, partió el tren. D. Jaime y el Marqués de Castrillo nos saludaron hasta gran distancia.... y esta es la historia de mi relación con el príncipe, de quien he conservado siempre agradable memoria.

LA DUQUESA DE HIJAR

Un telegrama de Alicante nos da cuenta del fallecimiento de la Duquesa viuda de Híjar.

Llegada anteayer al Hotel de Roma de aquella ciudad, ayer, según el corresponsal, espiró la ilustre dama.

La Duquesa viuda de Híjar es toda una sociedad, toda una época. Es el fin del reinado de Isabel II, con sus fiestas, sus saraos, sus personajes célebres que un día figurarán en la historia de nuestras costumbres. Es el mundo de Meneses, Rivero, Narváez, Marfori, Julián Romea, la *Nena*, las Duquesas de Alba y de Medinaceli, *Cúchares*, el *Tato*, Tamberlik, la Pinchiara .. ¡Qué recuerdos evoca el nombre de esta gran señora, tan á la moda entonces!

Para nosotros, hombres del siglo pasado, es una figura adorada, la sombra de un mundo que pronto hemos de dejar, la historia viva de tiempos llenos de emociones, de entusiasmos, de luchas, y de amores...

¡Qué pocos quedan ya, de aquellos *íntimos* de la Duquesa en torno de la cual hacíamos la vida madrileña más animada posible!

En su casa de la calle de Alcalá, junto á la Presidencia del Consejo, donde hoy hay una funeraria, vimos varios años la ceremonia (que entonces se hacía con gran aparato), de entregar á los Duques de Híjar el traje usado por la Reina Isabel el día de la Epifanía. Allí se representaron muchas comedias (porque la Duquesa era gran aficionada y excelente actriz) y eran los improvisados artistas el conde de Ronrée, D. Teodoro Robles, la que hoy es señora de García Patón, la hermosa Presentación Fonseca, la señorita de Ramos, el maestro Oudrid, los hermanos Santoyo y este servidor, que tomaba parte en todas aquellas fiestas sin dejar por eso de escribir en *La Discusión* ó en *La Democracia*.

La casa de Híjar era el salón más literario de entonces, y el más hospitalario también. No era vano ver en los salones de la Duquesa al célebre D. Nicolás María Rivero, alma de la Revolución que ya estaba en el aire, de conversación con los priores de Palacio. Allí fué donde una noche, después de representar *Fuego de Dios es el querer bien*, en la cena que siguió á la comedia, me tocó estar al lado de Marfori, que era á la sazón gobernador civil de Madrid. Estuvo hablándome muy cariñoso..... y tres horas más tarde vino á prenderme, seguido de esbirros, á mi casa de la calle de las Huertas. ¡A poco más me lleva al Saladero vestido de capa y espada!

Después de la Revolución de Septiembre, la Duquesa de Híjar, ya fuera de su centro, viajó y se retiró un poco del mundo. En 1889 volví á verla en París, donde fué llamada por la Reina Isabel para que fuese su Camarera Mayor. Terminada su misión, volvió á España, solía vivir en Málaga los inviernos y en

Cercedilla los veranos, siempre fiel á la amistad, siempre sonriente y afable.

Fué en sus juventudes una de las bellezas madrileñas de aquella época en que hacían raya las dos Duquesas, la Baronesa de Ortega, la Condesa de Carlet, Gloria Castelani, y tantas otras que los *antiguos* recordamos siempre con gusto. Con la Duquesa viuda de Híjar se va el mundo antiguo madrileño, y su figura será histórica un día, por razones que verán los que vengan después de nosotros.

CHARLA

—

¡PERSONAJES!

¡Ya están ahí!

¿Cómo podían faltar?

La *actualidad* los reclamaba, y la actualidad es una cosa aparte.

Todos los periódicos ilustrados se han disputado la honra, la gloria, de publicar los retratos de los dos criminales *del dia*, como suele decirse.

Primero fué Collar.

¡Oh, Collar! Figúrense ustedes si era interesante un hombre que en plena tarde iba á pegarle un tiro al Duque de Sotomayor (esto suponiendo que el tal no estaba enterado de que el Duque no iba aquella tarde á la Salve) y si es indispensable que el público, el gran público, conozca la cara de tan conspícuo sujeto!

El hombre, no hay más que verlo, se siente orgulloso de ser actualidad palpitante, y se ha colocado frente á la máquina como el que sabe que va á ser objeto de inusitada curiosidad.

Se luce, se impone; le han colocado en medio de los personajes de la semana. Al lado de los exministros liberales, de Pierre Laffite y de M. Jules Cambón.

Ya no hay clases! La fisonomía estúpida del Collar, cogido por el guardia de Orden público, se destaca para admiración de los lectores y coleccionistas de periódicos.

¡Ha venido después la tabernera de los Cuatro Caminos el bello sexo de los asesinos... ya tenemos otro personaje de la semana! Allá irán, á la cárcel los fotógrafos por brigadas á *sacar* la cara atroz de semejante tía. Y al periódico con ella, junto á la Reina, y la princesa de Sajonia, y Sagasta y el primer Duque que haga el Rey. La Familia real es buenísima, se presta á figurar en los semanarios ilustrados junto á la hez de la sociedad. Verdad es que no se lo dicen nunca antes y así suele encontrarse Su Majestad fotografiada junto al que le ha dado veinte puñaladas á un pariente, ó le ha pegado fuego á un niño recién nacido en la cuna...

Collar era poca cosa para la actualidad malsana, pero ahí está la tía Ramona, con su cara de buho, para dar pesadillas á los niños. Esta semana figurará junto al Rey de Sajonia, ó al lado de Doña Esperanza Sagasta. ¡Todos unos! La cuestión es darles á los asesinos cartel de celebridades.

No, eso no puede ser; una cosa es la celebridad y otra es la fama. No es lo mismo llamarse Candelas que Espronceda, ni Garibaldi que Echegaray, y sin embargo, ya lo hemos visto: el sabio y el beodo logran la misma publicidad, la misma fama otorgada por los periódicos que no quieren distinguir de colores. Creen que al público le interesa lo mismo conocer el tipo asqueroso del ladrón en cuadrilla que la interesante figura de la mujer excepcionalmente virtuosa. Se ha llegado en esto á un abuso que habrá que evitar un día, porque no es posible que las personas decentes sigan prestándose á figurar al lado de los ladrones y los asesinos.

Asesinos y ladrones tienen forzosamente que figurar como tipos de actualidad en crónicas, reseñas y

descripciones de sus fechorías; pero los honores del retrato, la honra de aparecer en las hojas de los periódicos más ilustrados, junto al creador de una obra, el filántropo, el gran estadista, las testas coronadas... ¿con qué derecho?

Indudablemente, por honor de la Prensa y por respeto á los hombres de bien, cuyas caras se reproducen en los semanarios, hay que pensar en esto y ponerle remedio. La actualidad, como todo, tiene su límite, y si no se puede fotografiar á los anarquistas, ¿por qué á los asesinos vulgares?



¿Qué decir ante la tumba de Blasco, abierta cuando todavía su ingenio, que parecía inextinguible, nos maravillaba á todos por su frescura, su viveza y su graciosa y simpática ingenuidad? ¿Qué decir que no resulte frío y contrahecho, aun cuando, como en el caso presente, lo inspire la más sincera y entrañable admiración por el escritor y por el hombre?

Muerto en plena lucha, aunque su cuerpo estaba destrozado por una labor no interrumpida de cuarenta años, su espíritu se conservaba ágil y fuerte como en los días mejores de la juventud, con la ventaja de estar sazonado por la experiencia y como ennoblecido por un sereno y piadoso amor á los menesterosos y á los humildes, que lo empujaba á diario á remediar con la sencilla elocuencia de su pluma los males sin cuento que á todas horas derraman á nuestro alrededor la iniquidad y la injusticia.

Al llorarlo, no solo se recuerdan sus inumerables obras; se piensa también en las infinitas que ha dejado por escribir, como en una esperanza que la muerte ha venido á hacer irrealizable, y á la que nos juzgábamos con derecho. No era el maestro que ya ha terminado su misión en el mundo; era el maestro que aún nos tenía que enseñar muchas cosas á los jóvenes, combatiendo á nuestro lado.

S. y J. ALVAREZ QUINTERO.

OBRAS DE EUSEBIO BLASCO

OBRAS VARIAS

Veladas de verano (agotado).—La miseria en un tomo (agotado).—Explicaciones (agotado).—Arpegios (agotado). El libro del buen humor(agotado).—Obras festivas en prosa.—Los dulces de la boda (agotado).—Busilis.—Una señora comprometida (agotado).—La camisa del hombre feliz (agotado).—Cuentos alegres—Soledades.—Poesías festivas. Los curas en camisa (agotado).—La farsa religiosa —Del zuizo á la zuiza.—Del amor y otros excesos.—Madrid por dentro y por fuera.—Flaquezas humanas.—Mis contemporáneos.—Tartarín en los Alpes (traducción).—Epigramas. —Ellos y ellas.—Esto, lo otro y lo de más allá.—Mis devociones.—Conferencias del Ateneo.—Del modernismo en Francia.—Malas costumbres.—Cuentos y sucedidos.—Noches en vela.—París íntimo —El forasterito.—Recuerdos. Corazonadas.—Cuentos (dos tomos).—Cuentos aragoneses. —Madrid pintoresco.

De seis á siete mil crónicas y artículos políticos y literarios en los periódicos de España, París y Repúblicas hispano-americanas.

COMEDIAS

Vidas ajenas.—La niñez engañosa.—La antigua española —La mujer de Ulises —La tertulia de confianza —El joven Telémaco —Un joven audaz.—El dolor de cabeza.—Las manzanas de oro —El amor constipado.—El vecino de enfrente.—La suegra del diablo.—Pablo y Virginia.—Los novios de Teruel.—El oro y el moro.—Los caballeros de la tortuga.—Los progresos del amor.—La señora del cuarto bajo.—El pañuelo blanco.—No la hagas y no la temas.—La mosca blanca.—Los dulcesde la boda.—La corte del rey Reuma.—A la humanidad doliente.—El miedo guarda la viña.—La Rubia.—El baile de la condesa.—Pascuala.—La procesión por dentro —Parientes y trastos viejos.—Levantar muertos.—El anzuelo.—Jugar al escondite.—Hablemos claro.—Estrella.—Los niños y los locos. —La rosa amarilla.—De prisa y corriendo.—Juan García. Pobre porfiado.—Las niñas del entresuelo.—El bastón y el sombrero.—Soledad.—Ni tanto ni tan poco.—Buena,

bonita y barata.—El primer galán.—Moros en la costa.—Todo por el arte.—Si yo tuviera dinero...—Día completo.—Último adiós.—El centinela.—Cabeza de chorlito.—La posada de Lúcas.—El guapo rondeño.—El capitán Marín.—El secreto.—Juan León.—¡Callad, que no se despierte!—El Angelus.—Mensajero de paz.—¡Madre mía!—Don Saturnino.—La cruz del túnel.—¡Pobres hijos!—Los dos sueños.—Dulces memorias.—Policarpito.—Mañana me caso.—A Roma por todo.—Los timplaos.—La adivinadora.—La fonda del potro.

Epílogo

INÉDITO

El autor de todas las obras anunciadas arriba, no posee la propiedad de casi ninguna de ellas: á excepción de unas cuantas, todas tuvo que venderlas á precios irrisorios para cosas urgentes de la vida. Para enterrar á los suyos, para emigrar, para casarse, para vivir en un mundo fastuoso que le pidió versos y no le devolvió nada.

Vió de cerca á los Reyes de Europa, se codeó y tuteó con los nobles, corrió mucho mundo, se estableció en el extranjero por quince años, tuvo que aprender á escribir la lengua ajena, escribió sin cesar en dos idiomas, y desde la edad de diez y ocho años trabajó día y noche y está obligado á trabajar con la misma continuidad hasta que se muera. Tuvo siempre que pensar en el día de mañana, el capital le fué explotando y consumiendo cuanto produjo, y además de las obras citadas, escribió en español y francés más de seis mil crónicas y artículos que andan desparramados por los periódicos del mundo.

Fué su culto y su afán constante el amor de su familia; llega á los cincuenta y tres años tan pobre como lo estaba á los diez y ocho. Le envidiaron su aparente bienestar los que no saben ver y no comprendieron que buscaba en las relaciones y en un mundo de ricos la protección y ayuda que éstos no suelen dar sino á son de campana y para comprar por adelantado el cielo, como si eso se comprara.

De los libros que el autor de estos versos publicó no hizo tributarios á sus amigos, no le pidió al Estado que los comprara. Los vendió por nada, los dejó maltratar por críticos crueles; el autor no escribe para hoy, sino para mañana. El refrán lo dice: Dentro de cien años, todos calvos.

¿Qué debe ser, lógicamente, quien vivió constantemente explotado y tal vez el día que se muera no hallarán sus hijos en los cajones de su escritorio cantidad que baste á pagar á la implacable Iglesia para enterrarle? Habla el lenguaje de la sinceridad y le llaman socialista. Recuerda que los ricos son pobres cuando se trata de proteger al que produjo para los demás y le llaman revolucionario. ¿Qué debe ser? Cómo no ha de comprender á los que, desesperados por la indiferencia ajena, ó se rebelan ó lloran? Todavía él, cree en la fuerza suprema que gobierna el mundo, su fé le contiene porque cree en Dios sin necesidad de intermediarios. Conocedor de la desgracia ha aprendido á socorrer á los desgraciados. Mañana tendrá que pedir un empleo á un gobierno amigo, en un rincón ajeno á la política. Ya se presentó la ocasión y no se lo dieron. Si llama á las puertas de la Academia será postergado por una medianía cualquiera que tenga favor, á pesar de haber traba-

jado tanto. Sus contemporáneos, sus amigos de la infancia, generales, arzobispos, condes, duques, ministros, subsecretarios, directores, banqueros..... todos utilitarios. El vivió soñando, llega á la vejez y cuando habla el lenguaje de la verdad los pícaros creen que no siente lo que dice.

No importa. No se muere más que una vez y no se vive con pan solo. Viejo y todo, el autor de tantas obras que son la renta de los hijos de los demás, confía en el porvenir de esta poética y sentimental España, á la que vuelve como el pájaro al nido. El mundo marcha, los abusos de hoy traerán las grandes revoluciones de mañana, y el que ha tenido el valor de adelantarse á cantarlas, no pide sino que no se le olvide, por que lo que dijo, de buena fé lo dijo, y el porvenir lo hará la juventud como nosotros hicimos el pasado. Mueren los poetas en España y perecen de hambre sus viudas, sus huérfanos, mientras los fariseos de la política medran y suben y parecen algo. ¡Oh juventud de mi noble tierra de España! ¡Cuando yo muera, acuérdate de los míos!

Éusebio BLASCO.

OBRAS INÉDITAS

MEMORIAS DE CUARENTA AÑOS

DON JUAN EL DEL OJO PITO, Novela (1)

La última jota, zarzuela en un acto.
El Belén de Salamanca, comedia en tres actos, en prosa.
El Angel del Caserío, comedia en tres actos, en verso.
Noche de trueno, zarzuela en un acto.
Torrijos, episodio nacional en un acto y cinco cuadros (1).
El Wals, apropósito en un acto, en prosa.
La Coronela, comedia en tres actos, en prosa.
La criada respondona, apropósito en un acto, en prosa (1).
Café de Carracas, juguete cómico en un acto, en prosa (1).
La conquista, comedia en un acto, en prosa (1).
El amigo Andrés, drama en tres actos, en prosa.
Faltas pasadas, drama en tres actos, en prosa (arreglo del francés).
La carta de los de arriba, comedia en dos actos, en prosa (1).
El Relicario, zarzuela en tres actos (2).
Manolin, comedia en tres actos, en prosa (2).
El niño zangolotino, comedia en tres actos, en prosa (2).
La bala perdida, comedia en tres actos, en prosa (2).
Victorina, monólogo, en prosa (2).
Música personal, monólogo, en prosa (2).

---

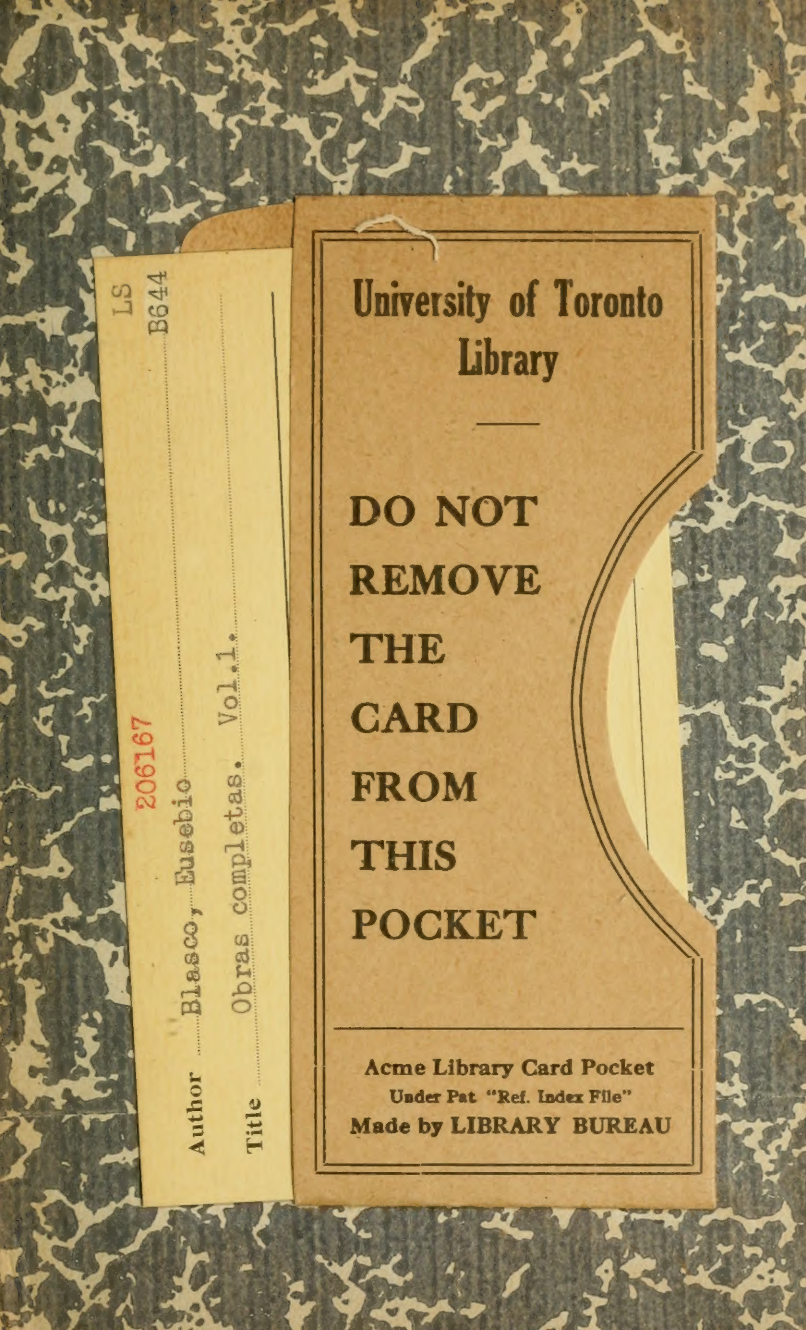
(1) Sin terminar.
(2) Planeada.

INDICE

ULTIMOS VERSOS

ARTICULOS INÉDITOS




LS
B644
206167
Author Blasco, Eusebio
Title Obras completas. Vol.1.
University of Toronto Library
DO NOT REMOVE THE CARD FROM THIS POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

